

La degradación de la política / Conversación con Jesús Rodríguez / Auyero: construir una nueva ideología de época / Thatcherianos, los vientos cambian / La Perestroika no es un modelo acabado / Juan B. Justo y la cuestión agraria

Sobre el Indulto

Macchi / Bufano / Kühn / Franzé / Arfuch / Bosetti / Ortiz / Bosoer
Aricó / Real / Adelman / Marimón

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 19, octubre-noviembre 1989 ✦ 1.200.-



CORREO
ARGENTINO
CENTRAL 81
TARIFA POSTAL 1105
PRECIO SUSCRIPCIÓN 1105

Fig. § 8

Carlos Macchi

En las vidrieras de algunas librerías todavía se puede asistir a inofensivas operaciones quirúrgicas. Músculos, arterias y riñones, todos sospechosamente planos, se ocultan y revelan en láminas articuladas. Este ingenioso mecanismo arroja por momentos combinaciones poco "anatômicas" que sorprenden al observador. No obstante, cualquier intranquilidad es sosegada de inmediato por la expansión apática de un hombre que ha dejado desnudar su aparato digestivo.

¿Será el mismo, acaso, que soporta resignadamente otros actos de exhibicionismo biológico en los colegios?

La ilustración científica es ya un texto autónomo y los signos visuales cobran vida y manipulan las ambigüedades de la imagen. Se permiten incluso dibujar ganchos que sostengan la piel a la lámina, evitando de este modo que vuelva a su lugar, otorgándole una posibilidad de movimiento que de hecho no posee. ¿De dónde provienen estos códigos y convenciones? ¿Cómo nace la ilustración científica?

Desde los orígenes mismos de la civilización, la imagen fue acompañando textos y relatos, explotando no sólo su riqueza expresiva, sino el propio carácter descriptivo y narrativo; su posibilidad de testimoniar situaciones, objetos y actos. Conocemos bajorrelieves egipcios que nos muestran ceremonias públicas y escenas de la vida cotidiana. Encontramos ejemplos similares en Sumeria y más tarde en la antigüedad clásica, en donde se cristaliza todo un repertorio de alegorías que heredará el occidente cristiano.

En la hermosa serie de tapices de Bayeux (siglo XI) vemos un curioso caso de narrativa. Como sabemos, estas imágenes desarrollan, en su extensión, el relato de la invasión normanda a Inglaterra. Junto a representantes de naves y ejércitos encontramos la figura ilegítima de un cuerpo celeste con cola. Este cometa (posiblemente el Halley) aparecerá pintado por Giotto dos siglos más tarde, utilizando el mismo tipo de convención.

A lo largo de la Edad Media la imagen, privada de realismo perspectivista, asumió un papel ilustrativo y didáctico, las miniaturas que adornaban los textos bíblicos de los "leídos" simbólica y alegóricamente (hermenéutica visual). Ya en el gótico reaparece un naturalismo que llevará posteriormente al libro científico del renacimiento. La ilustración se subordina a criterios de ordenamiento y clasificación. Se imprimen tratados que pretenden dar cuenta de todos los minerales, especies vegetales y animales, y las distintas razas que pueblan nuestro planeta. El Bestiario, el Ars Numerandi de John Holywood y el Lapidario, mandado a compilar por Alfonso X, son algunas obras ricamente ilustradas. En 1657 se edita en Basilea De Re Metallica, de Jorge Agricola. Sus páginas, profundamente pobladas de grabados, inauguran una modalidad de ilustración casi digna de la Enciclopedia de Diderot: cortes de la tierra en donde se representan la extracción de minerales y su posterior procesamiento; todo en una sola viñeta.

Del mismo siglo proviene la *Almondrián Historia*, de Ulises Aldrovandi, re-

cuento de extravagancias étnicas como el *Homo pedibus aversis*, un hombre con el pie hacia atrás que habitaba supuestamente en Escitia, cerca del Volga.

Sin embargo, si queremos rastrear el origen de la imagen científica tal cual hoy la conocemos, debemos partir de la estrategia del saber elaborada por los autores de la Enciclopedia a fines del siglo XVIII. Es aquí donde la vivencia de un "tiempo objetivo-do", desde la ciencia, modifica los sistemas de clasificación especiales (taxonomía) en temporales (evolución). La información se organiza y estructura siguiendo los brotes del árbol del conocimiento y la ilustración científica nos muestra también la génesis del objeto industrial.

Hoy en día, la autonomía de la imagen en los medios y una técnica cada vez más sofisticada nos hacen contemplar aquellas máquinas de la Enciclopedia como simples e inofensivos juguetes.



Portada: Mujer de un caudillo de Pua-tia, Samoa.

El material gráfico de este número fue tomado del libro de Federico Ratzel, *Las Razas Humanas*, Tomo I, Barcelona, 1888. España.

Epígrafes

- Pág. 5. Mujer curda.
- Pág. 6. Mujer salinga de Luzón, Filipinas.
- Pág. 9. Un guerrero completamente vestido y equipado.
- Pág. 10. Dos namaquitas.
- Pág. 11. Mujeres de las islas Sandwich.
- Pág. 13. Joven chino (superior)
- Pág. 13. Esclava nubia (inferior)
- Pág. 14. Un joven de Guesandania.
- Pág. 15. Una negra schilluk.
- Pág. 16. Muchacha siria de Damasco.
- Pág. 17. Mujer esquimal de la Groelandia.
- Pág. 18. Tipos de la costa de Loango.
- Pág. 19. Mujeres de las islas Tonga.
- Pág. 20. Comerciantes indostanos.
- Pág. 21. Un guerrero samoa, vestido de tapa.
- Pág. 22. Un beduino.
- Pág. 24. Tatuado.
- Pág. 25. Tatuaje de los igorotes: a, b dibujos en las pantorrillas, c, d en la región abdominal.
- Pág. 26. Un nubio.
- Pág. 27. Hombre y muchacha de Nubia.
- Pág. 28. Un negro de piel manchada, de las costas de Loango.
- Pág. 29. Una negra de Loango.
- Pág. 30. Aparatos para hechizos, dados, etc. de los médicos cafres.
- Pág. 32. Mujeres del rey gaika Sandili.

La Ciudad Futura

B. Mire 2094 - 1º (1039) Tel. 953-1581

Dirección: José Aricó, Juan Carlos Portantiero, Jorge Tula.

Consejo de Redacción: Javier Artigues, Sergio Bufano, Javier Franzé, Julio Godio, Antonio Marimón, Gustavo Merino, Guillermo Ortiz.

Comité Asesor: Emilio de Iñola, Jorge Dotti, Rafael Filippelli, Oscar R. González, Jorge Kors, Carlos Kreimer, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, Juan Pablo Renzi, Oscar Terán, Héctor Leis.

Maqueta original: Juan Pablo Renzi
Diseño y Servicio de Ilustraciones: Laura Rey.

La Ciudad Futura recibe toda su correspondencia, cheques y giros en Castilla de Correo Nº 177, Sucursal 12, (1412), Buenos Aires. Composición e impresión: Gráfica Integral, Albaracín 1955, Cap. Fed. Distribución en kioscos del interior: Distribuidora Rio IV, California 2587, Cap. Fed. Distribución en kioscos de Capital: Sinfin. Saavedra 710, Cap. Fed. Distribuidor en librerías: Panto Sur, Julio A. Roca 751, 4º Cap. Fed.

Nº de Registro de la Propiedad intelectual: 150268.
Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: US\$ 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregui.

- 26 Juan José Real: Pars parva fui
- 27 Pablo Ibarra (Juan José Real): Murió ayer Federico Pinedo, el último de los grandes libe- rales argentinos

Ensayo

- 22 Guillermo Ortiz: La perestroika no es un modelo acabado
- 24 Fabián Bosser: ¿"Gramsciano" quién?
- 26 José Aricó: Recordando a Máximo
- 28 Jeremy Adelman: Juan B. Justo y la cuestión agraria
- 32 Antonio Marimón: El signo Menem

¿La tutela como premio?

Sobre el indulto

que los carapintadas ya perdonados, un buen día decidieron asaltar el cuartel de La Tablada: o a quien con el mismo autoritarismo mortífero que los Vaca Narveja o los Perfía, lideró organizaciones terroristas invocando la representación popular. Quienes sustentan esta postura en favor del indulto, deberían percibir que detalles como éste, en tanto pueden inducir a sospechar que hay prebendancia ideológica en la distribución de los perdones, empuñan su vocación de construir una "patria de hermanos".

Pongamos de costado por un momento las mínimas enseñanzas de la lógica: supongamos que es posible reconstituir la trama de una sociedad fracturada por la violencia mediante un decreto. La medida igual sería inútil, porque nadie recuerda sobre lo ocurrido en la Argentina entre fines de los '60 y principios de los '80. Sobre los orígenes, las características y las consecuencias de aquella violencia, de aquella sustitución sistemática de la política por la guerra. Tal discusión se ha demorado, aunque había despedido con el juicio a los comandantes y a los jefes guerrilleros en el marco de la democracia política recuadrada. No tiene por qué haber acuerdo, claro está, pero sí debate, se debe explicar qué es lo que se está exculpando, además del por qué. Nada de esto ha sucedido, ni podrá suceder, precisamente por el silencio que se ha abastido sobre aquellos episodios. La negativa del tandem gobierno-fuerzas armadas a abrir un debate democrático como requisito para exponer su postura pro-indulto, ha privado a la sociedad de conocer el objeto que se perdona, es decir, qué es lo que se indulta de las conductas violentas. Este vacío ha sido ahogado en la retórica escolar de la pacificación.

No sólo las sensaciones del retroceso en el tiempo han sido recordadas indeciblemente en estos días. También algunos hechos atestiguan ese retorno. Reparemos, por ejemplo, aquel despreocupado desprecio por la sociedad civil que practicaron con premeditación en sus choques los aparatos del terrorismo estatal y guerrillero. Se hizo palpable cuando representantes de uno y otro grupo recomendaban, complacidos, el perdón a sus respectivos ex-enemigos. Este gesto, que se pretendía inversión de grandeza, no era más que un nuevo episodio de aquel juego de tenazas entre la sociedad civil y del que ambas fracciones se valieron para realimentarse en los años de violencia. El conjunto de la sociedad, otra vez, aparece puesta de costado y obligada a pagar las consecuencias de esa conducta.

No es ha explícito qué es lo que se perdona, pero intuitivos que es precisamente lo que se premia. Por tanto perdón es una forma de premio, en tanto conlleva una recompensa. Este perdón no

sólo impacta inyectando una dosis de legitimidad a aquella sustitución de la política por la guerra sino que también, y con un mismo nivel de gravedad, reococando el poder militar en el lugar de tutor del poder civil democrático. Aquí se transparenta el grado en que ésta medida está negando lo democrático, aunque no sólo por esto. No sólo porque coloca al civil-democrático a la sombra de lo militar-autoritario, intentando legitimar aquel pasado y restaurar esa lógica de la tutela hacia el futuro, sino también por la forma misma en que la medida fue adoptada, impidiendo el pronunciamiento de la sociedad (procedimiento por cierto emblemático de esta lógica tutelar). La vía utilizada, la monopolización de la decisión en el Poder Ejecutivo (elección de la figura del indulto), es, al igual que la medida en sí, también una intromisión del pasado en el presente y en el futuro. Esta vez ese pasado remite al siglo XIX, época que generó la figura del indulto, coherente con el sistema restringido de gobierno entonces vigente. Si bien tal figura es hoy legal, por arcaica sea el vuestro ilegítimo, en la medida que es contradictoria con la democracia de masas abierta en el país hacia 1916. Son los valores, los sentidos que pone en juego los que la liden de autoritarismo, en tanto una decisión personal, privada, se arroga el derecho de involucrar en ella a toda la ciudadanía. Una conducta inperdonable, en este caso la del presidente de perdonar a quienes lo privaron de su libertad, por el hecho de pertenecer a la máxima autoridad, termina siendo, merced a un oscuro carácter transitorio, el paradigma de lo que la ciudadanía toda debe hacer. No es más de record que el poder de las monarquías vio su ocaso precisamente con el siglo XIX.

Pero no hay cuestión práctica que pueda sustituir la centralidad que adquiere la condena ética de la medida. No es preguntando si los hoy perdonados por el presidente volverán o no a ejercer la violencia y el terror como se debe evaluar la medida adoptada. El indulto no será beneficioso porque los exculpados no retornen a la violencia. No depende de este hecho. La condena no puede formularse en términos instrumentales, como gusta evaluar la derecha y también buena parte de la izquierda, es decir, interrogando si "sirve o no sirve". El indulto es éticamente inadmisión, insostenible: porque intenta legitimar la guerra como sustituto de la política; la fuerza como método y fin; la política como bien sustantivo que sólo sirve en la medida en que no existan en la sociedad conflictos, porque a partir de allí todo se resolverá por la violencia y el terror. Y, como ya se señaló, el modo que se ha elegido para adoptarla es igualmente insostenible éticamente, en tanto se ha apoyado en la posibilidad de otorgar el pronunciamiento democrático de la ciudadanía.

Este carácter central que toma la evaluación desde la ética es, precisamente, lo que neutraliza los sentidos que la medida inten-

ta consagrar. Porque no se puede indultar la experiencia colectiva de condena al terrorismo.

No obstante, habrá que interrogarse sobre el grado de sedimentación que exhibe esa cultura política organizativa-corporativa desde la cual hoy se dispara esta medida, la cual conlleva el intento de resignificar negativamente los juicios a las juntas y la vocación de trastocar la sujeción del poder militar al civil en la sociedad democrática. Sin embargo, la sociedad civil, aun rechazando en su mayoría el indulto y pese al carácter previsible que éste adquiere desde el 8 de julio, no ha logrado conformar una voluntad política activa, influyente, con peso propio, alrededor de la demanda de vigencia de los derechos humanos y de respeto a la labor independiente de la justicia. Tal vez la forma misma en que se derrumbó la última dictadura militar, de arriba hacia abajo y sin presión popular, estaba preanunciando las dificultades dentro de las cuales se desarrollaría el ejercicio de constitución de una voluntad cívica de ese tipo. En el momento de la caída del poder militar, la sociedad civil, la campaña electoral de 1983, esa demanda apareció más bien sobreimpresa en el reclamo más abarcador de democracia que dotada de una cierta autonomía. Esa ambigüedad, consistente en rechazar las violaciones de derechos humanos en forma pasiva, se puso de manifiesto también a lo largo del primer período democrático, durante el cual tanto los avances como los retrocesos de la política de derechos humanos, si bien impactaron fuertemente, no tuvieron como correlato la expresión masiva de una voluntad pública. Hoy se vuelve a experimentar ese vacío, la carencia de un movimiento social de peso cuyo eje sea la demanda por el respeto a los derechos del hombre.

Sin duda, aquí también ha dejado su huella el rol de la dirigencia partidaria. Como índice, señalemos que en el período 75/83 los partidos no tomaron para sí el reclamo por el esclarecimiento del terrorismo estatal, condenando a la soledad y al aislamiento a los organismos de derechos humanos. Luego tomaron distancia de éstos, aduciendo su politización. En el caso que ésta existiera en parte consecuencia de ese desentendimiento que arrojó a los organismos en la orfandad política.

Habría que interrogarse entonces, como se señalaba en el comienzo, cuáles son las grietas presentes en la sociedad civil que posibilitaron la adopción de una medida como el indulto presidencial rechazada mayoritariamente. En este sentido, el dato de la condena mayoritaria y a la vez la imposibilidad de traducir este reclamo en un movimiento social de peso, está indicando la fragilidad, la falta de densidad y extensión aún en la Argentina de una corriente cultural-política cívica, laica y democrática.

Sobre los riesgos de la confusión

La degradación de la política

Sergio Bufano

Los últimos tiempos han sido pródigos en la profusión de sucesos importantes que día tras días llegan a la sociedad sin que haya tiempo material de incorporar ese volumen desordenado para tratar de darle forma. No obstante, una primera aproximación a todos estos acontecimientos y particularmente a uno de ellos —el indulto concedido a civiles y militares—, podría sintetizarse en un concepto: *degradación de la política*.

En los escasos meses de gobierno justicialista se está imponiendo un estilo que puede llegar a ser peligroso para una sociedad que aspira a establecer un modelo de democracia para el cual no posee muchos antecedentes. Se ha montado una suerte de espectáculo en donde el principal actor es el presidente de la Nación, una figura que se siente obligada a transmitir alegría, espíritu deportivo, bondad, humildad, la sensación de que *todo está bien*. Para obtener ese objetivo Menem no se detiene ante nada: juega al fútbol, al básquet, ordena la partida de autos de carrera, se muestra ingenioso y audaz al eludir la custodia y escaparse con su coche por las calles de Buenos Aires, cuenta chistes todos las mañanas en la sala de periodistas, desafía a Hernán Iglesias al tenis, se lanza por los aires pilotando un avión a reacción y otras travesuras de esa índole. Simultáneamente, y en el mismo momento, recibe, sin transición..., recibe los restos de Rosas, aplaude al fútbol, agasaja con una comida a Seineldín, concede el indulto y re-

cibirá —qué duda cabe— a los montoneros que regresan de la clandestinidad. A toda esta lista hay que añadirle el aspecto técnico: se hace filmar y fotografiar día y noche, a punto tal que los canales de televisión transmiten su imagen hasta la saturación.

La política, entendida como la acción dirigida a resolver los conflictos sociales, y que por lo tanto debe ser jerarquizada y protegida celosamente, aparece envilecida. Televisión y radios se han sumado en una adulación personal como pocas veces registra la historia; y el presidente —con su peculiar estilo rigurosamente estudiado—, alimenta la obscuridad de periodistas, políticos y corporaciones.

Adn desordenadamente, conviene recordar algunas imágenes recientes: Monseñor Octavio Derisi afirma que a Menem "Dios lo ha puesto para salvar el país". Preocupado por las extravagancias del primer magistrado le sugiere paternalmente que "cuide su vida porque los argentinos lo necesitamos". Frontidori no se queda a la zaga: "...resalto mi estado de satisfacción por hallar en el doctor Menem la punta de un estadista que alarga su mirada con metas de futuro". Las Fuerzas Armadas, añade, "descubren luego de muchos años la figura de un verdadero comandante que ejercita de modo natural el mando y el comando..."

La Unión Industrial, en un comunicado de apoyo al indulto expresa que "nadie esta-

ba mejor preparado que él (Menem) para asumir este derecho con magnanimidad y mesura". El jefe de Estado Mayor, general Cáceres, se suma al coro y le expresa al presidente que "su decisión demuestra un gran coraje cívico". Por su parte, similares manifestaciones hicieron los beneficiados por el indulto: los oficiales Rico y Seineldín y los montoneros Perla y Vaca Narvaja.

Simultáneamente, el día en que se produjeron incidentes entre las barras ubaldiniistas y menemistas, la televisión mostraba a la señora Zulema Yoma con las manos llenas de fajitas de dólares que serían donados a un hospital. La acompañaba Amelia de Forbat y algunos señores empresarios que prodigaban alabanzas a la primera dama. Y si bien las donaciones no pueden ser criticables, si lo es la desmesura del espectáculo, pletróico de billetes y ropas especialmente elegidas para la ocasión.

Ajeno a las donaciones y justificando la violencia entre barras rivales, Luis Barrio-nuevo afirmaba: "No estamos eligiendo la cúpula de la Iglesia, así que hubo algunos sopapos".

La profusión de imágenes es tan caótica y voluminosa que el resultado final no puede ser otro que el agobio al ciudadano. El temor. Porque a ese gran show se suma el retorno de temibles rostros que la sociedad reacciona con terror: encontrar en los diarios fotografías de las caras sonrientes de Harguindeguy, Galtieri, Rico, los ya nombrados montoneros y los oficiales Venturini y

González Naya, partícipes de los alzamientos militares, produjo el estremecimiento de una buena parte de la población. No sólo porque recordaban un pasado tenebroso, no sólo porque eran una muestra de la arbitrariedad de un indulto que deja en libertad a genocidas, sino también porque aún sin declaraciones, ya en el gesto se les advierte la soberbia, el desdén de quien se siente impune y orgulloso de su acción.

Cuando Rico afirma que el futuro lo encontrará en el puesto de combate para realizar el Proyecto Nacional, la historia pega un vuelco hacia atrás. Cae en el pasado. Se enturbia. Y en ese escenario en el que Rosas se mezcla con los dólares y la alegría de Galtieri, con Menem basquebolista, piloto de caza y contador de chistes, con Vaca Narvaja alzando los dedos de la victoria, con Seineldín comiendo en la residencia presidencial y los gauchos con ponchos rojos que inundan la televisión, la política aparece confusa, desdibujada, profundamente degradada.

Y sin embargo, hay muchos sectores contentos. La Unión Industrial la Sociedad Rural, la Iglesia, los grupos más recalcitrantes de las Fuerzas Armadas, los conservadores a ultranza, las corporaciones más reaccionarias están contentas.

Quizás esta también sea una buena razón para que los ciudadanos progresistas estén preocupados.

LA IMAGEN — I.B. SINGER — EL HOMBRE DE LA URSS — V. NABOKOV — LA MEMORIA DE ABRAHAM — M. HALTER — EL IN GENUO — VOLTAIRE — PRIMER ENCuentRO — BELLA CHA GALL — OPERA DE MUERTOS — A. DOUGADO — MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA — A.C. RESEN DE — JARDIN CENZAS — D. KIS — LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUVO — B. HRABAL — ANSAY — M. CA PARROS — SITUACION DE PELIGRO — G. SACCOMMANO — EL VESTIDO ROSA — C. AIRA — CONVERGENCIAS — H. FO GUET — HISTORIAS SECRETAS — A. BONOMINI — AQUI YACE UNA DAMA — M. BOTTA — LAS PUERTAS DEL ESTE — E. MA RENGO — EL SITIO DE KELANY — M. COHEN — CANON DE AL COBA — T. MERCADO — LOS TRAIADORES — SILVINA OCAM PO — Y. R. WILCOCK — LA CIUDAD Y LA CASA — N. GUINZBURG — YO QUE SERVÍ AL REY DE INGLATERRA — B. HRABAL — CARTAS A MIS AMIGOS — S. ZWIG — NUESTRO DE QUINCE — NUESTRO STEVENSON — NUESTRO KIPLING — SELECCION DE J. L. BORGES Y A. BLOY CASARES



Ada Korn Editora

(Del libro: Caffero - Grosso - Menem. Hables los Renovadores. Buenos Aires, Ediciones de la Gólera; Colección Debate; Mayo 1988; pp. 115-116.

Ecuación del mundo del trabajo con la cuestión regional

Una perspectiva socialista plural

Augusto Kühn

El fracaso histórico de la izquierda argentina. Su incomprensión de que un modelo capitalista agrario sólo era superable enfrentando la modernización segmentaria con una modernización integral afirmada en la democracia política. La crisis nacional demuestra que esta "demanda de la historia" aún no ha sido satisfecha aunque las fuerzas para el cambio están presentes en la sociedad. La alternativa al programa neoliberal-peronista deriva de la capacidad de las fuerzas progresistas de construir una propuesta civilizatoria superior. Pero esto coloca el problema de la constitución de un movimiento político y social profundamente reformador, y de una izquierda socialista plural y democrática.

La izquierda argentina es una de las más antiguas de los países de América Latina. Las primeras formas de organización sociopolíticas, es decir partidos y "sociedades de resistencia" (sindicatos), datan de la última década del siglo pasado. Cabe entonces la pregunta: ¿por qué a casi cien años de la emergencia esa izquierda, representada por el socialismo y el anarcosindicalismo y a partir de 1921 por el comunismo, no se ha podido constituir en la fuerza socialista renovadora de la sociedad y el estado? La pregunta es central, no porque sea posible la resurrección de aquella izquierda, sino porque una respuesta aproximada a los orígenes del derrumbe puede ayudar a la formación hoy de una nueva fuerza socialista plural, transformadora y renovadora de la sociedad.

La fecha histórica del comienzo y culminación del derrumbe de la antigua izquierda, no cabe duda, se localiza entre 1944-1945, cuando la irrupción del nazionalismo-laborista peronista la desaloja políticamente de los sindicatos y somete a los partidos socialista y comunista al aislamiento político y social. En 1945 la vieja cultura obrera fue arrancada de cuajo del mundo cultural de los trabajadores y se generó una nueva cultura hegemonizada por el tipo nacionalista-laborista, fuertemente corporativa. Este es el hecho histórico de destrucción política y cultural de la izquierda, y como tal cuenta de un resultado final negativo de la acción de partidos y sindicatos de inspiración socialista y comunista en la sociedad argentina.

Cuando esto sucedió, la izquierda ya tenía medio siglo de existencia, es decir, un tiempo suficiente para instalarse firmemente en la sociedad y hacer difícil su aislamiento y derrota. Sin embargo, no sólo fue derrotada políticamente sino —lo que es más grave— desplazada como ideología, como "concepción del mundo" de los trabajadores argentinos. La derrota fue posible porque la vieja izquierda, en su conjunto, fue una izquierda contestataria al orden conservador, pero nunca logró —salvo algunas propuestas teóricas parciales de Juan B. Justo— elaborar un estilo de pensar que le permitiera penetrar en el interior de la cultura política conservadora-liberal hegemónica, reconocer exactamente la causa del éxito de la estrategia de la élite "oligárquica" y poder así establecer qué limitaciones históricas eran inherentes a la lógica del proyecto fundador de la Argentina moderna.

El programa impulsado a partir de 1980 por el conservadurismo liberal sentó las bases del estado nacional: conformación del estado y hegemonía cultural liberal-conservadora; instalación de una pujante economía capitalista agraria exportadora de base latifundista, inserción dinámica en la economía mundial, población, educación, etc. La propia izquierda argentina, si es tan antigua, algo "debe" al mismo orden conservador, que promovió con audacia la formación de una clase asalariada urbana y reclutó millones de inmigrantes europeos, lo cual permitió la rápida formación de un fuerte movimiento obrero. Pero la izquierda nunca tomó conciencia del "pequeño hecho"



que era producto también del capitalismo agrario.

¿Qué significa ser producto del capitalismo agrario? Significa sencillamente que esa izquierda, producto de la expansión económica, no podría constituirse en fuerza organizadora de una nueva voluntad nacional-popular si no llegaba a comprender las verdaderas limitaciones históricas de la clase dirigente fundadora de un modelo socioeconómico-político con vigor histórico: la vieja izquierda fue sometida al complejo desafío de plantear la posibilidad de superación de un modelo socio-económico joven y dinámico, no la destrucción de un orden social agotado históricamente.

¿Cuál era el problema central a resolver para la izquierda? El de comprender que un modelo capitalista agrario como el argentino (similar por su estructura técnico-productiva e inserción en la economía internacional al australiano) sólo podía ser superado enfrentando la modernización segmentaria promovida por el orden conservador-liberal, con un tipo de modernización integral apoyada en cuatro grandes premisas: el desarrollo de las economías regionales; la articulación de una estructura productiva agrícola-industrial con alta productividad de trabajo; una equilibrada distribución del ingreso y la afirmación de la democracia política.

La hegemonía conservadora-liberal hacía imposible construir un modelo económico agrícola estable de larga duración. Una inicial percepción de la necesidad de superar ese modelo da lugar a la emergencia de una nueva corriente política: el radicalismo. Simultáneamente, aparecen elaboraciones teóricas que erosionan dicha hegemonía y plantean nuevos caminos para la evolución nacional (J. B. Justo, Alejandro Bunge y A. Jauretche). Hubo entonces estilos políticos e ideológicos para organizar un estilo de pensar que hubiese conducido a esa vieja izquierda a ser impulsadora de un nuevo impulso de progreso, en el sentido de someter a crítica al orden conservador en su punto más sensible: su incapacidad para construir una verdadera economía agrícola industrial integrada que permitiese dar continuidad a la cultura del progreso instaurada por la generación del 80.

Es cierto que tal "demanda de la historia" no podía ser resuelta sino a condición de que se constituyeran fuerzas sociales interesadas en tal tipo de transformación socio-económica. Esas fuerzas se van conformando a partir de la crisis del treinta, cuando el llamado intervencionismo estatal, al promover la industrialización sustitutiva de importaciones, generó aspiraciones nacionalistas-industrialistas en empresarios, trabajadores y en las FF.AA. A partir de 1935 se inició una nueva etapa en el país que podía conducir a dos alternativas distintas: implementar una economía agro-industrial integrada, de propiedad mixta con un modelo de acumulación de capital centrado en el sector privado y un estado primero regulador y "solo luego" inversor; o una economía estatal-industrialista, promotora de una ampliación restringida del mercado interno (pro-

Menem opinaba en 1988

Pregunta: "Si mal no recordamos, durante la campaña electoral presidencial, Luder había dicho que era partidario de una amnistía en relación al tema ex comandantes y derechos humanos. La pregunta es: de haber triunfado el justicialismo, ¿se hubiera juzgado a Videla, Massera y compañía?"

Respuesta (Carlos Menem): "Hubiéramos cometido el mismo error de 1973. Si ustedes me preguntaran cuál fue el error: no juzgar a ninguno de los subversivos, a los que tiraron bombas en Plaza de Mayo en el '55, a los que dieron el golpe de setiembre, a los que fusilaron a nuestros compañeros en 1956, a todos los golpistas y asesinos. En el '73, el justicialismo llega al gobierno y asciende a aquellos militares que tiraron bombas en Plaza de Mayo. Hubiéramos cometido el mismo error y en este momento, con toda seguridad, nuevamente los militares, el sector

liberal del ejército, de las fuerzas armadas, estarían gobernando. Gracias a Dios, este gobierno tuvo la valentía de juzgar a estos genocidas. Las fuerzas armadas, a partir de este gobierno (ojo que no es sólo el gobierno nacional: nosotros somos gobierno también) van a cumplir el rol específico que les marca la Constitución. Esto está muy claro. Y ojo, que también estoy en contra de cualquier intento de punto final y estoy en contra de la amnistía. No debe quedar un solo responsable de las cárceles arbitrarias, de las torturas, de las desapariciones, de los asesinatos: no debe quedar uno solo sin ser juzgado".

(Del libro: Caffero - Grosso - Menem. Hables los Renovadores. Buenos Aires, Ediciones de la Gólera; Colección Debate; Mayo 1988; pp. 115-116.

dominantemente en el área pampeana) y con un capitalismo de estado subsidiario de una economía privada casi rentista. En este segundo modelo una mejor distribución del ingreso en favor del sector asalariado era necesaria para consolidar el mercado interno protegido y reducir la conflictividad social.

El modelo de sustitución de importaciones y sus fuerzas sociales nacieron "antes" que el peronismo. Pero fue este el que organizó a tales fuerzas y conquistó el gobierno en 1945. El 17 de octubre de 1945, cuando la mayoría de los asalariados termina por transverse del viejo movimiento obrero al nacionalismo laborista, se genera el derrumbe histórico de la izquierda. Al mismo tiempo, el peronismo genera temporalmente el control del gobierno a fuerzas conservadoras (en particular las FFAA) que siguen manteniendo fuerte articulación con el estado.

Acaso resulta cruel afirmar, pero lo cierto es que los programas socio-políticos del PS y el PC son "civilizatoriamente inferiores" a la realidad nacional de la implementación del programa liberal conservador. El PC quería hacer "como en Rusia", planteaba una revolución democrática válida para otros países; el PS más cerca de la realidad nacional que los comunistas, en lo que se refiere al tipo de sociedad y economía existente, creía ingenuamente que el paso a un modelo agrario (de tipo *farmer*) era un "asunto cuantitativo", es decir de progresivo control del partido de la institución del estado y la implementación de un programa de colonización agraria y derechos sociales. Pero el PS creía que la oligarquía argentina rentista podía ser desalojada de la economía sin mayores resistencias, tesis políticamente errónea.

A l constituirse el peronismo, conquistar el gobierno e implementarse desde el estado el programa de sustitución de importaciones y de capitalismo de estado, se consolida un modelo económico pluralista "dualista" en la medida en que cristaliza la escisión interna iniciada en la década del treinta entre dos subsistemas económicos no integrados: por un lado un subsistema agroexportador, por el otro una industria de sustitución de importaciones. Este modelo integra y conserva la escisión entre la región pampeana y el resto del país. Se selló así la tragedia argentina, puesto que la "ilusión" industrialista sustituitiva hizo inviable la única industrialización realmente armónica, esto es una industrialización de base agroindustrial e instalada sobre economías agroindustriales o agroindustrias regionales diversificadas. La posterior historia (modernización segmentaria dependiente por inversión extranjera y capitalismo de estado en industrias sidero-metalúrgicas, automotriz, etc., en la década del sesenta, y luego el proceso de fusión de grandes grupos industriales-financieros en la década del setenta) agudiza los desequilibrios en el modelo de acumulación y apunala la cultura rentista, esta última promotora del endeudamiento externo parásito a partir de 1976. Sobre este creciente proceso de decadencia histórica, se acentuaron las prácticas políticas autoritarias del bloque dominante, en la dictadura militar terrorista de 1976-1983. Es necesario recordar que el peronismo se agotó como proyecto nacionalista-industrialista en 1955. Por eso, el golpe de estado de 1955 encontró a un peronismo exhausto e incapaz de retener el poder. En 1955, y desde entonces hasta hoy, lo que ya no es viable es ese modelo nacional-industrialista, sometido a un acoso implacable desde 1952 por el bloque dominante portador con subyacentes programáticas de un proyecto sí viable de modernización capitalista dependiente segmentaria.



En los años 1958-1973 se fueron conformando nuevas fuerzas de izquierda dentro y fuera del peronismo. Pero estas siguieron siendo subsumidas en la "malición del atasco civilizatorio" y por eso fueron "peronistas macristas", "peronistas guevaristas" o directamente marxistas-leninistas a la "vietnamita" o foquistas. La nueva izquierda se colocó a sí misma "por debajo" de los reclamos de la sociedad de autonomía nacional como reinserción positiva en el mercado mundial, de modernización económica y democracia política. Aislada de una sociedad que aspiraba a reformas estructurales, pero sensatamente reacia a discursos mesiánicos, la nueva izquierda termina en la década del setenta practicando

el terrorismo blanquista y por eso fue anquilada física, política y culturalmente. Desde finales de 1982, y durante el período electoral que culminó con el triunfo electoral del radicalismo en noviembre de 1983, el eje alternativo para la sociedad fue votar por el partido que más garantizaba la democracia. Sin embargo, el discurso de Alfonsín introdujo algunas determinaciones interesantes en el concepto de democracia, tales como la necesidad de "modernizar al país", "superar la decadencia", "reconstruir el tejido social con una 'nueva ética de la solidaridad'". La izquierda tradicional no advirtió que en esas consignas, formuladas desde la concepción alfonsinista, se concentraba y expresaba en un lenguaje político ac-

cesible al pueblo la contradicción central que recorre a este país desde 1930: decadencia o progreso. En Argentina, como en pocos países del mundo, sobredetermina a los conflictos sociales una especial categoría socio-cultural: la vivencia de una frustración colectiva por una Argentina "que no fue", pero "que pudo ser".

Como era previsible, el radicalismo podía plantear el problema pero no podía resolverlo (dado su carácter de partido liberal-popular heterogéneo social y políticamente, con fuertes compromisos con el país existente). Pero la izquierda tradicional contribuyó a agudizar la tragedia radical al caracterizar al alfonsinismo como un mero proyecto de "modernización dependiente", sin observar que en ese partido, desgranadora mente, convivían el alma tradicional del compromiso histórico con el bloque dominante con un esfuerzo renovador (en el "alfonsinismo") por acceder a la formación de un programa de "progreso". Ateizado por la crisis y la deuda externa, el gobierno radical fue fácil presa del peronismo, que llevó a la práctica un ataque combinado desde la CGT contestataria de Ubaldo con la recuperación del discurso tradicional nacionalista populista.

Pero, como dice el refrán, en el peronismo "la procepción iba por dentro", en el sentido que el discurso populista y huelgas contestatarias eran sólo "formas de expresar" de un proceso interno, velado sólo en parte porque hubo suficientes indicios de que la élite dirigente peronista estaba transformando el eje del proyecto partidario y formulando con creciente claridad un programa económico neoliberal, que incluía el abandono de la Tercera Posición y su sustitución por una visión pragmática de la política internacional, instalando sensatamente el destino del país en el bloque occidental.

La profundidad de la crisis económica desatada a partir de febrero de este año —con el componente determinante de la hiperinflación— facilitó el ocultamiento del programa conservador del menemismo, que fue recubierto con apelaciones mesiánicas y la propuesta genérica aceptable de promover desde el poder una "revolución productiva".

La izquierda en general —incluida la izquierda peronista— no llegó a descubrir la clave de un hecho sumamente "extraño" que se producía durante la campaña electoral. Angeloz formulaba un programa económico neoliberal, pero Menem no lo criticaba por ello, sino que le contraponía un discurso con eje de una "revolución productiva" pero de economía de mercado y privatizaciones. La izquierda tradicional creyó percibir que ambos candidatos "decían lo mismo", lo cual "demostraba" que ambos eran candidatos "burgueses". Pero lo que no percibió dicha izquierda era que ambos discursos —pronunciados desde partidos populares— eran gritos desgarrados de fuerzas políticas que percibían la inevitabilidad de las alianzas con grupos del gran capital para poder representar intereses sociales permanentes. Desde diciembre del 88 en medios empresarios se comenzó a oír que "Menem está disponible". Para los grupos principales del gran capital está claro que el aliado prioritario era el peronismo, porque el éxito de un programa de modernización neoliberal a la chiliana es imposible sin el sostén de los sindicatos, dispuestos a pagar el precio social. Ahora en el gobierno el menemismo ha emprendido con una audacia jamás vista la implementación de una estrategia global de reestructuración socio-económica interna y reinserción económica y política del país en el mundo. Esa estrategia tiene dos componentes esenciales: conformar una economía exportadora de base agro-energética, y asociación política del país con EE.UU. ¿Por qué la ofensiva menemista es arrolladora? La izquierda tradicio-

nal sostiene que es sólo un fenómeno transitorio, que fracasará por la "resistencia popular", etc. Pero, nuevamente esa izquierda no entiende que está pasando: el discurso menemista, que con valentía coloca el eje en el compromiso histórico duradero del peronismo con el liberalismo conservador, sencillamente expresa "algo más" que los intereses específicos de grandes grupos económicos: expresa "la creencia modernizante" instalada en gran parte de la sociedad que la solución es desarmar la economía "estatista-subsidiarista" y desarrollar un modelo neoliberal. Pero también ese amplio sector de la sociedad que apoya al menemismo aspira a que ese capitalismo neoliberal incluya derechos laborales y bienestar social. La fórmula ideada por Menem —actualización de una vieja formulación de Alsogaray— ha tomado cuerpo el concepto de "economía popular de mercado".

¿Por qué no existe "alternativa" al programa neoliberal-peronista? Debe decirse que tal alternativa sólo podrá comenzar a tener perfil si a las medidas económicas-sociales del gobierno se corresponden posiciones críticas superadoras que subsuman y superen los desafíos planteados sectorialmente por dichas medidas. Por ejemplo, a la postura de salarios administrados, el sindicalismo no podrá contestar ahora sólo con "reajustes automáticos" sino se hace cargo simultáneamente de la rentabilidad y eficiencia empresarial; a las medidas privatizantes no se podrá contestar con el estatismo tradicional, sino que serán necesarias respuestas puntuales, relacionando cada respuesta con la función de la empresa privatizada en relación al desarrollo armónico de la economía nacional y a la participación de los trabajadores en la gestión; a la

apertura de importaciones no servirá la propuesta del proteccionismo tradicional sino dar respuestas puntuales a partir del principio de que la economía argentina sólo puede protegerse con economías regionales fuertes y no con medidas proteccionistas anacrónicas (lo cual no excluye formas de protección selectiva asociadas a la política de exportación diversificadas con eje en productos "agro-energéticos", etc.). Es imposible en un artículo desarrollar una plataforma alternativa al programa menemista. Pero no "tanto" por las limitaciones de espacio, sino porque tal plataforma será el resultado de la actividad teórica práctica colectiva. Pero sí es posible resumir todo el problema localizando dos desafíos: primero el que tiene que ver con el modelo económico, esto es que al programa de modernización capitalista segmentaria, la única alternativa es un modelo agrícola industrial integrado; y segundo, que nos guste o no, tendremos que coexistir con programas conservadores neoliberales durante todo un período histórico.

El plan económico del gobierno tiene hoy tres contrastes débiles: la deuda externa, la resistencia eventual de grupos empresariales hostiles del Estado al perder mercados cautivos y subsidios y las presiones financieras de las provincias. Son resistencias desde el interior de los centros financieros internacionales, de la clase empresarial y de fracciones de la sociedad política nacional. En el contexto político actual la resistencia sindical es secundaria. Lo paradójico consiste en que a una izquierda inteligente no puede "interesarse" que este programa fracase abruptamente sin la instalación en la sociedad de un "proyecto de programa" alternativo, pues ello significaría primero caos y derrumbe de la democracia política y

luego la restauración conservadora autoritaria cívico-militar con apoyo popular e implementación brutal de un programa neoliberal. A una izquierda "civilizada" le debería interesar que el programa neoliberal-peronista ponga "la casa en orden", es decir, coloque al debate en sus términos reales: articulación de un capitalismo salvaje o articulación de una economía de mercado agroindustrial integrada exportadora especialmente. Para que la sociedad reflexione colectivamente y llegue a la conclusión de la viabilidad del segundo camino, deberá previamente experimentar las limitaciones del primero. Una izquierda "civilizada" debería hacer suyo el reclamo popular de una economía eficiente y competitiva para plantear que ese reclamo se corresponde con una economía mixta, con un Estado fuerte no por ser propietario de empresas sino por ser impulsor/regulador de la inversión privada social y una creciente participación de los trabajadores en los centros de decisión micro y macro económicos. Sólo bajo la guía de una estrategia socio-política "neoliberal" superior al proyecto conservador neoliberal, será posible estimular y orientar las luchas concretas que se desarrollan y se desarrollarán en el futuro por la defensa del salario real (directo/indirecto), empleo, condiciones de trabajo, etc.; y proteger la negociación colectiva global por rama de actividad.

La construcción de una alternativa civilizatoria superior puede ser definida por su contenido (aunque no necesariamente por su formulación ideológica) como un proyecto socialista, pluralista y democrático. Pero, la construcción de tal fuerza sólo puede ser viable como "encuentro" de culturas y tradiciones políticas preexis-

tes que buscan la renovación (laborismo peronista, liberalismo popular radical, socialismo, catolicismo humanista, culturas políticas regionales descentralistas progresivas, etc.) junto con nuevas culturas políticas (movimientos de derechos humanos, ecologismo, feminismo, etc.). Es probable que este camino de convergencia sea largo, que sólo pueda cristalizar cuando sea reconocido como "progreso real" superador frente al nuevo orden económico neoliberal. Por último este camino deberá ser recorrido bajo el peligro potencial de una ruptura del orden constituido, dado que como el nuevo modelo económico incluye necesariamente bajos salarios y niveles altos de desempleo, bolsones de miseria, etc., pueden producirse resistencias populares, espontáneas que desarticulen el sistema político bipartidista e impulsen al bloque dominante a forzar la marcha hacia la instalación de un régimen autoritario.

Por último una nueva fuerza socialista pluralista debería definir su perfil social y nacional-estatal: esa fuerza política y social renovadora, socialista y policlasista, necesitará por eso articularse sobre dos "ideas fuerza" centrales: tener un eje social en el mundo del trabajo (para evitar ser "sólo" un discurso socialista) y un eje político-institucional como portador de una democracia pluralista interesada en un nuevo orden nacional-estatal de reorganización económica, política y administrativa de las regiones. Gracsi definió alguna vez la perspectiva italiana del socialismo como la ecuación entre clase obrera y cuestión meridional. En Argentina un socialismo pluralista debería tal vez identificarse como la ecuación en una democracia política de nuevo signo del mundo del trabajo con la cuestión regional.

Novedades del Fondo

Daniel Chudnovsky - Juan Carlos del Bello
Las economías de Argentina e Italia
Situación actual y perspectiva de asociación

César Paternosto
La escultura inca
Una visión contemporánea

Robert L. Heilbroner
La formación de la sociedad económica

Diana Tussie
Los países menos desarrollados y el sistema de comercio mundial.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel.: 322-7262/0825/9063

PAIDOS

G. Vattimo
Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica

R. Dantzer
Las emociones

C. Geertz
El antropólogo como autor

P. Grimal
La mitología griega

L. Wittgenstein
Conferencia sobre ética. Con dos comentarios sobre la teoría del valor

J. Derrida
La desconstrucción en las fronteras de la filosofía

R. Kaës y otros
La institución y las instituciones

J. Etkin y L. Schvarstein
Identidad de las organizaciones

J. Tusón
El lujo del lenguaje

L. Vilches
Manipulación de la información televisiva

M. Teresa Serafini
Cómo redactar un tema. Didáctica de la escritura

M. De Marinis
El nuevo teatro, 1947-1970

P. Francastel
La realidad figurativa. I.

El marco imaginario de la expresión figurativa. II.

El objeto figurativo y su testimonio en la historia.

La debacle económica de la transición

Conversación con Jesús Rodríguez

La Ciudad Futura

Que pasó en la Argentina entre febrero y julio de este año? Es difícil contestar la pregunta, siquiera entrar en el tema, sin hacer una revisión aunque fuera somera de la política llevada a cabo por el gobierno de Alfonsín. La gestión económico-social que llevamos adelante desde diciembre de 1983 puede ser analizada como una sucesión de tres fases, desde el ministerio de Grinspun hasta el colapso del Plan Primavera que catapultó a la crisis de los últimos meses.

La primera etapa abarca hasta el lanzamiento del Plan Austral a mediados de 1985. Es evidente que tuvimos entonces una visión simplificada, demasiado simplificada de los problemas económicos. Cargamos todo el peso de la innovación en los temas políticos y no entendimos la necesidad de acometer también la transición económica. Más de un año y medio nos llevó advertirlo. En los primeros tiempos supusimos que era posible, simultáneamente, incrementar los salarios, disminuir la tasa de inflación y elevar la tasa de crecimiento. Las herramientas para ello eran: así lo creíamos: la reducción del costo financiero de las empresas y la resignación con un sentido productivo del gasto público. Supusimos que esa estrategia doble permitiría resolver al mismo tiempo los problemas económicos y sociales que heredábamos de la dictadura. En cuanto a la deuda externa pensábamos que el ajuste ya nuestra sociedad lo había hecho y que "el prestigio de la democracia recuperada" abundaría a los banqueros. Por cierto que la realidad no se compadecía con esos deseos ni en lo interno ni en lo externo. El tema de la deuda era mucho más serio y el horizonte económico inmediato nos iba a indicar que había que pagar costos mucho mayores por un crecimiento mucho menor. Estas variaciones reflejaban a un partido que en el fondo pensaba que todo era igual que en 1966, cuando había sido desalojado del poder. Además la UCR había vivido entre julio del 82 y diciembre del 83 una verdadera mutación. No hay que olvidar que en ese breve lapso Alfonsín pasa a ser, de líder de la minoría de un partido minoritario, a principal figura de un partido que gana las elecciones presidenciales con más de un 50% de los sufragios. No tuvimos tiempo para procesar todos esos cambios, para asimilar un crecimiento en 10 veces del número de afiliados para estructurar una cultura de gobierno. Por otro lado los radicales no hacíamos más que creer lo que creían todos los partidos populares: hasta reeler los documentos elaborados entonces por la Multipartidaria para advertir que nuestra mirada simplificada sobre la realidad era compartida como un verdadero aire de época.

Cuando por fin llegamos a advertir como en verdad las cosas, concluimos -por cierto que sin un verdadero debate interno- que había que retornar de otra manera el control de las grandes variables económicas. Y pasamos así a la segunda fase: el lanzamiento del Plan Austral.

Los problemas del Plan Austral

El Austral fue en verdad un plan heterodó-

Para apreciar lo que pasa en Argentina hoy será necesario saber lo que sucedió después del seis de febrero, esa fatídica jornada que comenzó a detonarse la destructiva bomba de la hiperinflación. Fué en ese territorio devastado en donde se produjo la culminación del primer período de la transición, con un radicalismo derrotado que debe resignar el poder antes de tiempo y con un peronismo condicionado por los grandes intercambios económicos. A fin de setiembre *La Ciudad Futura* conversó largamente sobre estos temas con Jesús Rodríguez, último ministro de Economía de Alfonsín y diputado nacional. De la charla grabada, mantenida en vísperas de los seminarios que la UCR organizara para examinar su gestión, reunimos aquí sus tramos fundamentales.



zo que combinaba una reforma monetaria con congelamiento de precios, quebrando la inercia inflacionaria. Realmente no tuvo costos graves en términos de nivel de actividad y de ocupación. Tuvo sin embargo críticas terribles: el actual ministro Triaca lo calificó como un plan "propio de descerebrados". Alsogaray decía que en un mes no se iban a poder pagar los sueldos y Grosso lo calificaba como una especie de Malvinas de la economía. Pero se sostuvo con un gran apoyo de la población que colaboraba esperanzada en que por fin se pudiera eliminar la inflación. En esas condiciones la UCR ganó las elecciones del 85 virtualmente en todos los distritos del país. Pero ya en 1986 empezaron a advertirse los primeros problemas serios. Ellos consistían en la demora en definir una segunda etapa para el Austral, definición que sólo parecía poder hacerse en la misma marcha de los acontecimientos.

Pero la falta de audacia en la implementación de una segunda etapa que abarcara por ejemplo la reforma del estado no explica todo. Se daban otros problemas económicos y también problemas políticos.

Ellos venían por el lado de la oposición, pero también andaban en el gobierno y en la UCR. La primera -ayudada por los medios de comunicación- descargó sobre la política económica todas sus batallas. Las críticas ideológicas y la potenciación de las demandas sociales se acumulaban sobre nosotros. Eran los tiempos de "Patria querida, dame un presidente como Alan García" y de las virulentas acusaciones a la "resignación" radical. Sostenida sobre un triángulo político constituido por el Senado, por la mayoría de las gobernaciones provinciales que estaban en manos de los justicialistas, y por la CGT que no se cansó de hacer paros generales, esa oposición replicaba incansante en los medios, dando una imagen falsa de la realidad. Por ejemplo: nunca hubo un año económico tan exitoso como 1986, con inflación menor de tres dígitos después de mucho tiempo, con una mejora del salario del 6%, con crecimiento de la inversión del producto industrial y un déficit fiscal de sólo dos o tres puntos. Sin embargo, todo el mundo hablaba de recesión.

Pero sería injusto si no agregara que buena parte de la UCR tampoco acompañaba, en la medida en que vivía a la situación como una "defección programática" y que tampoco todo el gobierno compartía la estrategia, lo que era evidente, por ejemplo, en el sector de empresas públicas. Todas estas serían las restricciones políticas que obstaculizaron la profundización del Plan Aus-

tral, pero las hubo también propiamente económicas. Una condición para el pasaje a una segunda etapa era el equilibrio fiscal. La estimación que de la deuda externa efectuara el entonces presidente del Banco Central de Bignone y hoy canciller de Menem, Domingo Cavallo, obligaba (y obligaba) a una transferencia a los acreedores de alrededor de cinco o seis puntos del producto. En esas condiciones el equilibrio fiscal sólo es posible si se tiene superávit operativo en el resto de las actividades. Y es precisamente en ese tiempo que se desencadena el conflicto entre los EEUU y la Comunidad Económica Europea que tira abajo los precios de nuestros productos. Resultado: menor ingreso de divisas y menores recursos para el sector público en concepto de retenciones. Así, más allá de la demora en la puesta en marcha de reformas estructurales, como la del estado, el fracaso del programa se adelantó por el estallido de la crisis fiscal.

Comienza la debacle: el "Plan Primavera"

Podemos fijar el más de setiembre de 1987 como el inicio del plano inclinado. Se pierden las elecciones de 1987, los indicadores económicos marcan un deterioro y tiempo después, como un intento último de controlar las variables, se lanza el Plan Primavera que con su fracaso marcará la imagen final de una pendiente hacia el vacío de nuestra gestión económica y política. El Plan Primavera tenía dos ejes: por un lado, un acuerdo con los empresarios para desindexar precios; por el otro un acuerdo implícito - con los sindicatos, cuyo núcleo era el mantenimiento de la negociación colectiva. El gobierno debía contribuir a través de las tarifas públicas y del precio del dinero. Pero cometimos un pecado que incidió sobre el dólar: en setiembre se eliminaron las retenciones agropecuarias, lo que entre paréntesis simboliza las dificultades de un partido político con una difusividad ideológica preocupante para promover políticas que promuevan el bienestar general. Así y todo, en diciembre de 1988 la inflación no fue más alta del 7%.

¿Qué pasó para que muy poco después de desatara la hiperinflación? ¿Un desborde fiscal? ¿Un shock de demanda? ¿Un push salarial? ¿Una crisis externa? ¿Atrasos en las tarifas? No. Nada de eso sucedió. ¿Que pasó entonces? Voy a proponer algunas hipótesis para la discusión, todas ellas políticas.

En rigor se trata de dos elementos entrelazados. La debilidad del poder gubernamental hacia fines del '88 y el consiguiente reforzamiento corporativo. Las razones de lo primero son claras: por un lado, la existencia de una fecha fija, muy próxima, de finalización del mandato lo que obstaculizaba la capacidad de gobierno. Por el otro, la incertidumbre generalizada acerca de lo que iba a suceder a partir del 14 de mayo. Además, la inminencia de las elecciones vedaba la posibilidad de grandes acuerdos políticos partidarios.

Valle la pena señalar, con respecto a es-

tos últimos, que en los casi seis años de gobierno, ellos fueron viables solamente en cinco meses, los que van entre octubre de 1987 y marzo de 1988. Tras la derrota electoral y con la confirmación del liderazgo de Cafiero en el peronismo que le otorgaba al mismo personalidad de partido, fue posible acordar parlamentariamente una serie de leyes, algunas de tipo político, como la de Defensa, y otras económicas, como la de coparticipación federal, de financiamiento para costear la seguridad social y de promoción industrial. Luego, en los momentos previos a la dilucidación de la interna justicialista y más todavía cuando Menem derrotó en ella a Cafiero, se volvió a lo que fue una constante: el bloqueo parlamentario a todos los proyectos, la imposibilidad de ningún consenso, que se agrava a medida que se acerca la fecha de las elecciones nos colocaba en el peor de los mundos posibles: no podíamos gobernar con legitimidad electoral ni obtener acuerdo. Si el pacto legislativo estaba vedado, ¿cómo tanto sucedía con el sectorial. Con la CGT por razones sobre las que no hace falta abundar, y con los empresarios, porque en diciembre de 1989 estaba claro para la enorme mayoría de ellos, que la UCR no podría descontar en tan pocos meses la ventaja que todas las encuestas le otorgaban a Menem. Tanto fue así, que aquellos que habían tenido una relación con el gobierno en términos del Plan Primavera buscaban desaparecer rápidamente. A este cuadro de debilidad política le sumamos el golpismo militar de Villa Martelli y la enloquecida reparación del terrorismo en La Tablada, podemos visualizar globalmente cuanto incapacidad tenía el gobierno para conducir la fase final de su gestión.

El fuego de la hiperinflación

Y así empieza el último acto sobre el

que puede darse una interpretación política no necesariamente conspirativa en la que se combinan, como matriz de una incertidumbre generalizada que enloquece a todas las variables (empezando por el precio del dólar que hace estallar a todas las demás), nuestros propios errores con las características de la campaña electoral del peronismo. A la suma de poder corporativo e incertidumbre que tife el período entre febrero y mayo habíamos llegado, sin embargo, con dos reformas estructurales significativas: una industria con capacidad exportadora y una significativa reducción del gasto público. Pero había por lo menos tres problemas graves en los que no habíamos avanzado. El sector externo, uno de ellos, seguía teniendo gran fragilidad. Cada negociación, cada trámite con los bancos o con el FMI costaban más, eran más complicados que los montos de las transferencias. Cuando el Banco Mundial anuncia la suspensión de su ayuda, y eso se hace público en todos los medios, la incertidumbre que genera ese problema no resuelto creció en espiral.

Otro tema era la magnitud creciente de la economía negra, que entre otras cosas mellaba seriamente la capacidad de ingresar recursos al estado. Por fin, no habíamos logrado modificar una estructura empresarial altamente concentrada, sin riesgo ni competencia, con capacidad para fijar precios y adelantarse así en sus posiciones relativas. Todos estos son datos muy sensibles para incrementar la incertidumbre, una mala compañía, en síntesis, para la transición electoral.

Muchas declaraciones de portavoces justicialistas potencian la inquietud. Por ejemplo, cuando Alberto Kohan anuncia la probable nacionalización de la banca por un gobierno de Menem. El resultado -obvio- es el retro de despoñados en Austales y en dólares. O cuando Piccirí se refirió a la eventualidad de un blanqueo tributario y nadie

pagó los impuestos. O las declaraciones de Cavallo en *Ambio Financiero* diciéndole a los bancos que no le prestan a la Argentina porque está derrochando divisas. O Di Tella anunciando un tipo de cambio "irrequietalito". En fin, muchos mensajes cuyo resultado fue que en el primer semestre de 1989 no estuvieran disponibles más de 3.700 millones de dólares a causa de nuestros retenciones, menos anticipos de exportaciones y retiro de depósitos.

Pero todo esto sería incompleto sin agregar lo que llamo "nuestras responsabilidades no endosables". Quiero destacar dos. La primera es el retro de Sourrouille, podría no haber sido ministro, podría haber salido después de la derrota electoral de 1987, cualquiera de esas cosas. Lo que era una locura era que se fuera cuando se fue, en medio de ese caos fenomenal. La otra responsabilidad gravísima es la liberación del tipo de cambio con lo que se accedió al reclamo del "grupo de los ocho" y sus asesores: Alenman y Krueger Vastina. Sin reservas, con déficit fiscal, con los problemas que se tenían en el sector externo, con un mercado oligopolizado, fue otra locura. En la que coincidirían, vale recordarlo, Alsogaray, Menem y Angeloz...

De ahora en adelante

Todo lo sucedido nos ha dejado a nosotros y a toda la sociedad grandes lecciones. Por eso pienso que si una autocrítica de la UCR es imprescindible, también lo es que el resto del sistema político haga un examen de sus convicciones en la transición. En lo que toca a mi partido, creo que le pasó lo que le ha sucedido en algún momento a todos los partidos democráticos y populares del continente: no haber advertido a tiempo que el paradigma de los años '40, '50, y '60 ya no

es viable, ya no va más. No vale ya la idea que todos tuvimos acerca de que estuzizando los recursos ganamos en soberanía. La dependencia, hoy, se juega en otro lado, se da de otra manera.

Nuestros países atraviesan una etapa en la que se mezclan tres elementos que la hacen muy compleja. Estamos viviendo transiciones políticas, en medio de una terrible crisis económica de la que la deuda externa es un agravante enorme y con la necesidad de reformular modelos de acumulación económica para adecuarnos a los nuevos datos de la realidad. No es fácil. Quizás el saldo más positivo es que la estabilidad de las instituciones democráticas es indispensable para pensar en el progreso económico y social.

Para la UCR se abre una etapa decisiva. Si Alfonsín fue, en 1983, un protagonista principalísimo de la recuperación democrática, hoy lo debe ser de la recreación de un elemento importante para su consolidación como lo es el perfil del principal partido de oposición. Tenemos que modificar el estilo opositor. No puede ser el de 1946-1955, ni el de 1973-1976, cuando nos consolábamos con ocupar un espacio casi decorativo, ni por cierto, como el que caracterizó el justicialismo, político y sindical, durante nuestro gobierno.

Para ello, necesitamos reelaborar nuestras propuestas y también nuestra funcionamiento organizativo. Aprender que la movilización no es sólo la callejera que llevan a cabo los ciudadanos, sino que es indispensable tomar las demandas sectoriales y generalizarlas, quitándoles sus particularismos y haciéndolos compatibles con el progreso de la sociedad. Esto es el desafío: frente a una opción que mezcla los rasgos conservadores del populismo y del liberalismo, tenemos que llegar a ser la opción política de la modernización democrática.



Diálogo con Carlos Auyero

“Queremos construir una nueva ideología de época”

La Ciudad Futura

Independientemente de cómo estén colocadas hoy, sobre todo el peronismo, las dos grandes fuerzas políticas argentinas—radicalismo y peronismo—reivindicando para sí el espacio de centro izquierda. Entonces, ¿cómo se puede proponer una alternativa de centro izquierdo frente a esta constatación de las grandes fuerzas populares? ¿Cómo se encara este problema?

—Bueno, desde mediados del año pasado, con las internas de los grandes partidos para afrontar la elección del 14 de mayo, se va dando a mi juicio un fuerte realineamiento ideológico y político que hace que las propuestas electorales se indifierencien ideológica y programáticamente, hacia el centro o hacia el centro derecho en el plano político, en el plano cultural y en el plano económico y social. Esto se ve en las ofertas indierenciables que hacen, frente a los temas principales, radicales, peronistas y la derecha. Más allá de los folklóricos o las historias de cada uno de los candidatos, el meollo de las propuestas se indierenciaba. Creo que, de alguna manera, exponen algo que en la Argentina se viene dando desde hace algo más de dos décadas, sobre todo en materia económica y social: un dominio cultural-ideológico del neoliberalismo sobre las propuestas que se hacen a la sociedad. Y que, a partir del año pasado, este dominio se hace tan fuerte que cualquier propuesta o alternativa que cuestione las que se hacen desde el neoliberalismo respecto al rol del Estado, al mercado y al modelo de acumulación capitalista, ya ni son discutidas sino arrojadas a la marginalidad y al desuso.

A partir de allí, proponemos a la sociedad que, si en los años anteriores se decía que los sectores moderados no tenían representación en los partidos tradicionales, lo que estaba a la intemperie, sin representación política a mi juicio, eran los sectores democráticos y progresistas en la Argentina. Esto encuentra eco en expresiones socialistas, en expresiones peronistas, en expresiones radicales y de la izquierda independiente, pero no logra plasmarse en la oferta política con vistas al 14 de mayo del 89. Por distintas circunstancias no logra plasmarse, pero el germen de esta idea queda.

El desarrollo de la campaña marca la indierenciación en cuanto a las ofertas. Cuanto más nos aproximamos al 14 de mayo es más difícil encontrar diferencias en lo que opinan, respecto a los temas centrales de la economía, radicales, peronistas y la UCD. Y lo que ocurre después del triunfo de Menem demuestra que esto era terminante. Yo me asombro de que haya quienes se asombren de lo que ha ocurrido después del 14 de mayo con la absorción del neoliberalismo en el gobierno de Menem. Quiédsémos nosotros algunos de la magnitud y la audacia de algunas figuras: el caso de Alsogaray y algunas otras. Pero, con respecto a la orientación, yo creo que la dirigencia política argentina no tenía derecho a asombrarse.

A partir de allí—y como confirmo a lo político y después a lo conceptual—muchos de los que nos sentimos insatisfechos con

Luego de dejar la Democracia Cristiana, el diputado Carlos Auyero propone el nacimiento de un nuevo partido y de otras herramientas político-culturales, con el propósito de crear un polo que con el tiempo pueda alterar el sistema bipartidista argentino y dar batalla al auge de las corrientes neoliberales.

Este proyecto pone en juego una serie de problemas que el dirigente analiza en esta conversación. Entre otros interrogantes, Auyero se pregunta por el significado de ser progresista hoy en nuestro país.

Carlos Auyero, con una larga trayectoria en la Democracia Cristiana, abandonó hace pocos meses la dirección de ese partido y se desafiló de dicha organización política, todo ello con el objetivo de dar origen a una nueva fuerza que sea síntesis, como él afirma, del humanismo y el socialismo.

Dentro del emprendimiento de ese complejo desafío, Auyero publicó un libro, *Desde la incertidumbre* (Editorial Legasa), y se ha encaminado a la búsqueda de acuerdos que tiendan a crear un bloque capaz de afectar el bipartidismo en el próximo ciclo electoral argentino, en 1991-93. En esta ambición

Auyero apuesta toda una vida en la militancia con un perfil nitidamente apegado a las posiciones socialcristianas y a la defensa de los derechos humanos. Por esos motivos, y porque su actividad se vincula a los nuevos horizontes que tienta la izquierda democrática en la Argentina, es que este dirigente fue entrevistado por la redacción de *La Ciudad Futura*.

casí una autoproscricción electoral empezamos a reunimos. Accidental o coyunturalmente ya lo veníamos haciendo desde fines del año pasado, en lo que se llamó Iniciativa Democrática, donde convocamos a una cantidad de personas, representantes de partidos políticos y personalidades independientes, pero no a la defensa del sistema democrático, sino a la inscripción en el FREI UPO. No tenía ninguna posibilidad de gravitación y había desperdiciado una excelente oportunidad de protagonizar la articulación de este espacio progresista y democrático, junto con otras fuerzas de otras procedencias culturales y políticas. Digo que me he ido de la Democracia Cristiana con emoción, después de haber estado durante 25 años, pero sin nostalgias porque no dejó lo que yo había pensado: un humanismo cristiano, progresista. Sí, me he ido de la estructura.

El hecho es que junto con esto crujen a mi juicio las estructuras radicales y peronistas. Yo no estoy hablando de ninguna manada de división ni de fractura: crujen. El debate se hace muy intenso en radicales y peronistas. Mucho más disciplinado en el radicalismo por su tradición y por su historia. Mucho más estentóreo quizás en el peronismo por su modelo; en este último caso también porque está viviéndose un problema de identidad muy fuerte a partir del perfil del gobierno de Menem. Y, además, tal vez por haber chocado violentamente contra un te-

cho muy bajo la renovación peronista: la idea inicial de muchos renovadores era plantearse un proyecto mucho más transformador, y aquí han quedado como una línea interna, acotada en un proyecto hegemónico del menemismo.

—En ese panorama de coincidencias y diferencias que usted describe, ¿cuáles son las herramientas específicamente políticas?

—Todo esto hace que estemos pensando muy seriamente en la necesidad de articular un espacio al margen de los grandes partidos tradicionales, que planteen una línea de transformación alternativa. En el caso nuestro en particular, mió en el momento, empezamos a conformar un nuevo partido político, lo cual es toda una aventura, una enorme dificultad y también un gran desafío. Le hemos dados inicialmente y provisoriamente el nombre de Humanismo y Liberación-Frente Social. Digo provisoriamente porque es un nombre que evoca todavía una línea interna de un partido; aunque tiene tradición, creo que desde un partido chico pocas veces una línea interna tuvo esa resonancia. Pero rechazamos que esto sea una división de la Democracia Cristiana: es mucho más, es la gestación de un espacio autónomo dentro del espacio progresista, democrático y popular. Simultáneamente, hemos consolidado relaciones con los socialistas, con la Unidad Socialista, con la Intransigencia Popular y con sectores radicales y peronistas con quienes conversamos mucho. Con los primeros hemos hablado seriamente de presentar una especie de frente para la elección de 1991. En nuestro caso, nuestra dirigencia, nuestra militancia ha tenido que saltarse la elección del 89; para quien tiene vocación política esto es muy duro. Y yo diría que nos tuvimos que saltar la elección del 87 no nos gustó. Lo que nos gustó fue el frente del 83, porque ahí sí soñamos construir otra alternativa política. En el 87 ya el peronismo había privilegiado la unidad, en vez de una identidad nueva; por eso, la elección del 87 fue poco atractiva. Entonces, estamos en la conformación de un partido político con esta amplitud. Pero, a su vez, junto con otros sectores del mismo campo, conversando acerca de programáticos todavía muy incipientes.

Lo de centro izquierda es un nombre que le ha dado la gente, un nombre que le hemos dado nosotros. Es un nombre de los más ambiguos. Yo recordaría entre paréntesis aquí como hasta Lanusse hablaba de centro izquierda, ¿se acuerda? En esa época, claro, ser de centro izquierda era ser revolucionario, o por lo menos muy progresista, pero estamos hablando de la década del 70. Es un nombre que le ha dado la gente y que la gente entiende; a nosotros no nos gusta. Más bien rescataremos ciertos elementos: el primero, dato de capacidad transformadora a la democracia; creemos que en este juego dialéctico entre capitalismo y democracia está dándose una reabsorción, o una absorción, de la democracia por el neoliberalismo a favor del sistema capitalista, lo cual debilita a la propia democracia. En segundo lu-

gar rescataremos, más que el continente nacional y popular, que es también enormemente ambiguo, doto de ideología instrumental a lo nacional y popular. El tercer elemento sería dar respuesta a un desafío que hace un tiempo se hizo acá en la Argentina: ¿qué es ser progresista? Creo que lo hizo Alfonsín en un momento dado. Hoy, tanto ciertos sectores del alfonsinismo como no-toriamente el menemismo, es como si renegaran de la posibilidad de cambiar los parámetros de dominación y adoptar como estrategia política el mejor acomodamiento al orden mundial, que nos acota a un determinado rol. Entonces, el progresismo se opone a este rumbo, es lo más contestatario que se puede plantear en la sociedad.

—Un partido político por un lado, y un encuentro de personalidades en un plano extrapartidario por otro. ¿Es no corre el riesgo de duplicar las representaciones?

—No, porque ese encuentro de personas es relativamente fácil de armar. No se trata estrictamente de un acuerdo político; es más fácil encontrar trabajos comunes en torno al rol del Estado, en torno a modelos de acumulación, en torno a defensas del sistema democrático, en torno a tomar definiciones en cuanto al indulto, por ejemplo, todas esas cosas. Va a ser una sociedad civil en donde realizaremos talleres, cursos de trabajo; es esto un ámbito social. Es decir: podría ser...

—Político-cultural

—Político-cultural, exactamente.

—¿Cuál es la transformación en la dialéctica capitalismo-democracia que usted propone?

—La relación del capitalismo con la democracia es de conflicto. En la medida que la democracia es mucho más que la mera formalidad de elecciones y de participación electoral, en el sistema capitalista tiende a ser dificultoso el tránsito democrático. Entonces, cuando hace un año yo presidía todavía la Democracia Cristiana, planteamos un pacto de transformación y de alguna manera fue aceptado por los partidos mayoritarios. Plantéabamos tres patrones. El primero era la recuperación, por parte del Estado, de la autonomía en materia de decisiones económicas, dado que teníamos razón de que hoy el eje central es que las corporaciones dominan la economía. Y, dominando la economía, dominan el Estado y le imponen las pautas. En el segundo punto planteábamos un nuevo modelo de acumulación, diverso del que hoy día aparece hasta endiosado, que es el impulsado básicamente por el lujo y la ganancia. Un nuevo modelo quizás fácil de definir y enormemente difícil de llevar a la práctica: que cualquier política económica y de crecimiento, y simultáneamente de distribución, tienda a partir por lo menos controlar la tasa de ganancia. Si no podemos cuestionar no solamente la doctrina de mercado, sino básicamente la doctrina de que la acumulación está hecha básicamente por la ganancia.

Y en tercer lugar, la reformulación del Estado en función no solamente de parámetros de eficiencia, ni principalmente de parámetros de eficiencia, sino fundamentalmente por parámetros de autogestión, que es la forma a partir de la cual nosotros definimos lo que hacemos. Esto supone un cuestionamiento de raíz del sistema capitalista que, a la larga o a la corta, entra en conflicto con el Estado. Creo que en este momento se está encontrando la mejor forma de evitar el capitalismo entrante en conflicto, mediante la liquidación del Estado. Del Estado, que aquí o en cualquier parte del mundo, y sobre todo en este momento en Europa y en los países centrales, sigue cumpliendo un importante rol regulador, hoy estamos haciendo un endiosamiento de su desgaste, por decir algo (¿no?) Entonces, de esa manera la democracia queda inerte frente a las

corporaciones y los capitales concentrados, a partir de que no hay ningún factor de acumulación. Y se usa como excusa, una excusa real y que ha penetrado mucho en la gente, que es por la ineficiencia del Estado, por la inoperancia del Estado. Pero yo creo que en el fondo hay otra cosa: después de haberlo sacado todo lo que se pudo al Estado a través de los subsidios, de los contratos y de las venturas, ahora se saca al Estado del medio para terminar de dominar la sociedad. Es un proyecto muy duro, ¿no? y lo más grave es que se dan pasos que pueden ser en el mediano plazo casi irreversibles.

—La nación de progresismo es amplia y ambigua, ¿como usted recordaba, está el presidente de una autoproscricción del anterior Presidente de la República. Pero si salimos de definiciones globales entramos a problemas más complejos. El fracaso de una política de reformas de Alfonsín, ¿deriva de qué? ¿De que no tenía un programa suficientemente claro, de que no tenía fuerza? ¿Por qué es necesario un nuevo partido, una nueva organización?

—Yo incluiría, porque usted se refiere solamente a los radicales, el tema del peronismo renovador, que es una de las cosas más dramáticas que ha pasado. Es decir: si el fracaso de Alfonsín es dramático, el fracaso del peronismo renovador no lo es menos.

—Son dos fracasos concomitantes porque, en última instancia, este sistema se mantuvo, desde el 83 hasta ahora, por una colaboración o por una suerte de cointerdependencia implícita.

—Claro. Creo que en los dos ejemplos hay ciertas paralelas. ¿No? Vamos a empezar por los radicales. No creo que el radicalismo o el alfonsinismo lleve al gobierno sino la verificación de una ideología instrumental. Es decir, no de una ideología sino de una ideología instrumental. La ideología instrumental son los instrumentos que hacen operativo un determinado proyecto político. Creo que el radicalismo llega con un proyecto de valores, en gran medida compartidos, y cuya principal realización es el éxito que le lleva a reconocer la historia. Pero sin una ideología instrumental, básicamente en lo económico y social. Nosotros no planteamos lo mismo. Jesús Rodríguez, repitiendo algunas expresiones de Alfonsín de final de la campaña, que le valieron dificultades con la juventud radical, no planteó un modelo de acumulación distinta al capitalismo, ni el conflicto del capitalismo con la democracia, sino expresamente que había que humanizar el capitalismo.



La lógica o el correlato de esto fue en los pactos desafortunados que hizo Alfonsín con los capitales de la industria, con determinados grupos muy concentrados del capital. Habrá tenido sus razones, seguramente, pero evidentemente no le fue bien. Y le pagaron por, sobre todo después del 6 de febrero de 1989. Era un Estado debilitado, con enormes dificultades de concentrar, el que tuvo siempre el radicalismo, a lo que se agregó que en el primer turno de su gobierno había enfrentado un Partido Peronista no democratizado. Dijo ahí el análisis del radicalismo me conecto con el tema peronismo. Cuando nosotros alentamos la alianza con la renovación peronista, partíamos de un espacio de coincidencia filosófica y política. Pero, además, de la imprescindible necesidad para el sistema político de un peronismo democrático, porque sino, habría inviabilidad para el sistema mismo. En el 83 nos planteamos, con la renovación peronista, cada uno con sus propias historias, con sus propias liturgias, generar una nueva burguesía democrática en Argentina. Sin embargo, después del éxito del 85 —éxito relativo pero importante, porque en el marco de la primera etapa del Plan Austral la renovación, junto con nosotros, sacó el 28% de los votos, casi el 29— el peronismo tenía dos caminos. Más que el peronismo, Cafiero y la renovación: hegemonizar la unidad del peronismo o buscar una identidad nueva sobre la base de su propia historia, una idea transformadora, democrática. Oportuno por el primer camino: buscar otra vez la renovación del peronismo. Si vale la pena, como anécdota, les digo que la misma noche de la elección hicimos una conferencia de prensa en el local del Frente Renovador, en Suipacha y Cafierodice: “El peronismo recupera su vocación mayoritaria. El radicalismo sacó el 40% de los votos, nosotros sacamos el 28%, más el 10% que sacó el FREI UPO”.

Yo interrumpí y dije: “Son votos sumables por la base pero no son proyectos”. Con esa frase, Cafiero marcó sus cuarenta años de vida peronista que lo llevaban casi como inerxia a buscar la unidad en vez de un nuevo proyecto.

Entonces, la renovación despertó para mucha gente, y sobre todo para la generación de 30 a 40 años, que había pasado sin

agarrar la violencia del peronismo del 70, una nueva esperanza de vocación democrática y demás. Hoy en día no existe. El fervor del 85 no se repitió en el 87, a pesar de que el 87 se gana. Fue totalmente distinto. Y era evidente que, frente a esos proyectos, el peronismo de la renovación ambiguo y el peronismo peronista de Menem, tenía que necesariamente ganar Menem. Era un canto. Y Menem tenía que caminar por que además venía perfilando hacia lo que es la imagen de su proyecto, o por lo menos la simbología de un conservadurismo popular, volviendo de alguna manera a algunas fuentes, a algunos pensamientos peronistas.

Entonces ahí tenemos dos fracasos, a mi juicio: el radical, por falta de ideología instrumental y por haber hecho el poder un endiosamiento sin proyecto, por parte de varios de sus sectores; y el peronista, por haber tenido un techo muy bajo con la renovación, que hoy en día es casi un recuerdo del pasado. Si sumamos a esto, hay un tercer fracaso en el campo progresista: es una programación oportunista, casi un reflejo autista de la década del 70, que fue el PI de Oscar Alende.

—¿Que incluso en el 85 sacó muchos votos, ¿no?

—No notable del PI, que alguna vez habría que analizar, fue que, saca un millón de votos en la peor circunstancia, porque estamos saliendo nosotros con Cafiero. Si Cafiero no rompe el PI hubiera sido un bombo espectacular. Pero, en dos años entró en picada, porque en el 87 sacó 300.000 votos y hoy desapareció.

—Está bien. Ese es el cuadro de situación del peronismo y el radicalismo. Menem ganó las elecciones. Ángel fue candidato, los dos partidos desmoronaron hacia la derecha. Pero es posible pensar una rearticulación, discusión interna o lo que fuere en estas fuerzas. ¿Cómo se colocan ustedes frente a esta posibilidad?

—Hay quienes fuera del radicalismo o el peronismo— construyen su política a partir de expectativas de fractura de los partidos mayoritarios.

Yo debo confesar, aunque algunos tengan duda, que nunca elaboré mi política a partir de eso. Más bien creo que estos cruídos en radicales y peronistas van a llevar su tiempo. Creo sí que es necesario generar un espacio autónomo, con ideología instrumental definida y electoralmente importante para ayudar a que estos procesos de renovación se generen más rápidamente. Porque si no, la lógica del bipartidismo va a llevar a que el internismo de estos dos partidos haga que, mientras ellos debaten internas, la política la conduzcan— como la conducen ahora— las corporaciones económicas. Entonces, lo que nosotros buscamos es generar un espacio autónomo, como pensé en los años setenta, donde se genera dentro del peronismo renovador podía hacernos gravitar en uno de los grandes partidos, la lógica del bipartidismo hoy en día hace imposible gravitar desde dentro de ellos. Por lo menos a mi juicio y dicho con toda humildad. Y que sectores progresistas, que se sienten muy diversos en sus culturas políticas, harán un servicio a la democracia y a los grandes partidos políticos, generando un espacio autónomo, que dialogue con fuerza con esos dos partidos y con la corriente más progresista de ambos, para generar que este corrimiento hacia el centro derecho ideológico empiece a rebotar hacia un debate más fecundo. ¿Está clara la idea?

—Si está clara. No se parte de una idea de violencia, ruptura o disolución de esas dos grandes fuerzas. Se parte del papel que pueda desempeñar un campo autónomo, o fuerza política autónoma, para presionar, acordar, provocar cambios... —Cuestionar, dialogar...

—Es indudable que la disolución del PI es un efecto, un telón de fondo sobre el cual debe verse una nueva organización. ¿Cómo introducir otras formas de construcción de la política, que permitan peso real en medio de la lógica de los dos grandes partidos? Y no nos referimos sólo a un problema de programa.

—El ejemplo del PI no nos sirve, como tampoco nos podría servir el ejemplo de la UCD, que son las dos experiencias más fuertes de ruptura del bipartidismo, por lo menos numéricamente. Yo creo que lo paradójico de lo que estamos haciendo es que normalmente, cuando un partido político nace, se estructura y después va a buscar qué espacio social representa. Nace como una ideología, como un pensamiento. Siempre ha sido así, o casi siempre. En este caso se da la inversa. Este espacio, que la gente llama de centro izquierda, progresista, democrático, que sale de la lógica del bipartidismo, está apareciendo casi como un reclamo. Quizás, primariamente, en sectores intelectuales, en sectores medios agredidos por la política económica, en sectores sociales bajos pero muy utilizados por las estructuras políticas tradicionales. Nuestro principal esfuerzo está en articular esta situación. La dificultad y la riqueza es que estamos articulando precedencias de culturas políticas diversas; se está dando aquí un encuentro muy fecundo entre una procedencia humanista y una procedencia socialista, y yo creo que quizás, esta síntesis de corrientes ideológicas totalmente cercanas, la que podría quizás ser el humanismo socialista, hace un pluralismo positivo, en donde los acuerdos son fáciles, fecundos, y las ideas-síntesis compartidas fácilmente se logran. Esto puede generar —no me gusta descender el nivel del debate hacia los números— un espacio que supere holgadamente el 10% del electorado argentino, y que permita desarticular un bipartidismo absolutamente dominante. Estoy hablando del mediano plazo, ¿no?, 1991-93. Quisiéramos construir una nueva ideología de época, que es, como decía alguien, un proyecto lanzado hacia adelante en función de realizar. Que en el caso del alfonsínismo y en el caso del peronismo renovador, se tronó muy rápidamente; en uno quizás por la apatía del poder y por problemas de poder, en otro, por los problemas de una identidad mirada hacia atrás, el peronismo, cuando a nuestro juicio esta nueva identidad, la ideología de época progresista en la Argentina, está hacia adelante.

—Tal vez sea difícil que se reformen sin un tercero que los azusa. El problema es hasta dónde se piensa que una transformación sería de la sociedad argentina dependiente de la expansión cuantitativa de este núcleo, o de un proceso de recomposición de fuerzas en que el peronismo y el radicalismo van a tener un papel fundamental.

—Hay un hecho práctico que está demostrando una enorme dificultad. ¿Cómo hacen ahora el radicalismo y los sectores progresistas del radicalismo para pretender exhibirse a la sociedad como progresistas, con la memoria inmediata de un problema como el de la crisis? ¿Cómo hace una eventual renovación del peronismo para exhibirse como progresistas frente a la claudicación más completa que es el gobierno de Menem? En el corto plazo, esto sería en ambos casos por lo menos una hipocresía.

—Para esta nueva ideología de época, ¿hay alguna experiencia internacional que en su opinión pueda tomarse de punto de referencia?

—En Europa se está dando un cierto rebote de la hegemonía neoliberal, ¿no? En Alemania más que en ningún otro lugar. Tenemos el caso de todo el Cono Sur: las dos experiencias del Frente Amplio en el Uruguay; el caso del nuevo partido socialdemócrata en Brasil; una fracción importantísima de la Izquierda Unida, aliada a sectores pro-



gresistas del APRA, en otra experiencia distinta que es la del Perú. La alianza, muy política y con sus tradiciones de Chile, en donde no han habido tantas dificultades y se han unido demócratas cristianos con socialistas, y aún con la madurez del Partido Comunista. Me parece que son síntomas, etapas. En estos hay que estar atentos al momento del rebote. Esto no significa haber construido, ni mucho menos, todavía una ideología de época, pero está indicando como una especie de giro en la historia ¿no? Creo que la capacidad de los intelectuales es anticiparse a estos giros para ir nutriendo de contenido, por lo menos ayudándolos.

—Un tema es que, objetivamente, un polo de este tipo tiende a ser el polo de acumulación de los humillados y los ofendidos. Vale decir, de todos aquellos que están motivados por una actitud de rechazo frente a la política y a modalidades de la política. ¿Cómo construir con un mundo de rechazo, y por tanto de diferenciación muy fuerte, un polo verdaderamente autónomo de elaboración de una política? ¿Es posible que des- de una acumulación como la que usted propone se salga de una actitud permanente en la izquierda, que es la de crear una cultura de oposición y jamás crear una cultura de gobierno?

—No se trata de que nosotros estemos buscando un modelo constatarístico intelectual, digamos. Vos fijate que la crítica más dura que me hicieron a mí en la convención de la Democracia Cristiana, fue precisamente que íbamos a buscar a los resentidos de todos lados, y que con eso no se amaba una nueva cosa política. La otra crítica era que yo introducía un Caballo de Troya, y esto sí era verdad: yo introducía un Caballo de Troya, lo que pasa es que era transparente: introducía a toda la izquierda independiente, y lo decía. Mi Caballo de Troya era de cristal: dentro estaba lo que yo quería construir. Entonces, para el sector más reaccionario del partido esto era, obviamente, abdicar de todos los principios. ¿Porqué no estamos armando entre todos una sola partido político, que es quizás lo más razonable? Socialistas, intransigentes, los que venimos de la Democracia Cristiana, estaríamos ganando impulso en un solo partido político. No lo estamos amando, primero, por que hay dificultades enormes y poco tiempo, y en segundo lugar porque todavía hay quienes en cada uno de estos grupos quieren cristalizar ideas homogéneas y que por ahora son contradictorias. Pero yo creo que esta concepción del humanismo socialista tiene muchas más ideas-síntesis compartidas y amalgamas de un proyecto instrumental que

dificultades, que seguramente también habrá muchas.

Entonces, la dificultad que ustedes plantean yo digo que es cierta: que existe, que es una de las tantas que tenemos que afrontar. Esto lo vamos a superar, no partiendo exclusivamente de los acuerdos intelectuales sino de articular las demandas sociales. A partir de articular las demandas sociales con una política inductiva, básicamente partiendo de las cosas para desde ahí construir la ideología, me parece que así construiremos la ideología de época. Si pretendemos otra forma, como lo hizo siempre la izquierda, como lo hizo siempre el pensamiento socialcristiano argentino, deductivo, desde los grandes principios a la realidad, vamos a terminar en el fraccionamiento eterno.

—Cuando se habla de política y de reforma siempre se supone la existencia de un partido reformador. Y hasta ahora las experiencias de partidos reformadores, por lo menos en el caso de aquellos lugares donde ha habido política de reformas más objetiva, casi siempre tenían una formación con ciertas características: un gran partido socialdemócrata, grandes partidos obreros.

—Sí, pero hay una realidad distinta en la Argentina. Hoy en día las demandas sociales están muy fraccionadas, requieren diversas formas de expresión. Entonces, se puede acumular dentro del campo popular y progresista con una gama de expresiones políticas. Quizás en el 45 la dicotomía y la alteridad eran dos: hoy en día no es así. Las demandas sociales están muy fraccionadas, fracturadas como nunca. Las demandas del campo popular, social, etc., entonces es razonable que se interprete a través de distintas expresiones.

—Es cierto, pero si están fragmentadas es muy posible que sean además contradictorias.

—Yo creo que pueden ser diferentes, pero que básicamente hoy en día no necesariamente van a ser contradictorias. Y creo que este espacio nuevo de acumulación puede armonizar no todas, pero sí muchas de ellas. Y ayudar a que los sectores progresistas en los grandes partidos tengan un diálogo con la sociedad distinto que el que tienen hoy en día.

—Sobre ideología de época y socialismo, creo que el gran problema va a ser generar un tipo de núcleo que sea capaz de formular una estrategia de nueva sociedad con la suficiente inteligencia como para poder esbozar esta línea por encima de las ideologías tradicionales y los grupos que comulgan en la Argentina.

—Yo respondo muy cortito: creo que este es uno de los puntos, una de las dificultades mayores, si cada uno acumula con el bagaje cristalizado de sus viejos dogmas. Porque una cosa es que nosotros digamos que las ideologías no han muerto, y otras que queramos aplicar las ideologías cristalizadas de hace diez, veinte, treinta años. Esto haría inviable cualquier nueva construcción. Y hasta haría inviable el progreso de los sectores más dinámicos y modernos en los grandes partidos tradicionales. Si el tema es contestar a la ideología dominante del neoliberalismo apelando a citas textuales de hace veinte, treinta años, aquí perdimos. Eso está claro.

Proceso a las Juntas en la prensa argentina

El primer relato público del horror

Leonor Arfuch

Introducción

Este trabajo resume parcialmente una investigación sobre las modalidades de producción de consenso en el marco del V Programa de Formación de Investigadores del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). En esos momentos, dos grandes problemáticas aparecían centralmente en el escenario de la actualidad, como claves de legitimidad y gobernabilidad para la reciente democracia: la cuestión económica y la de los derechos humanos. Varios años después, ambos registros ofrecen un panorama contrastado por la desmemoria de sus hechos: mientras que lo económico ha terminado por enquistarse en la vida política y la cotidianidad, el tema de los derechos humanos ha sufrido una paulatina desactivación, desdibujado por palabras y acontecimientos. Pero quizás algunos indicios de esta atenuación, de futuros silencios y omisiones podrían encontrarse justamente allí donde se abría una instancia casi fundacional de la palabra para hacer justicia y la sociedad entera asistía a un develamiento.

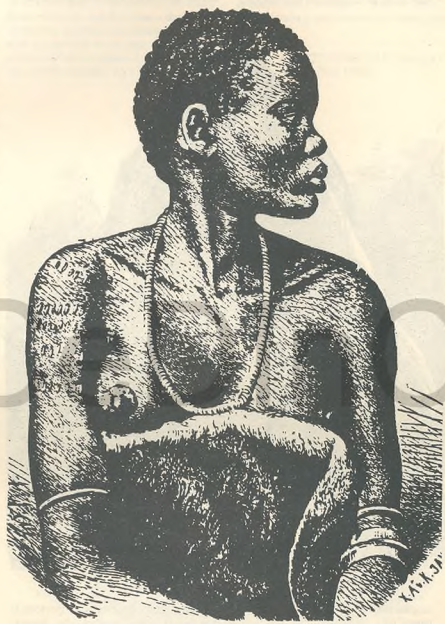
El Juicio a los ex-comandantes suscitó en la prensa esos diferentes, algunos extrañamente ambiguos respecto de los "derechos humanos". En la imposible neutralidad del lenguaje se dijeron cosas, más allá de los propios enunciados. Algunas afirmaciones contenidas en ellos resultan ahora casi premonitorias, algunos temas que apenas se insinuaban en los discursos se han transformado en hechos consumados.

Si esta lectura propone hoy volver sobre esas voces, sobre esas escenas, no es sólo por el interés de una comprobación, sino más bien por un sentido de recuperación, de anclaje en ciertos bastiones de la memoria.

El Juicio y sus relatos

El Juicio a los integrantes de las ex-Juntas militares que detentaron el poder en la Argentina durante casi ocho años constituyó un hecho singular que concitó la atención no sólo en el ámbito nacional sino en una variedad de países. Medida insuficiente, según algunos sectores, excesiva, según otros, el acontecimiento que produjo no fue sólo el Juicio sino éste, político y también discursivo: en el marco del tribunal, en el transcurso de las audiencias, se fue configurando el primer relato público, sistemático, contrastado, del horror, relato que puso en escena el cuerpo y la voz de múltiples enunciantes, incluidos los propios acusados.

El cuerpo y la voz, precisamente, hacían al relato una diferencia: muchos relatos habían circulado desde el inicio de la democracia, incluso hasta alcanzar el umbral de la saturación (esa explotación del tema de las desapariciones y los escalofrantes detalles de las torturas desató en los medios de comunicación lo que dio en llamarse "el show del dolor"), pero este relato, en su uso y los otros, en esta sala investida simbólicamente, ante magistrados, un público no muy numeroso, y los enviados de prensa de todo el mundo. Las palabras pronunciadas (los



gestos, los temblores, los silencios...) tenían una resonancia particular, un particular valor de verdad.

La secuencia diaria del Juicio, entre abril y octubre del '85, fue objeto de tematización en la prensa gráfica, dado que la televisión operó con bastante restricciones: sólo ofrecía algunos panteones sin sonido en el espacio de los noticieros. En los diarios, sobre todo, se conformó una serie narrativa que involucró espacios considerables en la primera plana —aunque fueran discontinuos— y una sección especial en el interior, que se mantuvo con mayor regularidad. El parámetro continuidad/discontinuidad de la información fue especialmente relevante, dada la temporalidad precisa del Juicio y su carácter episódico (los testigos de cada caso podían ocupar varios días de audiencia), en particular referido a la primera plana. En acontecimientos como éste, donde se desarrolla una historia de revelaciones sucesivas, donde se van exhibiendo mecanismos anteriormente ocultos y desconocidos, la presencia del titular y rúbrica en la tapa tiene mucho que ver con el proceso de la lectura, el reconocimiento inmediato y

el hábito del recorrido. Pero hay, además, otro efecto de sentido en la repetición de ese lugar: el tema sigue estando "en el candelero", hay un registro mínimo de la cuestión aunque no llegue a leerse la nota anunciada, una huella que queda en la retina, aún para el transcurso apresurado.

Remitiéndose a los tres soportes de prensa seleccionados para nuestro estudio, podríamos graficar así el número de titulares (principales y secundarios) que aluden al tema en la primera plana, a partir del inicio de las audiencias, el 22 de abril:

Mes	Clarín	La Nación	La Razón
Abril	7	6	7
Mayo	19	8	15
Junio	—	2	9
Julio	3	5	9
Agosto	2	2	8
Septiembre	4	7	4
Octubre	1	14	16
	(24)	(44)	(68)

Dos aclaraciones resultan oportunas respecto de este cuadro, que es sólo indicativo para nuestro análisis: durante el mes de junio, la temática del Juicio cedió paso, en

algunos medios, a la oleada informativa del Plan Austral, mientras que el mes de octubre correspondió a los alegatos de las defensas. El relato del Juicio podría dividirse entonces en una primera parte, de denuncias y testimonios presentados por la Fiscalía, y una segunda, de alegatos de los defensores y también de algunos acusados. Quiénes declararon en el período de acumulación de pruebas cubrían un espectro muy amplio: víctimas de secuestros, detenciones y torturas, familiares o allegados de desaparecidos, personalidades políticas, culturales o profesionales del país y del exterior, miembros de diversas instancias gubernamentales previas al golpe de 1976, personal de las Fuerzas Armadas que revistaba en lugares afectados a la represión y otros involucrados (sacerdotes, médicos, etc.).

Las dos etapas del acontecimiento (denuncias/alegos) se fueron conformando, en los medios estudiados, tanto en la repetición de estrategias discursivas como en su diferenciación (cambios en la manera de presentar unas y otras noticias), cuestiones que no resultan ajenas a las posiciones ideológicas respectivas. A pesar de las oscilaciones según los días y las secciones, que solían poner en evidencia distintas voces en los textos, podría decirse que los tres diarios, por lo menos a partir de cierto momento, delinearon perfiles bastante uniformes respecto de su ubicación frente al problema, que tuvo su correlato en estrategias comunicativas particulares. Sobre estas estrategias trabajaremos, considerándolas no como productos intencionales de ciertos cerebros dominantes, sino como modos de manifestación y construcción de lugares institucionales en constante interacción con el medio y con el Otro, el Destinatario.

* La imprecisión como estrategia

De la tría que forma nuestro corpus, *Clarín* es el que menor espacio dedicó en la primera plana a las noticias del Juicio. Su presencia en página fue asistemática: rúbricas variables para encuadrar los titulares, diferentes ángulos de diagramación, desigual utilización de fotos. (Estas observaciones provienen, por supuesto, de la comparación: el riesgo de variabilidad o imprevisibilidad surge de la regularidad de esos parámetros en los otros dos matutinos.) Esta especie de indeterminación en cuanto al contacto visual con ese espacio parecía tener su correlato a nivel de los enunciados: si un título informativo, al presentar un hecho no conocido por el receptor debe cumplir con ciertas localizaciones (nombres propios, de lugar, etc.), los titulares de *Clarín* operaban siempre un "borramiento" respecto de algún elemento de la noticia, eran más restrictivos que expansivos:

1. (Ausencia de nombre propio)
 - Testigo sorpresos en el Juicio a las ex-Juntas
 - UN EX POLICIA IDENTIFICÓ A UN ACUSADO DE TORTURAS
 - PROLONGADO TESTIMONIO DE MILITARES RETIRADOS

— **Represión ilegal**
RESPONSABILIZABO LANUSE A
EX JEFES MILITARES

2. (Ausencia de especificación)
— **Juicio a los ex-comandantes**
"FORMULARON CARGOS POR
EL CASO HIXAL-JOSÉ SOLA"

— **Juicio a las ex-juntas**
HARGUINDEGU DESLINDO
TODA RESPONSABILIDAD

La elusión de ciertos localizadores que permitirán, con la sola lectura del título, tener una información más completa (En el caso de *Clarín* su primera plana no incluye comienzos de nota ni subtítulos por lo general), de ahí la importancia del título) estaba asociada a una utilización lexical inespecífica ("cargos", "responsabilidades", "caso") que contrastaba con un contexto discursivo signado por mayores precisiones: "secuestro", "asesinato", "matanzas", etc. La comparación con titulares de otros diarios muestra la primacía de lo no dicho, el efecto de neutralización que se operaba en la primera plana, también en el diálogo con los titulares adyacentes o con imágenes referidas a otros temas. El punto culminante de esta estrategia pudo registrarse en 1979, día del anuncio en la prensa del pedido de condenas al tribunal, que se había efectivizado el día anterior. En esa ocasión, *Clarín* produjo un verdadero "vaciamiento" de la noticia, enviándola a páginas interiores (presentamos el ejemplo confrontado para mayor claridad):

3. *Clarín*

— **Gritos en la sala**
STRASSERLA CULMINO SU
ALEGATO CON EL PEDIDO DE
CONDENA

La Nación

— **PIDEN RECLUSIÓN PERPETUA**
PARA VIDELA, MASSERA,
AGOSTI, VIOLA Y LAMBRUSCHINI (subtítulos y notas ampliatorias)

La Razón

— **Prisión máxima para Videla,**
Massera, Agosti, Viola y Lambruschini, 15 años para Galtieri y Graffigna, 12 para Anaya y 10 para Lami Dozo.
EL FISCAL PIDIO CINCO RECLUSIONES PERPETUAS

La indefinición del título de *Clarín* (su lector no se enteraría "a primera vista" de lo sucedido) aparece junto a la localización de nombre propio ("Strasser") pero sin alusión a la investidura (el fiscal), relevante en este caso, ya que es a través de ella que esa palabra se autoriza y legitima. En el mismo tono, *La Nación* recurre al impersonal + presente ("Piden") que traduce una idea de suspensión, de no conclusividad. La construcción de *La Razón* marca el parámetro opuesto: el pretérito "da por hecho" (la atribución de penas y el pretérito indefinido del título cierra nítidamente ambas cláusulas).

Pasando de la primera plana al cuerpo del diario, la sección que *Clarín* dedica al Juicio guarda relación, en cuanto a sus características, con la analizada hasta aquí. La crónica en pretérito indefinido no tiene ni relatos, es decir, no otorga el discurso directo a los declarantes de las audiencias. Los recuadros que rodean la nota central se ocupan de cuestiones de detalle, anecdóticas o de situación (los procedimientos cotidianos). La designación "derechos humanos" es casi insignificante.

Peró se quiza en el espacio habitualmente definido como de opinión (editorial y comentario político) donde se perfilan con mayor nitidez las tendencias que sustentan las operaciones evocadas. Allí, el punto de focalización no es precisamente el Juicio como tal sino la llamada "teoría de los dos demonios", la institución militar y sus relaciones

con el gobierno. Ejemplificaremos estos tres tópicos:

4. "Una comunidad no puede tolerar el asalto irracional que busca sustentar. Tampoco puede aceptar en silencio que las fuerzas del orden adopten los mismos métodos del terror para imponer los fines del Estado" (22.4.85).

5. "En cuanto a la institución militar, en sus diversas ramas, ella está más allá de estos y otros acontecimientos. Ella nace con la nacionalidad y está ligada a todas las luchas por la independencia..." (Id.)

6. "Necesitamos Fuerzas Armadas acordes con los avances de la estrategia y de la idea de cambio de nuestro tiempo, con material y sueldos adecuados, con conciencia de su misión dentro de la comunidad histórica y sin

poder, tampoco hay mucho que decir al respecto:

7. "Ya hemos comentado en otras oportunidades del tema de la 'guerra sucia' y de la necesidad de juzgar a quienes impulsaron el terrorismo de Estado. No podríamos decir nada nuevo en este sentido" (Del editorial principal dedicado al Juicio, 22.4.85.)

* Variaciones desconcertantes

La cobertura del Juicio en *La Nación* presentó un doble itinerario, cuya divergencia se fue acentuando con el correr de los meses: por un lado, la crónica diaria, con frecuente aparición en primera plana, por el

nación Federal, el tema principal fue la matanza de 30 personas en la localidad de Fátima.

— **TESTIGOS COMPROMETIDOS**
RON A LA FUERZA AEREA EN
UN SEQUESTRO

Una señora con sus hijos fue capturada a bordo de un avión en Ezeiza; más testimonios por la matanza en la localidad de Fátima.

Esta modalidad de puesta en escena se complementaba con la sección interior, de dos o tres páginas, según los días (el diario es de tamaño sábado) conformada prioritariamente por los transcripciones de las declaraciones, y por distintos recuadros: comentario de los argumentos, señalamiento de supuestos vicios jurídicos, errores o contradicciones de los testigos, incidentes discursivos entre la defensa y la Fiscalía, evaluación de las audiencias, etc. Es este espacio, en cierto modo periférico, que enmarca la nota central con la palabra de los declarantes, el que va a proponer las pautas de interpretación, los modos de entrada a ese "relato objetivo" ofrecido por el entremetallado. Los recuadros o notas secundarias operan así como índices, señalamientos, apuntando también en otra dirección: las opiniones vertidas en el editorial y el comentario político semanal.

¿Qué nos dicen esas opiniones, con una fuerte dimensión normativa?

9. "El presente y el futuro del país requiere, sin duda, que errores o culpas efectivamente probados reciban la sanción que las leyes señalan..."

10. "No faltan, lamentablemente, pescadores en rios revueltos que seguramente intentarán aprovechar el desarrollo del Juicio para llevar agua a sus molinos, sin importales, ni de la justicia, ni del dolor real de quienes padecen (...) ni de los intereses últimos de la nación (...) ni siquiera de la significación y el prestigio de las Fuerzas Armadas..."

11. "Estamos ante dos realidades históricas indiscutibles. La primera es que la lucha contra la subversión (...) cobró un carácter que ningún exceso moralmente inadmisibles (...) La otra realidad (...) es que aquella lucha se desató porque la sociedad argentina fue agredida por las peores manifestaciones de violencia, crímenes y atentados de que se tenga memoria en este siglo en nuestro territorio" (Editorial, 21.4.85).

(Los subrayados son nuestros)

Estas palabras, que nos enfrentan nuevamente a los mismos argumentos (teoría de los "dos demonios", preservación de la institución castrense, distancia respecto del Juicio) trazan una línea en cierto modo antinómica: ¿cómo entender el relato minucioso de las atrocidades militares en la sección información como "errores", "culpas", "excesos" o simple reacción frente a lo peor, es decir, el terrorismo? ¿Cómo interpretar esa secuencia enumerativa (tem 10) donde el último cometa (*ni siquiera*) que en este tipo de construcción introduce el elemento más importante de la serie, "puede la significación y el prestigio de las Fuerzas Armadas" frente a "los intereses últimos de la nacionalidad"? Con el paso de los días y llegando a la finalización del Juicio, estas líneas aparecen desdobladas (tema 10) donde el último cometa, calificada como buena dentro del medio periodístico versus un espacio de opinión que opera como en el vacío, repitiendo esteleto sin conexión posible con aquello se unirán en una especie de apoteosis, durante los alegatos de las defensas (octubre '85) y de los propios acusados, los ex-comandantes:

12. (Titulares de tapa)

— AGOSTI: YA ME HA PERDONADO DIOS.
— MASSERA: "ESTOY AQUÍ PORQUE GANAMOS UNA GUERRA JUSTA"

— LAMBRUSCHINI: "NADA TENGO QUE REPROCHARME"
— "HE CUMPLIDO CON MI DEBER"

Lo afirmó Galtieri, la defensa dijo que el país va hacia otra Nicaragua.

He aquí un corte bastante neto con la primera parte del acontecimiento (testimonios de la fiscalía), que se expresará también en la puesta en página: estos titulares ocuparán, invariablemente, el ángulo superior derecho, es decir, el de mayor jerarquización. ¿Cuál sería la pertinencia de la construcción en primera persona? La utilización del discurso directo cumple funciones muy diversas en los distintos géneros, pero en lo que respecta al periodístico, y en particular, a los titulares, tiene que ver con la puesta en escena de palabras autorizadas con la focalización y el énfasis en algunos puntos del discurso, con la ruptura de la distancia que imponen ciertos comandantes ("Soy un soldado", "El presidente afirmó..."). La palabra "en directo" produce un efecto de proximidad, de actualización (Charaudeau): el momento de la enunciaci3n coincide con la instancia de lectura. En ese triple registro, creemos, se jugaban las estrategias enunciativas de estos titulares: restituir a los ex-comandantes una posición de autoridad por el otorgamiento de la palabra en el espacio más destacado de la primera plana, colocar esa palabra en el plano de la proximidad y actualizarla en un eterno presente.

* Una razón testimonial

La información acerca del Juicio en la primera plana de *La Raz3n* revisió mayor continuidad que en los otros dos diarios incluso durante el mes de junio, momento de gran condensación de la temática económica. En varias oportunidades, ambas cuestiones compartían el espacio, desplazando el resto de las noticias al interior. Si bien los titulares aparecían sin rúbrica, la sistematicidad en cuanto a la puesta en página (cuando la f3r o central), la utilización reiterada de fotos y de encuadres destacados conformaban una superficie fácilmente reconocible. En ocasiones, a la informaci3n sobre las audiencias se sumaban pequeños recuadros anunciando la publicaci3n completa de las declaraciones de algunos testigos notables. Los titulares, más que apuntar a una escenificaci3n de los sucesos evocados tendían a reafirmar el carácter legítimo de la acusaci3n, y por ende, del Juicio. Así, el parámetro cualificador de las acciones imputadas, la "represi3n ilegal" interviene una y otra vez en la construcci3n de los mismos, artículado a diversas formas textuales ("testimonios", "pruebas") que apuntan a la atribuci3n directa de responsabilidades ("Mandos", "Juntas", etc.). En este sentido integran una serie diacrónica que acentúa una óptica evaluativa ("dramático", "renovador", "evasivo", etc.), con diversos grados de localizaci3n:

13. — LANUSE RATIFICÓ QUE HUBO REPRESION ILEGAL
— TOM FARRER HIZO RESPONSABLES A LAS JUNTAS DE LA REPRESION ILEGAL
14. — REVELADOR TESTIMONIO DE UNA NO VIDENTE EN EL JUICIO
— CONTUNDENTE TESTIMONIO DE PATRICIA DERIAN EN EL JUICIO

Si esta modalidad enunciativa diferenciaba a *La Raz3n* de los dos diarios utilizados el espacio consagrado en las páginas interiores definía conceptualmente y con mayor profundidad la perspectiva desde donde se efectuaba la lectura del hecho. Un cuando ambos fenómenos de violencia política aparecieran en simultaneidad (el terrorismo

vs. el terrorismo de Estado), no se aplanaban sus diferencias ni se igualaban sus criterios. La justificaci3n del Juicio y el marco de apoyo a esa iniciativa gubernamental se articulaba a un plano más amplio, a lo político, social y cultural, a través de formas discursivas múltiples: comentarios firmados sobre algunos testimonios, opiniones de distinta proveniencia (jurídicas, políticas, confesionales), informaci3n y comentarios sobre su repercusi3n en el exterior, artículos polémicos, teóricos, críticos, de diversas tendencias.

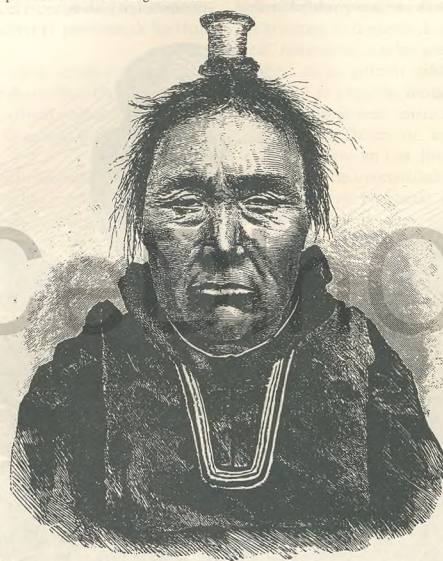
En esta trama, que interactuaba con el relato central (la transcripci3n de las audiencias) se fue delineando la cuesti3n de los *derechos humanos* como área temática en la cual se inscribían los hechos puntuales de su violaci3n, que los relatos develaban día tras día, así como una instancia de reflexi3n que excedía la peculiar circunstancia histórica de su ocurrencia. Aparecía así algo que no cuestionaban en ningún momento

lisis de contenido en determinadas circunstancias.

Respecto de lo primero, nada nuevo nos aportaba la lectura de unos y otros titulares en cuanto a la posici3n de ambos diarios, que ya nos era conocida, casi familiar. Lo que sí nos mostraba, con la claridad de un ejemplo de texto escolar, es cómo, a partir de los mismos elementos, las estrategias de cada uno, marcadas por lo ideológico, hacían del lenguaje de forma diferente, le tallaban decir *otra cosa* de lo semejante. Relacionado con esto, cuando analizara los "contenidos" de las dos series de enunciados, sin atender a los modos de la enunciaci3n, difícilmente vería allí significaciones distintas.

Los siguientes ejemplos, de *La Raz3n*, se confrontan a los expuestos en el ítem 12, de *La Naci3n* y pertenecen a la misma serie temporal:

15. — AGOSTI SE DECLARO PERDONADO POR DIOS



Clarín y *La Nación* (sino más bien lo justificaban): el sustrato ideológico que permitió esa violaci3n institucionalizada, es decir, la doctrina de la seguridad nacional y su inserci3n en el ámbito latinoamericano y mundial. De este modo, comenzaba a esbozarse la dimensi3n de los *derechos humanos* como uno de los pilares de la democracia.

Los medios de prensa — como en general, todos los discursos sociales — hablan entre sí, establecen contrapuntos y también, por supuesto, larra batallas. La comparación permite seguir el curso de esos intercambios que a veces se tornan mordaces, satíricos o irónicos. La segunda etapa del Juicio (presentaci3n de los alegatos de la defensa) dio lugar a uno de esos episodios: el contrapunto (por supuesto, ni premiadidad ni acordado) entre *La Naci3n* y *La Raz3n*, sobre todo en los titulares de primera plana. Esta interacci3n discursiva nos interesa muy especialmente porque ponía en evidencia dos cuestiones de importancia para quien se ocupe del análisis de los discursos sociales: por un lado, la articulaci3n entre estrategias enunciativas e ideología, por el otro, la insuficiencia, o la limitaci3n del análisis

— MASSERA ARGUMENTO HABER GANADO UNA GUERRA JUSTA

— **Su defensa justificó explícitamente los métodos represivos**
GALTIERI APELO AL JUICIO DE DIOS Y DE LA HISTORIA

Dejando de lado el pretítulo, netamente diferente, veamos que a nivel de los enunciados principales, se juega aquí la estrategia opuesta y complementaria de la utilización de la palabra del otro (los ex-comandantes) por el discurso referido indirecto, la clausura temporal del pretérito indefinido y los giros verbales que, con sus contextos inmediatos, alquieren un tono irónico (primer y tercer ejemplo del ítem 15) o una connotaci3n negativa (segundo titular).

Este planteo comparativo no traza desde luego una línea que separa y caracteriza estrategias según la postura ideológica: cada diario podría haber utilizado las dos otro ante un hecho que invirtiera los términos de adhesi3n y rechazo respectivos. Es muy difícil determinar operaciones discursivas que cada uno da a esa "vieja pregunta" a que

"propias" de ciertos tipos de discurso ("conservador" / "progresista" / "totalitario", etc.), a lo sumo podría señalarse ciertas connotaciones recurrentes a nivel de los enunciados, cierta articulaci3n entre los momentos del discurso. En nuestro caso, las estrategias señaladas son de uso común, incluso en el discurso cotidiano. Su única peculiaridad reside en la inversi3n del término a términos que alarizaran ambos enunciantes, por supuesto, sin mutuo acuerdo, en una simultaneidad de espacios y de tiempos.

Retomando a dos años de distancia las conclusiones de nuestra investigaci3n, cuyos itinerarios hemos tratado de sintetizar, podemos advertir que la temática política en el pasado reciente sino también desde la necesidad de su consolidaci3n como garantía del presente y sobre todo, del futuro.

Esto último hubiera significado el pasaje de un viejo modo de interrogar a la realidad — qué circunstancias o fines justifican el quebrantamiento de los límites éticos, a uno nuevo —, qué condiciones habría que crear para lograr que la acci3n política se mantenga dentro de esos límites, ordinariamente impuestos a la acci3n humana. Este salto cualitativo, que replantea los fundamentos mismos de una conciencia democrática, es aún una cuesti3n crucial y conflictiva a resolver en la experiencia argentina.

Sin embargo, como acontecimiento discursivo que activó enfrentamientos y polémicas, que puso en escena un hecho inédito, que permitió hablar de lo que se había callado (y callado), prohibió también una transformaci3n: ampliar el horizonte de lo decible en este país.

Las líneas divisorias que atraviesan los textos analizados (no siempre nítidas ni constantes) se inscriben en ese plano mayor de la polémica que toca la ética, la política y la democracia. Dos días, *Clarín* y *La Naci3n*, hacen de "las circunstancias" (el desborde terrorista iniciado bajo el gobierno de Isabel Per3n) el punto central de su argumentaci3n. A una situaci3n de excepci3n, medidas excepcionales: el terrorismo de estado será una consecuencia, un mal necesario para la instituci3n de un orden. Así, "lo militar", lo estratégico (la "guerra contra la subversi3n", la "guerra sucia", etc.) prima por sobre lo político: el "Proceso" inaugurado por el golpe aparece como una respuesta defensiva, cuando fue un proyecto político inminentemente ofensivo, en lo económico, social y cultural, que buscaba delinear un "nuevo país" y soldar todo a una "nueva identidad". Por ello, la represi3n refor, aun cuando aparecía detallada y condenada en ambos matutinos, se registra más como una perversi3n, en definitiva, como uno de los riesgos de la guerra (cuquiera sea) que como lo que fue, y el Juicio probó fehacientemente que una condici3n necesaria a un modo de hacer político.

La puesta en equivalencia de los dos tipos de terrorismo es común a ambos soportes de prensa, lo mismo que la defensa y reivindicaci3n de la instituci3n militar, "al margen de sus eventuales conducciones". De ahí la cautela, la identificaci3n, la imprecisi3n que caracterizaron el discurso de *Clarín*, que contrasta con sus habituales modalidades enfáticas, de dramatizaci3n, en cuestiones tales como la crisis económica, los conflictos sociales, sindicales, etc. De ahí también las estrategias de *La Naci3n*, su puntualidad en materia de jurisprudencia, la primacía de la jurisdicci3n militar. Esta similitud del enfoque no excluye ciertas diferencias sustanciales: la respuesta que cada uno da a esa "vieja pregunta" a que

añadimos más arriba. *Clarín* parece constatar, sobre el final del acontecimiento, que, a pesar de "las circunstancias", los métodos son condenables. *La Nación*, aún reconociendo la existencia de crímenes y aceptando que sean susceptibles de penalización, acentúa un cierto carácter "heroico" de las acciones y termina eliminando el signo "igual" entre los dos términos de la ecuación: el terrorismo es *peor*, y quienes "efectivamente vencieron en la guerra" terminan injustamente en el banquillo de los acusados por algunas "equivocaciones" en su conducción. Como señaláramos, la etapa final de la noticia (los alegatos) marca un *eres-ciendo* en ese pasaje, en esa radicalización de posiciones. Quedan silencios, vacíos en uno y otro texto: ¿qué reflexión, qué práctica de la democracia sería necesaria para evitar la repetición de la lógica del terror, cómo pensar un futuro sin el síntoma del golpe? La apertura temática que posibilitó el Juicio ofrecía un terreno apto para estas u otras polémicas, sin embargo, las ideas que recorren

ambas superficies discursivas son más bien de cierre, clausura, suspensión:

16. "...hace falta justicia, no estridencias. (...) Pero la justicia debe ir inmediatamente seguida de la reconciliación, a fin de que la Argentina pueda cerrar para siempre la caja de Pandora y no deba seguir conviviendo con los espectros del pasado." (*Clarín*, 22.4).
17. "Pero la República ha de cerrar, como dijimos, una etapa. Ningún país del mundo, a lo largo de su historia, ha resistido vivir más allá de cierto límite en el tiempo consagrado a juzgar al ayer." (*La Nación*, 21.4)

En cuanto a *La Razón*, cuyas estrategias en el plano de la información ya hemos comentado, sin definir un perfil homogéneo de opinión (dio cabida a voces diversas), ocupó un espacio de neta diferenciación respecto de sus pares, que tendió, por una parte, a la producción de consenso respecto del Juicio como inserto en una "política oficial

de derechos humanos", (se legitimaban así las vías elegidas, frente a otras opciones) y destacando su doble valencia (como hecho jurídico y ético/político) y por la otra, a la inclusión, en alguna medida, del contexto histórico precedente, como parámetro de interpretación, al mismo tiempo que una evaluación de la etapa futura no como corte, clausura, "borrón y cuenta nueva" sino como continuidad a partir de una experiencia incorporada que sería importante no borrar.

*

Después de esos discursos vinieron otros, se acortaron plazos, hubo una ley de "punto final". Las líneas divergentes de estos textos, sus puntos de silencio, sus contradicciones y hasta sus paradojas están ahí, en una cotidianidad amenazada hoy más que nunca por el peligro de olvidar, donde el indulto no hace sino debilitar la frágil ecuación entre ética y democracia.

NOTAS

¹ Además de la publicación que hizo la prensa de diversas informaciones sobre la represión, otro relato sobre los hechos había sido compilado por la CONADEP, un organismo creado por el gobierno de Alfonsín para tomar declaración a todos los testigos que se presentaran a denunciar violaciones a los derechos humanos, de lo cual se publicó un informe ("Nunca más"). Esa tarea de indagación no había tenido, naturalmente, carácter público.

² Con esta denominación se alude a una puesta en equivalencia del terrorismo con el terrorismo de estado, el segundo como reacción defensiva e inevitable, con distintos niveles de justificación.

³ Este editorial, del día que comenzaba el Juicio, dedicaba 2/3 de su espacio a planteos reivindicativos de las Fuerzas Armadas.

⁴ Nos referimos al *corpus* discursivo que estudiamos, pero a nivel de los diarios, podríamos extender esta consideración, exceptuando publicaciones partidarias o de distintos movimientos sociales.

⁵ La idea del "cierre" era expresada al comienzo de las audiencias, y sintetizada con otras expresiones, de diverso tenor (numeros de "amnistía", "punto final", plazo de prescripción de delitos, etc.), que luego se plasmaron en decretos, aunque parcialmente.

Leonor D. Arfuch, investigadora de la Universidad Nacional de Buenos Aires/CONICET.

Conversación con Ralf Dahrendorf

Thatcherianos, los vientos cambian

Giancarlo Bosetti

Las últimas elecciones europeas confirman que la "cultura de la adición" ha empezado a derrumbarse. En los años noventa el acento caerá sobre los derechos sociales. El fracaso del socialismo: ha terminado la fe en las soluciones indiscutibles y debemos convivir con la incerteza. Avanza el espectro del fundamentalismo. Los nuevos caminos para resolver el problema de las chances de vida.

En *El conflicto social de la modernidad*, de próxima publicación en español, el conocido sociólogo alemán Ralf Dahrendorf sintetiza un intenso trabajo teórico y político alrededor de los temas que motivaron la entrevista que Giancarlo Bosetti, enviado de *L'Unità* le hizo recientemente.

Allí se sostiene que entre crecimiento y prosperidad, por un lado, y derecho de ciudadanía, por el otro, hay una contradicción difícil de compatibilizar. Para resolverlo es preciso un cambio estratégico que desintegre la ofensiva neoconservadora, con sus pesados costos sociales. Dahrendorf considera que la "cultura de la adición" que la sustenta, con su enfática propuesta de enriquecimiento a cualquier precio, ha puesto en dificultades a la izquierda

en el plano mundial. El cambio supone entonces una profunda renovación de esa izquierda y en particular de algunos partidos socialistas proclives a aceptar el discurso neoconservador. Pero el horizonte político y social del mundo se presenta cargado de incertidumbre y también de riesgos para encarrilar la renovación de la cultura de izquierda. La crisis y el fracaso del "socialismo real" nos colocan ante los interrogantes suscitados por Norberto Bobbio en un artículo publicado hace poco tiempo: ¿quién tomará a su cargo las demandas de justicia social de las que surgió el movimiento comunista hace ya un siglo y medio? Las reflexiones de Dahrendorf, con sus elementos típicamente liberales, se mueve en una dirección análoga a la del socialista Bobbio: nuevas oportunidades se presentan, pero junto con ella aparecen nuevas incógnitas. Precisamente *Oportunidades vitales* es el título de uno de sus últimos libros editado en español por Espasa-Calpe de Madrid en 1983.

El reportaje de *L'Unità* fue publicado en la edición del domingo 25 de junio de 1989.

Comencemos por el estado de las cosas en los países de Europa occidental. Ud. ha individualizado como algo central el conflicto entre thatcherismo y derechos de ciudadanía, entre lo que llama *provisions* (crecimiento, acumulación de bienes y recursos) y *entitlements* (derecho de acceso a estos bienes). Después de las elecciones europeas, ¿cómo juzga el campo de batalla entre estos contendientes?

Pienso que las elecciones europeas confirman mi impresión en el sentido de que el clima de los años 90 será muy distinto del de los años 80. En el próximo decenio habrá una insistencia mayor sobre los derechos sociales de ciudadanía, pero —y esto es importante— no como un hecho que excluye el crecimiento económico sino como una combinación con él, porque los partidos a los que les ha ido bien, o mejor dicho la mayor parte de los partidos a los que les ha ido bien, no están efectivamente opuestos a lo que yo llamo *provisions*, o sea a la prosperidad, sino que quieren dar a la prosperidad un contenido social, una plataforma de acceso para todos los ciudadanos. Además existe de manera indiscutible una cuestión de importancia mayor sobre todas las otras: la del ambiente, que es por eso uno de los campos de batalla, si es que queremos utilizar este término; se trata de una cuestión mundial que interesa a los seres humanos de cualquier lugar que sea. Pero en términos sociales pienso que estamos entrando en un período en el cual el thatcherismo grosero de los años 80 no ganará más en las elecciones. Esta me parece que es la lección principal.

En un razonamiento de los años 90 entra la crisis de los sistemas de los estados del socialismo real. ¿Cuál ha sido su reacción ante los acontecimientos chinos y cómo juzga



la evolución política de los otros países del Este, desde Moscú hasta Varsovia?

Obviamente mi primera reacción ha sido una reacción pura y simplemente de horror y de shock. Horror por el hecho de que existan líderes capaces de movilizar el ejército contra el pueblo, contra gente que es naturalmente pacífica hasta en situaciones límite. Es verdad que, después que el ejército comenzó a disparar, existió violencia de ambas partes, pero no hubo provocación alguna que pudiese servir como excusa. Esta

es mi primera reacción, pero, hablando más profundamente, son necesarias consideraciones más complejas. Si es verdad que el socialismo realmente existente fracasó de manera evidente, esto sucedió de dos modos: en primer lugar él no fue capaz de producir los avances económicos que había prometido, y en segundo lugar no dio a la gente los derechos de participación, cuya exigencia se pregonaba, y que en estos países ha sido frecuentemente llamada democracia. Por lo tanto ni la prosperidad ni la democracia. Y todo esto lleva a un gran vacío,

a un gran vacío. A la pregunta respecto de como salir de esta crisis las dos respuestas que se han dado hasta ahora son ambas totalmente medidas insatisfactorias. Una es la china, la que dice lo siguiente: "Todo va bien: usamos el mecanismo de mercado para generar crecimiento, pero hemos limitado los derechos políticos". Sin embargo hemos visto que esto no funciona, porque una vez que se anima la gente a participar en la vida económica, esta reivindicará por la fuerza los derechos políticos y la democracia. El otro método es el usado por Gorbachov, que consiste en decir: "Todo va bien, otorgamos los derechos políticos, un cierto grado de democracia y esperamos que el desarrollo económico prosiga". Pero aun así, desdichadamente, esta elección parecería funcionar en el plano económico. No hay una reacción económica automática a la ampliación de los derechos políticos; y hay que mirar con un cierto grado de miedo y de aprehensión las reacciones de los ciudadanos soviéticos ante la persistente e insostenible situación económica. Por lo tanto el socialismo realmente existente ha fracasado tanto en el plano de la prosperidad como en el de la democracia, pero las alternativas no son todavía claras.

La fase de crisis y la transición de estos países, con sus incógnitas y esperanzas, se refleja en toda la situación mundial. ¿Cómo podemos imaginar el próximo año, aquel en el cual estamos entrando?

Desdichadamente lo primero que debemos considerar es que el fin de una ideología determinada no significa necesariamente que de inmediato comience el reino de la libertad. Existen otras alternativas a las creencias de ayer. Y una de las alternativas que me preocupa muchísimo es, en el sentido más amplio de la palabra, el fundamentalismo.



mo. Estamos ante variantes del fundamentalismo en muchas parte del mundo. En el tercer mundo existen ejemplos de países que han dejado de creer en el socialismo y que han abrazado una suerte de fundamentalismo tradicional y de tipo religioso. En el segundo mundo, el del socialismo realmente existente, el fracaso parece haber suscitado el fantasma de los movimientos nacionalistas, también ellos antiliberales. Y en nuestra parte del mundo, desdichadamente, vemos en los márgenes de la sociedad el retorno de nacionalismos y de reivindicaciones de homogeneidad. Es el caso de Le Pen en Francia, de los *Republikaner* en Alemania y de otros fenómenos análogos en distintas partes. El punto que quiero destacar es éste: no nos hagamos ilusiones, pues no existe un recorrido automático hacia un mundo *liberal*, en el sentido más amplio de la palabra. Pero dicho esto, lo que debemos hacer es asegurarnos que se concrete la oportunidad de una política de cambio estratégico, o sea de una política que acepte las ventajas y los progresos del mercado, pero que agregue los progresos y las ventajas de la ciudadanía. Es esta combinación la que a mí me parece que es la tarea, y no una consecuencia automática, de los años 90.

Las elecciones en Polonia, que han mostrado el nivel real de consenso del partido en el poder desde hace 40 años, el camino del pueblo soviético en dirección de formas de democracia y de estado de derecho, es como el fin de un gran ciclo, de un gran sueño. ¿Qué cosa, en lo esencial, está llegando a su término?

Quiero decirlo sin ambigüedad que nosotros vemos el fin de aquel particular sueño, el del marxismo, como algo que se realiza mediante un proceso más bien largo. Y, como sabemos bien, este sueño ha cambiado los años 20 y 30. Hoy vemos precisamente el fin de la idea de que existe un proceso inevitable que conduce, después de un período de capitalismo, o como se lo quiera llamar, a la sociedad marxista o socialista.

Pero con el fin de este sueño usted considera que se deba renunciar a la aspiración de extraer de la convivencia humana algo mejor? Existen equívocamente, dos opciones teóricas de fondo, la de una antropología positiva, o sea una visión del hombre como ser fundamentalmente positivo y que plantea fines positivos a la sociedad y la de una antropología negativa, o sea una concepción del hombre como entidad negativa, perversa, que tiene necesidad sólo de ser tenida bajo control a través de reglas e instituciones. ¿Usted sugiere contentarse con la segunda?

No estoy tan seguro de esto. Tratemos de poner en claro algunas cosas fundamentales. El fin del marxismo significa ante todo el fin de la creencia en la inevitabilidad histórica de los fines de un movimiento particular, y luego, que todos debemos reconocer que el mundo es incierto y que debemos actuar antes que confiarnos a "fuerzas históricas" que realicen el trabajo por nosotros. Significa, en segundo lugar, el fin de la creencia de que la clase obrera sea el "sujeto de la historia" y la fuerza principal del futuro. Numerosas circunstancias han hecho clara esta verificación. Y esto, a su vez, quiere decir que cuando actuamos debemos dirigirnos a gente de todos los grupos sociales. Y luego apelar a hombres y mujeres en cuanto a individuos. En tercer lugar, está el fin de la noción de un mundo perfecto: el elemento utópico en la política ha sido derrotado, ha perdido. Por lo tanto debemos contentarnos con avanzar paso a paso, con cambios graduales pero estratégicos, como a mí me gusta llamarlos. Pienso por eso que todavía queda una tarea muy grande por cumplir por parte de una fuerza moralista: buscar lo que yo llamo las mayores *life chances*, las ma-



216

yores posibilidades de vida para el mayor número de personas. Y mayor posibilidad de vida significa una combinación más eficaz de elecciones y de derechos que la gente debe tener a su disposición, una combinación eficaz de prosperidad y ciudadanía. Este es un objetivo para la política y la antropología que está tras de esta idea, y diría, una antropología realista, ni negativa ni positiva. No presumamos que el hombre es bueno o la vez creemos en una bella sociedad gracias a su bondad, pero tampoco debemos ni siquiera presumir que el hombre sea su propia maldad por naturaleza y que la sociedad tenga por objetivo protegernos del mal. No, se trata de una mezcla de cosas, fruto de una valoración realista, que lleva una enfoque activa y no a uno determinista basado en la necesidad.

En sustancia, usted dice: menos Rousseau y más Hobbes.

No debemos dirigirnos sólo hasta

lo que respecta a las fuerzas sociales es verdad que, sea donde sea, no son idénticas. Los cables como lo eran en el período en que bastaba hablar de clases. En efecto, lo que es necesario hacer hoy es dirigirnos a individuos de toda una gama de estatus sociales y de posiciones de vida, a los jóvenes, a los ancianos, a gente que vive en la metrópoli, en el campo, que trabaja en las oficinas, a los trabajadores de las fábricas, a los desempleados, a las mujeres; en otras palabras, a una gran cantidad de aspectos que hacen mucho más difícil y precario vencer en las elecciones y mucho más incierta la identificación del sujeto histórico.

La dirección de su búsqueda no me parece, por diversos aspectos, en contraste con la de la socialdemocracia alemana, de la propuesta de IRSEE, que se interroga precisamente sobre la cuestión del sujeto social. Se reflexiona ahora sobre la discusión que tuvo con Willy Brandt, cuando usted sostenía que la experiencia socialdemócrata pertenecía al pasado y carece de futuro. ¿La replantearía en los mismos términos?

Sí, la haría del mismo modo. No tengo idea de lo que sucederá en Alemania, si los socialdemócratas lo hicieran. Yo sin embargo, que no están pisando muy fuerte, que no ganan los votos que los otros están perdiendo. Por el contrario, han perdido de nuevo y no parecen atraer la fantasía de un electorado activo. Mi insistencia en la capacidad de los sistemas políticos para cambiar es distinta de la de ellos. Pienso que soy fundamentalmente un *liberal* en el sentido tradicional, casi como un liberal del siglo pasado, como aquel que se llamaba *whig*; es decir, insistió sobre la iniciativa del individuo, en un estado que pone al individuo en condiciones de, más que un estado que dirija, que haga de jefe. Creo en la función del liderazgo y en las aptitudes empresariales emprendedoras, pero no estoy molesto porque a mí nombre se lo asocie con los socialdemócratas alemanes o los comunistas italianos. Existe una gran variedad de grupos que están buscando nuevas vías que yo encuentro interesantes.

Volvamos a las interrogantes de Bobbio: no se trata sólo de la pregunta sobre qué cosa seguirá a la derrota del socialismo, a la cual usted ya respondió insistiendo sobre los riesgos del fundamentalismo, sino que existe también la consideración de que no basta declarar la victoria de la democracia contra el comunismo para ilusionarse en el sentido de que los problemas de la sociedad se resuelven gracias al desarrollo y las instituciones democráticas... Pensemos en el sur del mundo pero también en las contradicciones que afloran en las sociedades desarrolladas.

Estoy absolutamente de acuerdo. Y pienso también en el norte de Inglaterra, que no ha tenido beneficio alguno de la enorme prosperidad de los años 80, o en el sur de Italia. Por eso yo no hablo de victoria de la democracia sino sólo de derrota del socialismo y del comunismo, porque pienso que de todas maneras es totalmente incierto saber quien venció. Dijimos que vencerán aquellos que creen en las posibilidades de vida para los hombres de cualquier parte que sean. Y vencerán sólo si hacen el esfuerzo de ir más allá de la creencia ingenua en el desarrollo económico como algo capaz de resolver todos los problemas. No, no los resuelve. Y entonces la tarea está ante nosotros y no tras nuestro. Y la victoria está todavía lejos, muy lejana.

Eric Hobsbawm, en New Left Review, ha dedicado un ensayo al fin de la conciencia de clase como factor unificante de la política laborista o socialista. Para los partidos de esta tradición el paisaje, a una estrategia de progreso social distinta conlleva una

Hobbes; detengámonos en Locke. Pero ciertamente menos Rousseau.

Hablemos del sujeto político que debe sostener una perspectiva de reforma. En su libro usted manifestó dudas sobre una cuestión que afecta, en primer lugar, el futuro de la izquierda, o sea si de esta situación cargada de riesgos pero también de oportunidades emergirá una nueva forma de socialdemocracia o un nuevo tipo de liberalismo radical. ¿Existen elementos que hayan modificado su incertidumbre?

En lo fundamental sígo en la incertidumbre. Pero existe una diferencia entre el interrogante sobre cuáles son los partidos políticos que persiguen estos nuevos objetivos y aquello acerca de los grupos sociales que lo apoyan. En lo que respecta a los partidos pienso que tenemos un cuadro distinto en países diversos; basta ver la diversidad que resultó de las elecciones europeas. No es necesario hacer generalizaciones, pero en

cantidad enorme de problemas políticos y teóricos. ¿Cómo juzga usted esta transición?

En primer lugar debemos hablar claro. No existe ninguna certeza de que estos partidos sobrevivan como fuerzas políticas importantes. A lo que asistimos hoy es al emerger de movimientos sociales, de *single-issue groups*, de grupos que surgen a partir de un problema particular, que son frecuentemente al menos tan fuertes como estos partidos. Se trata por ejemplo de ecologistas, de grupos que defienden a los pensionados (pensemos en los votos de Luxemburgo), que defienden los derechos de las mujeres, que defienden el automóvil (por ejemplo en Suiza), que defienden numerosas cosas. No sabemos qué será de la estructura de los partidos. En segundo lugar si estos partidos quieren sobrevivir deberán alejarse, deberán abandonar la dependencia de ciertos grupos particulares y deben dedicarse más a políticas y a combinaciones de políticas con las cuales puedan atraer a todo un espectro de estratos de población. En tercer lugar que estas revisiones de los partidos existentes son verdaderamente dolorosas porque requieren una cantidad enorme de tiempo para desembarazarse de su pasado. Vincular el futuro con el pasado —preocupación que es comprensible— hace lentísimo el alcance de una nueva problemática. Pero ciertamente yo no soy la persona adecuada para resolver estos problemas. Yo no estoy casado con ninguno de ellos. En todo caso estamos entrando en un período en el que todos los partidos acaso sean menos importantes de lo que fueron en la época de la conciencia de clase.

Son cambios profundos que afectan ideas, símbolos, valores, por los cuales han sido gastadas enormes energías humanas.

Yo soy, digamos así, un *one-man institution*, una institución constituida por una sola persona, o sea por mí mismo. No represento ningún grupo en particular. Y sin embargo usted me está hablando, otros me están hablando. Pienso que la clave de este fermento que estamos viviendo es una porción de pensamiento independiente. Pienso además que los partidos que se abren a este debate con el pensamiento independiente son aquellos que, con más probabilidades, realizarán la transición necesaria. Pero no existe ningún éxito garantizado. Nadie está en condiciones de hacer esta promesa.

En la discusión sobre el futuro de los partidos está presente también el problema de su estructura operativa: existe el partido de masas, el partido de opinión, el partido de tipo norteamericano. ¿Cuál es la forma que considera más adecuada a la política que usted tiene en mente?

Existen las diferencias entre países, pero lo cual no se puede transferir simplemente instituciones de un país a otro. Cuando llegue a Roma, invitado por el presidente de la Cámara, hablaré de las instituciones británicas y las describiré de un modo que espero sea interesante para Italia. La democracia británica es capaz de cambios, y un instrumento válido para evaluar el desempeño de otros países europeos, más rígidos, menos permeables. Y este es el tema: cómo cambiar sin seguir desde luego el camino de la Thatcher. Pero no tengo ciertamente la intención de recomendar la traslación. De manera que quería que fuese tomado como un señalo lo que quiero decir simplemente estoy impresionado positivamente por las instituciones norteamericanas. Pienso que ellas están mejor adaptadas para este período de cambio, a través de las clases, y a la elevada capacidad de absorber los nuevos movimientos sociales, las nuevas ideas.

En su razonamiento sobre la tradición mar-

xista y sobre los partidos que aparecen como agotados, sobre el movimiento obrero, ¿cuál es, según usted, el elemento que está en la raíz del desmoronamiento en el plano conceptual y cultural? En resumidas cuentas, ¿cómo separar las motivaciones de generosidad que está en la base de todo de ciertas consecuencias?

Es necesario distinguir entre nuestras sociedades y las del Este. No pienso que en

de esta transición, pero es una historia muy distinta la que estamos hablando ahora. Y nuestra historia es la de la reivindicación de derechos elementales para todos; y esos al fin fundamental, que debe ahora proseguir en circunstancias distintas. El error esencial por remover es la creencia en una única, justa e indiscutible solución: el rechazo de la incertidumbre del mundo en que vivimos. De aquí surgen las dificultades. Es necesario aceptar para la política y para la econo-



nuestros países exista en la base una cuestión de generosidad, aquí el socialismo fue fundado a partir de la necesidad elemental de formar grupos para batirse en favor de derechos fundamentales. El socialismo en la Unión Soviética y en el Este ha sido algo muy distinto, ha sido un método alternativo de desarrollo. Ha llegado hasta un cierto punto y no más allá de. Se podría hablar

mía el método del *trial and error*, del probar, errar y corregir. Es necesario aceptar que la gente explore posibilidades que puedan resultar fallidas. La gente no conoce las respuestas, no puede conocerlas. Es importante que se pueda decir que están haciendo intentos honestos por resolver los problemas. Esta es la verdadera lección que hemos aprendido.

gandhi

- Hirschhorn: La superación de la mecanización
- Lojkin: La clase obrera, hoy
- Vattimo y Rovatti: El pensamiento débil
- Nozick: Anarquía, estado y utopía
- Pessoa: Contra la democracia
- Przeworski: El proceso de formación de clase
- Klein: La economía de la oferta y la demanda
- Dascuia: Las etapas del capitalismo
- Dornbusch: Inflación y estabilización
- McKloskey: Ética y política de la ecología
- Savater: A decir verdad
- Elias: La soledad de los moribundos
- Roqué: América Latina. Introducción al extremo Occidente
- Bagó: La idea de dios en la sociedad de los hombres
- Solé: Historia y mito de la revolución francesa
- Ferreiro: Los hijos del analfabetismo
- Paramio: Tras el diluvio
- Laclau: Hegemonía y estrategia socialista



- Dobry: Sociología de las crisis
- Derrida: Márgenes de la filosofía
- Derrida: La escritura y la diferencia
- Baudrillard: El otro por sí mismo
- Virilio: Estética de la desaparición
- Lipovetsky: La era del vacío
- Lipovetsky: El imperio de lo efímero

Libros Café Foro Cultural

gandhi

Montevideo 453
46-1994 - (1019) Csp. Fed.

Moscú: salvar el retraso histórico

La perestroika no es un modelo acabado

Guillermo Ortiz

Si bien el último pleno del Comité Central del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) a fines de septiembre pasado, dio lugar a una serie de manifestaciones que sirven para sincerar los temas más urticantes del proceso de reestructuración de la URSS, está claro que fue el planario de julio de 1987 el que dio el puntapié inicial para una reforma económica orientada a garantizar el autofinanciamiento, la autonomía de gestión, esto es la "descentralización", en el marco de nuevas formas de propiedad. En ese momento la "perestroika" apareció como el intento de desmantelamiento de un sistema ante la quiebra histórica de un modelo de producción económica y decisión política. En este sentido sería un error admitir que la necesidad de la reforma de la economía y la sociedad soviética surgió de una concepción arbitraria y voluntarista del grupo del actual jefe del Kremlin, Mijail Gorbachov. En realidad, la "perestroika" es la revelación tardía, en primer término, de la notoria incapacidad de la estructura económica de reaccionar en forma apropiada a la nueva combinación de fuerzas productivas a partir de mediados de la década de los '70 al influjo de los acelerados procesos de innovación tecnológica. Era evidente que la misma estructura que en los '50 y '60 había sido capaz de reducir el retraso respecto a los países industrializados, era hoy incapaz de desarrollar innovaciones que permitieran superar el estancamiento. Concretando: la URSS se vio aislada de la ola mundial de innovaciones iniciada en los '70, lo que ocasionó un fuerte proceso de descapitalización. Vale decir, la brecha tecnológica Este Oeste era insalvable. De ahí que Moscú se halla de cara al fin de siglo, más de 70 años después de que los bolcheviques tomaran el poder, ante el desafío de movilizar la totalidad de sus recursos para superar una crisis que abarca a todo el sistema comunista, ya sea en Europa Oriental, el Pacífico y América Latina, poniendo en peligro su propia existencia.

Nación y partido

Claro que los interrogantes se centran no solo en el grado de capacidad y decisión política de Gorbachov para transformar estructuras de producción obsoletas sino también en, si en la práctica, la URSS es reformable. El mení de trabas y contrariedades es vasto y no sólo económicas. En una rápida recorrida vemos que el CC de PCUS acaba de aprobar por unanimidad un plan del Kremlin que señala la necesidad imperiosa de una "transformación fundamental" de la Federación Soviética compuesta por 15 Repúblicas, que no implica de ningún modo la modificación de las fronteras internas del país. En este sentido, no se escatiman críticas a las demandas de mayor autonomía lanzadas por las repúblicas Bálticas, inclusive de los propios PC regionales que reclaman libertad de decisión con respecto a Moscú. El líder soviético no tardó en recordar el manifiesto rechazo de Lenin, a una "federalización partidaria", tal como se denominó. No es una novedad que la URSS está frente al

La falta de coincidencias de los principales especialistas económicos de la Unión Soviética que forman el grupo de confianza del jefe del Kremlin, Mijail Gorbachov, es la causa principal de la lentitud de las reformas. Divergencias en torno a cómo combatir el desabastecimiento retrasan la adopción de medidas radicales que sirvan "de piso" a la perestroika en momentos en que la ineficiencia crónica del sector público alienta el descontento social a la vez que se actualizan sintomáticamente viejas disputas étnicas. Quiebra de un modelo histórico que urge reformular.



mayor estallido de conflictos interétnicos de su historia. El cariz que está tomando la disputa entre las repúblicas meridionales de Azerbaiyán y Armenia por la posesión definitiva del territorio de Nagorno-Karabakh, de mayoría armenia y en manos de Azerbaiyán desde 1923 por orden de Stalin y que desembocó en un virtual bloque económico a Ereván, obligó a las autoridades centrales a tomar cartas en el asunto y la pasada semana el propio Gorbachov ordenó la ocupación militar de los ferrocarriles transcaucásicos para asegurar la provisión de alimentos a la aislada Armenia.

En otro orden de cosas el llamado a reformular el papel reunificador del PCUS, su carácter de "vanguardia" de la sociedad ante su evidente "retraso" con relación al ritmo de las reformas, es una clara señal que el frente sobre el que debe operar la actual dirigencia es múltiple. La reciente destitución de 5 miembros del Politburó entre los que se encuentra Vladimir Scherbatsky, de 71 años, jefe del PC de Ucrania y único miembro del órgano rector del PCUS que (junto a Gorbachov) sobrevivía a la era de Leonid Brezhnev aparece como un signo de fortaleza del líder soviético si bien no se deben abrigar falsas expectativas que reduzcan el problema a la aún no resuelta pugna entre "reformistas" y "conservadores".

Revolución "desde arriba"

Y es que esta reforma "desde arriba", que por ser así adquiere una lógica transicional que inhabilita cualquier intento rupturista, debe lograr prioritariamente resultados rápidos que redunden en una mejora genuina de la situación socio-económica. Está claro que la "perestroika" aún no ha resuelto el problema del abastecimiento y los servicios; es decir, ni ha representado en la realidad inmediata de la población, hecho que amplía las posibilidades de una explosión del descontento social.

La reciente huelga de más de 150.000 trabajadores mineros de la cuenca carbonífera de Siberia Occidental y Ucrania, con epicentro en Donbas, extendida rápidamente a la zona del Círculo Polar Ártico y a Rostov, en el corazón de la propia Federación Rusa, pusieron de manifiesto no sólo la reivindicación política de acabar con la centralización de esa industria sino las duras condiciones de vida de los mineros entre cuyas peticiones figuraba el aumento de la cuota de jabón enviada mensualmente por Moscú.

De hecho, el Soviet Supremo aprobó la primera semana de octubre un plan que prevé la prohibición de las huelgas en sectores cruciales de la economía en la totalidad del territorio del país, esto es en ferrocarriles y minas, sectores preocupantes, en la medida en que se acerca el invierno, con la producción y distribución de carbón retrasadas.

Por otra parte el cuantioso déficit fiscal obra como imposibilidad real para el mantenimiento de un modelo burocrático a todas luces ineficiente. Esta ineficiencia crónica del sector público se debe a una política de subsidios a sectores poco rentables de la economía que urge abandonar.

El mercado y la NEP

"El nuevo modelo de socialismo es el modelo de una economía de mercado, no sólo de un mercado desarrollado, no sólo de mercancías sino también de dinero, mercado de capitales como se llama en Occidente, de valores, de mano de obra y mercado de divisas que actualmente comenzamos a formar organizando subseas para empresas e instituciones", explicaba Abel Aganbeguin, secretario de la Sección de Economía de la Academia de Ciencias de la URSS, diputado popular del PCUS en el actual Parlamento permanente y uno de los asesores más destacados del líder soviético, Mijail Gorbachov, a una requisitoria que le formulara el pasado mes.

Desde ya que la política actual de la URSS no es nueva. Es posible percibir semejanzas con la Nueva Política Económica (NEP) implementada por Lenin en la década del '20 tras el X Congreso del partido luego de la ola de levantamientos campesinos y de los obreros de Leningrado que terminaron con la insurrección de los marineros de Kronstadt, reprimida por el ejército rojo. La NEP significó el fin del sistema económico del "comunismo de guerra", vale decir de la centralización rígida y del sistema de gestión económica carente de mercado, con distribución directa de los recursos, a una economía de mercado, un retorno a formas de producción capitalistas, basada en el estímulo y en el que el Estado desempeñaba un papel regulador. La NEP derivó en la imposición de tasas a los campesinos, libertad de salarios y comercio interior, autorización para la creación de empresas privadas e intervención de capitales extranjeros, mientras el Estado se reservaba el comercio exterior, la gran industria y la construcción.

En general se observan dos aspectos básicos sobre los que se basa la estrategia de transformación. El primero consiste en la reorientación social del desarrollo que obligará a reasignaciones presupuestarias en sectores tradicionalmente postergados. En este sentido, responsables de economía afirman que no deben ser limitados los programas sociales que incluyen construcción de viviendas, jardines de infantes, escuelas y hospitales por más que esto agrave la situación financiera. "Hay que desmantelar los recursos para prevenir el déficit", afirma Mijail Vojtkov, del Instituto de Economía soviético.

Las reformas de hoy también pueden compararse con la etapa que se abre en 1953, tras la muerte de Stalin, con Nikita Khrushchev, que tuvieron especial importancia en el área de la agricultura. De hecho, tras el plano del CC del PCUS, de marzo de este año, el Comité Estatal de la Agroindustria fue definitivamente abolido ya que limitaba la autonomía de las estructuras básicas como los koljoses sometidos al dictamen de los niveles distritales del Comité.

Actualmente el Soviet Supremo de la URSS tiene en estudio cinco proyectos de ley todos ellos relativos al ámbito económico y que se relacionan con la propiedad, el usufructo de la tierra, los arrendamientos y avanzan hacia una drástica reforma del sistema tributario. De alguna manera, las nuevas normas están orientadas a proporcionar cobertura jurídica a las reformas económicas del país. "Mientras el 90% de los principales medios de producción siga en manos de un solo propietario, en este caso el Estado, todas las conversaciones sobre la economía de mercado serán pura retórica y el progreso del país, imposible", afirmaba la pasada semana Nikolai Ryzhkov, presidente del Consejo de ministros de la URSS.

El otro punto consiste en el paso de un

desarrollo extensivo a otro intensivo, mejorando la eficiencia y la calidad a través de una política que priorice la modernización técnica de la producción. En este sentido la renuncia a la estructura pesada de la industria en que prevalecen las ramas extractoras en favor de las "transformadoras" juega un papel clave.

Ejes de una polémica

En un artículo publicado recientemente en la revista soviética, *Novi Mir* bajo el título de "Anticipos y deudas", el popular economista soviético, Nikolai Shmeliev, plantea la necesidad de una acelerada descentralización en pos de una autoregulación del mercado, a la vez que la urgente adquisición de créditos para combatir el desabastecimiento. Esto provocó una aguda polémica en el seno de la intelectualidad económica que rodea a Gorbachov. Abel Aganbeguin comparte la crítica al viejo sistema administrativo pero considera que Shmeliev carece de una visión alternativa íntegra que no suponga un mayor endeudamiento. Las diferencias de criterios son ostensibles y dividen a los economistas en "radicales" y "moderados". Shmeliev ubicado entre los primeros considera que la importación masiva aún no compromete la solvencia de la URSS. En este sentido, de acuerdo a los recientes declaraciones del director Ejecutivo de la Asociación de Exportaciones de Granos de Estados Unidos, Steve Mc Kay, la URSS no debe de plantearse un desafío consistente en la consolidación de una ecuación de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.

Por ejemplo, Moscú acaba de comprar 15.000 toneladas de pollo en los EE.UU. por primera vez desde 1980, según datos de la Casa Blanca. Esta masiva venta se produjo inmediatamente de fuertes adquisiciones de forraje de gluten de maíz y maní por parte de la URSS que también mantuvo su interés por el subsidiado aceite vegetal estadounidense. Esta actitud demuestra que los que en el Kremlin se oponen a la utilización de las divisas para importar alimentos están perdiendo terreno. Es el caso del académico y vicepresidente del Consejo de Ministros, Leonid Abalkin que no se cansa de afirmar que "vivir endeudado es el peor de los errores" para la Unión Soviética y la propuesta de Shmeliev afectará la competencia". Las cartas están sobre la mesa. La crisis del modelo comunista obligó a replantear presupuestos expresándose en drásticos recortes del gasto militar. Así el nuevo escenario surgido tras el fin de la "guerra fría" está produciendo una redistribución acelerada del poder mundial con la creación de grandes espacios económicos integrados. La "perestroika" avanza en el sentido de esta lógica. No hay dicotomías entre planificación y mercado. De hecho el capitalismo no es lo que era desde el New Deal norteamericano y los exitosos emprendimientos de la socialdemocracia en los países escandinavos y otros, en los que el sistema de prestaciones sociales en el marco de democracias políticas cada vez más desarrolladas, adquirieron el carácter de lo irreversible.

Asimismo, el "socialismo real", siendo el Estado el dueño efectivo de los medios de producción al determinar el excedente, el concepto marxista de "alienación" conserva aún su vigencia crítica. De ahí que el futuro no debe de plantearse un desafío consistente en la consolidación de una ecuación de desarrollo económico, integración internacional y democracia política.

LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 13 (Primavera 1989)

- Rafel Argpilló: El hombre sin enigmas.
Roberto Blatt: Europa: el poder del sueño, el sueño del poder.
Miguel Cereceda: La utopía de la dominación científico-técnica de la Norteamérica.
José Andrés Rojo: Los ecos de Utopía.
Ramón F. Reboiras: El viajero que perdió la razón del movimiento.
Ricardo Oré: Retorno al mundo plano.
César Ballester: La aparición de la nueva racionalidad.
Umberto Eco: Reflexiones sobre el papel impreso.
Jacques Derrida: El oído y la escritura.
Margit Frenk: Entre leer y escuchar.
Michel Tournier: El vuelo del vampiro.
Robert Darnton: El olvido de los intermediarios.
Mario Merlino: Literatura brasileña: trazando círculos.
Machado de Assis: El canónigo o metafísica del estilo.
Jorge de Lima: Canto IX de la Invención de Orfeo.
Oswald de Andrade: Fragmento de manifiesto antropofágico.
Mario de Andrade: El pavo de Navidad.
João Guimarães Rosa: Sin tangencia.
Rubén Fonseca: Relato de un hecho en que cualquier semejanza no es pura coincidencia.
Haroldo de Campos: De la razón antropofágica: los devoradores de Europa.
Caio Fernando Abreu: En los pozos.
Caio Fernando Abreu: Un hábito probablemente azul.

Suscripción anual: 1.600 pts.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

Levátan

Revista de hechos e ideas

NUMERO 35 (Primavera 1989)

- Tatiana Pipan: La huelga de Narciso.
Paulo Sylos Labini: Una estrategia común contra el desempleo.
José María Maravall: Las razones del reformismo. Democracia y política social.
Raimon Obiols: Un proyecto socialista. Desarrollo, libertades y federalismo.
Vicent Garcés: La política internacional y la izquierda.
Antonio Gambino: Entrevista con Bruno Trentin.
Salvador Giner, Joaquín Leguina, José F. Tezanos: Transformaciones sociales y apoyos estratégicos del proyecto socialista.
Adela Cortina: Por una ilustración feminista.
Norbert Lechner: El realismo político, una cuestión de tiempo.

Suscripción anual: 1.400 pts.
Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30. 28010 Madrid

Un fantasma recorre América

¿"Gramsciano" quién?

Fabián Boscor

Allá por agosto de 1987, mientras La Ciudad Futura editaba un suplemento dedicado a Antonio Gramsci en América Latina, como homenaje por los cincuenta años de su muerte, una pléyade de cultores y ejecutores de la cruz y la espada, viejos ideólogos y escribas del autoritarismo, cancheros de "nuestras más sagradas tradiciones" junto a contados intelectuales lúcidos de la derecha argentina se sumergieron en el manantial gramsciano intentando desentrañar las claves de una época que quizás por primera vez en nuestra historia contemporánea los había dejado fuera de los centros de poder, marginados del "sentido común" y las verdades absolutas.

Muchos de ellos quedaron arrumbados en sus delirios inquisitoriales, saciando su odio y jurando la venganza del terror blanco a través de libelos y exabruptos que nada tenían que ver con el pensamiento y mucho menos con la cultura. Pero algunos otros reactualizaron sus discursos y se incorporaron al debate cultural con una fuerza insospechada. Tan es así que hoy se encuentran en el cénit de su reflexión como ideólogos de "la nueva hegemonía cultural" encarada por Carlos Menem de la mano de una "revolución conservadora" autística que no cesa de sorprender a propios y ajenos.

En este flamante discurso del poder se revelan lecturas de Gramsci pasadas por la criba del pensamiento schmittiano, con agudas contradicciones internas y preocupantes derivaciones e implicancias.

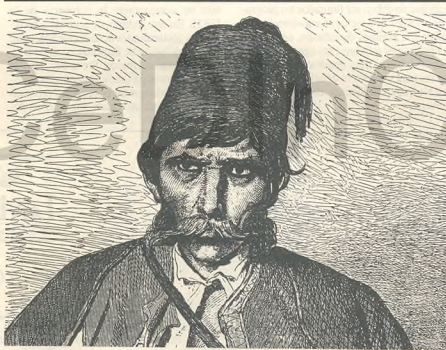
Sin embargo, es justo reconocer que se ha aceptado (al menos como punto de partida) el desafío de la sociedad abierta y plural, así como la lucha pacífica en el debate de ideas y proyectos en el actual marco de reestructuración política, social y económica que ha venido a restaurar —y al mismo tiempo cambiarle la cara— a la Argentina tradicional.

Aunque el pensador italiano jamás haya imaginado semejantes discípulos en sitio tan recóndito del planeta, la Argentina tiene hoy un gobierno con ministros que hablan de "la formación de un nuevo bloque de poder social, político, económico y hasta militar", voceros periodísticos que afirman abiertamente que "estamos en presencia de una lucha cultural por el sentido común" e ideólogos que explican cómo las estructuras partidarias han quedado atrás y que ahora "es el tiempo de las grandes coaliciones para transformar irreversiblemente el país".

Alguien podría suponer que se trata de un despertar abrupto tras una larga ensañación mística; será difícil encontrar durante la presidencia de Alfonsín semejantes ambiciones doctrinarias y tan sólo por instaurar y defender el espacio democrático, la apertura ideológica y la controversia intelectual así como el derecho de toda la sociedad a forjar su propia identidad, su gestión fue sistemáticamente bombardeada desde las trincheras opositoras que descalabraron (así más de las veces injustificadamente) "influencias gramscianas" en cuanto esbozo de cambio y reforma radical se propusiera, siempre bajo la sospecha de encubrir intenciones hegemónicas y avisos propósitos de perpetuarse en el poder.

Cierta derecha argentina ha descubierto la posibilidad de basarse en Gramsci para fundar una nueva hegemonía cultural.

Sin ésta, la "revolución conservadora" que encarna el Presidente Menem podría ser efímera. Frente a quienes propician una cruzada contra las "gramscianas", aparecen otros que en clave schmittiana implementan un uso conservador y autoritario del pensamiento del comunista italiano demonizado. Pero existe una brecha profunda entre una teoría del poder total como la de Carl Schmitt y el concepto gramsciano de hegemonía.



Del "terror blanco" a la "guerra cultural"

Como sabemos, durante los últimos años reconocidos ámbitos de la cultura y las ciencias sociales debieron soportar una constante andanada de "proyectiles" lanzados desde los forjados de la ultraderecha vermiculada, dedicada a identificar extraños especímenes de subversivos disfrazados de "intelectuales orgánicos" cuyo malvado e inconsciente objetivo era destruir nuestra identidad nacional y convertirnos en esclavos sometidos a una perversa hegemonía totalitaria.

Este auténtico delirio paranoico-macacario ("la caza de gramscianos") se convirtió en el entrenamiento predilecto de los neocadetes de la conferencia Anual de Ejércitos Americanos reunida en Mar del Plata a "la estrategia gramsciana" como nueva etapa de la subversión continental.

Millán Astray y Goebbels así como suscitara la admiración de Blas Piñar, su ilustre visitante en el lecho del Hospital Militar en sus días de "cautiverio".

Otros aprendices de Torquemada, en la línea de "la conspiración marxista de cinco mil años antes de Cristo" y la persecución a las matemáticas modernas, se encargaron de desenmascarar "ánimos de corrupción ideológica y penetración cultural" en fundaciones, centros de investigación, medios de comunicación masiva y por supuesto, despachos oficiales. Artículos firmados por una ignota Amalia Papendieck encabezaban la frenética campaña de denuncias cual auténtica cruzada contra el infiel.

Pero lo anecdótico se tornó preocupante al incorporarse en un capítulo secreto (y nunca desmentido) de la conferencia Anual de Ejércitos Americanos reunida en Mar del Plata a "la estrategia gramsciana" como nueva etapa de la subversión continental. Prestos cronistas de fajina recogieron, asimismo, pronunciamientos del teniente coronel Aldo Rico y arengas del coronel Seinfeld contra "el enemigo gramsciano".

Los "cuadernos de la cárcel" de Ramón J. Camps, publicados por La Prensa puntualmente cada sábado, están destinados a tener un lugar en nuestra "crónica del espanto", crónica que provocaría la envidia de

la ilegalidad y disolución de "todo partido o agrupación política de filosofía marxista, trotskista, guevarista, sandinista, maquista (y aquí la novedad) o gramsciana", la clausura de locales, el bloqueo de cuentas, la prisión para "afiliados y/o activistas" así como la calificación de "terroristas subversivos" a quienes osaran profesar semejantes ideas "ateas y disolventes, atentatorias contra los pilares de nuestra sociedad". Fundamentaba su proyecto recordando palabras de Matías Sánchez Sorondo en 1932 y —créase o no— el "Acta de Control del Comunismo" del célebre senador Mc Carthy en los Estados Unidos de los años 50.

Revolución democrática y revolución conservadora: la disputa por el "sentido común"

Llega la descomposición penosa y acelerada del gobierno radical y la inmediata recomposición de los factores de poder arrastrados por el boom menemista a la cima del nuevo gobierno. Comienza entonces un fenómeno insospechado: tanta obsesión por la obra de Gramsci ha vuelto "gramsciano", en su sentido más vulgar, al flamante "establishment" ideológico oficialista.

Se afirma que "el régimen alfonsinista" fracasó en todos los campos menos en uno: el cultural. Se advierte que la revolución conservadora que encabezaba Menem precisa de un soporte ideológico que le insufla una nueva mística nacional, y que es en este terreno donde debe librarse la más dura batalla frente al "progresismo pequeño burgués que se ha apoderado del sentido común de la Argentina".

"En esta lucha vital por el dominio cultural —se añade— los argumentos técnicos y pragmáticos no son relevantes, lo esencial son las posiciones políticas, históricas, geopolíticas y éticas que puedan sostenerse, porque no se trata de demostrar una ecuación sino de construir una nueva hegemonía."

¿Cuál es el instrumento que se propone? "Un nuevo reagrupamiento político, un bloque histórico político, económico, social, en que el justicialismo (...) coincida con la corriente sustancial del liberalismo y los partidos provinciales en un proyecto común (...) que puede denominarse conceptualmente con precisión 'revolución conservadora'."

¿Y quiénes serán los nuevos "intelectuales orgánicos"? "Los pensamientos 'no progresistas', los recordadores de la comunidad organizada, los revalorizadores de las culturas latinoamericanas con criterios no modernizadores ni racionalistas dominantes, los nacionalistas, los pensadores católicos, los posmodernos, etc."; en síntesis todos aquellos "desplazados por el bloque cultural 'progresista' que vendrán a hacer lo que dicen que les hicieron: 'dominar la cultura y sus manifestaciones valorativas para tener efectivo poder político'." (Como ejemplo ilustrativo del carácter de esa manipulación véase el recuadro incluido).

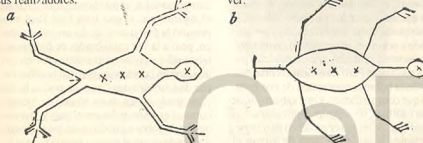
Al nuevo príncipe lo encontraremos obviamente en el "liderazgo plebiscitario de Carlos Menem", símbolo y resumen de la voluntad colectiva.

Schmitt y Gramsci en el debate ideológico argentino

¿Cómo explicar este *aggiornamento*, esta novedosa amalgama discursiva? En primer lugar es detectable una positiva evolución, producto, tal vez, del deshielo de las insostenibles nieves eternas legadas por Carl Schmitt. Se ha cambiado en efecto el discurso de la "guerra sucia" por el de la "guerra de posiciones", un tradicional desprecio hacia la política por una politización intensiva, la justificación de la coerción autoritaria por la búsqueda del consenso anti-estataista y finalmente la irreducibilidad de los antagonismos por la construcción de nuevas hegemonías.

Una visión conspirativa (y cuasi-psicoanalítica) hablaría de un caso de "vampirismo intelectual" y refundación inconsciente con la imagen en la que creen haber descubierto al enemigo y alter-ego.

Es que han logrado dibujar un perfil tan siniestro (como inteligente), tan acabado (como falso) de la menedea "estrategia gramsciana" que terminaron por encarnar en ella, y por convertirse ellos mismos en sus realizadores.



USOS DEL OLVIDO

Y. Yerushalmi, N. Loraux, H. Mommsen, J.-C. Milner, G. Vattimo



Ediciones Nueva Visión

También el mito refundacional, núcleo de la nueva "teología civil", se hace presente en esta novedosa "derecha gramsciana" argentina: "Dentro de la política de reconciliación nacional (...) el regreso de Rosas constituye un notable triunfo político-cultural para la revolución conservadora que impulsa el presidente Menem."

"Antonio Gramsci, uno de los grandes pensadores políticos del siglo, reúne todas las condiciones para convertirse en un clásico; como tal no pertenece a nadie en particular, sino que [es] patrimonio general de la cultura de nuestro tiempo."

"El regreso de los restos de Rosas, y su aceptación por el consenso general y político, es, en síntesis una operación gramsciana de gran categoría..."

(Comentario de Jorge Castro en El Cronista, del 1.10.89)

Tal diagnóstico nos remitiría a una inevitable irreducibilidad en el pasado: la tragedia del aprendizaje de brujo y el fatalismo de las profecías auto-cumplidas, en las que ya sabemos quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios.

Otra perspectiva, tal vez más política (y más optimista también) creará estar frente a la tan ansiada transición hacia una sociedad democrática moderna: el paso del terror armado y la guerra tribal a la disputa por las ideas y la alternancia de proyectos. Como diría el viejo Duverger, momento en el que hemos podido finalmente "sustituir la batalla por la discusión, los fusiles por el diálogo, los puñetazos por los argumentos, la superioridad de los músculos o de las armas por el resultado de los escrutinios". Etapa, sin embargo, de la que siempre se puede volver.

Por eso es esencial distinguir entre quienes siguen entendiendo la política como "la prosecución de la guerra por otros medios" y quienes han logrado reconocerla como la negación misma de la guerra civil.

Por otra parte, las naciones y los estados no se legitiman por el sólo hecho de afirmar su fortaleza sino también por la posibilidad de ofrecer a sus habitantes espacios de realización social y participación en las decisiones colectivas. Aquí radica otra de las diferencias, de las brechas profundas entre Schmitt y Gramsci, entre una teoría del poder total y otra del estado democrático. Pero es bueno que así se puedan plantear.

Es, en todo caso, el legado de seis años de ejercicio activo de las libertades y la convivencia, aún en un contexto de penurias, postergaciones, insatisfacciones, marchas y contramarchas, avances y retrocesos. En

una década que concluye dejándonos en la alternativa de avanzar en ese rumbo de democratización y construcción de una sociedad abierta, o desandar el camino y presenciar una restauración que traerá en su seno un modelo de sociedad poco conciliable con las demandas populares y la aspiración mayoritaria del progreso, libertad, bienestar, justicia y paz para todos.

Quiénes mejor sepan interpretar y llevar a cabo estos ideales pueden demostrarlo en la escena del espacio público y en la confrontación con los tiempos de la gente y de la historia. Mientras tanto, será ineludible para el pensamiento progresista entender los porqués de este augo neo-conservador que, es innegable, ha tomado por varios cuerpos la delantera.

Al menos, el fantasma de Gramsci ha dejado de sobrevivir amenazante sobre nuestras cabezas. Esa también es nuestra conquista. Y la suya, por supuesto.

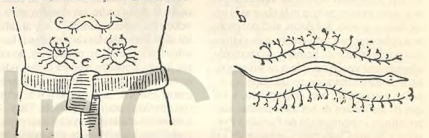
NOTAS

¹ Jorge Castro, "Renace el capitalismo schmittiano aliado a la Revolución Conservadora", *El Cronista Comercial*, 24.9.89.

² Jorge Castro, "Los grandes cambios históricos se hacen mediante amplias coaliciones", *El Cronista Comercial*, 17.9.89.

³ Jorge Bolívar, "Lo 'revolucionario' del pensamiento conservador", *El Cronista Comercial*, 30.7.89.

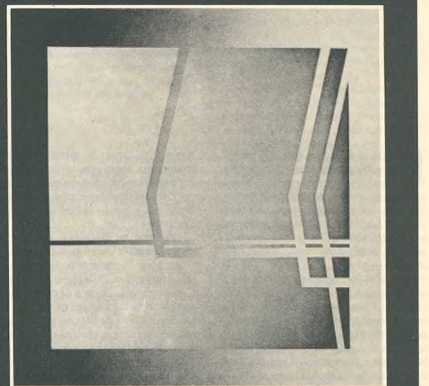
⁴ *Ibidem*.



José Nun

La rebelión del coro

Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común



Ediciones Nueva Visión

Quince años de una ausencia que aún nos duele

Recordando a Máximo

José Aricó

El 115 de noviembre de 1974 falleció en Buenos Aires un amigo entrañable de quienes compartimos la responsabilidad de editar *La Ciudad Futura*. Juan José Real, "Máximo" para los que estuvimos unidos a él por los recuerdos de una prolongada militancia en las filas del comunismo argentino, fue por muchos años una de las personalidades políticas e intelectuales que más aprendimos a querer y a respetar. Perteneciente a esa vieja estirpe de militantes obreros que se esforzaron, contra un medio más hostil que favorable, por crearse una cultura amplia que les permitiera comprender el sentido de la aventura del hombre, Máximo fue un luchador y un estudioso. Un intelectual obrero de aquellos que hoy ya no existen porque ni la clase ni la sociedad los genera. Solidario, siempre pronto a colaborar con toda empresa de cultura que posibilitara a los hombres de izquierda adquirir una visión más clara de sus propósitos de transformación social, supo acompañar y estimular, aun discrepando, a los que en los inicios de los años sesenta emprendimos la publicación de *Pasado y Presente* y de sus *Cuadernos*—algunos de los cuales, como el dedicado al "último combate de Lenin" preparé directamente. De él nos separaba su militancia activa en el círculo

de Frigerio. Pero nos unía, en cambio, una amistad que supimos preservar de las diferencias políticas y una común adhesión incondicional a los valores y los ideales del socialismo. Si el presente nos sitúa en compartimientos distintos y contrapuestos, una tradición histórica en la que nos reconocíamos, y las esperanzas en un reencuentro futuro, nos vinculaba de manera raigal, entrañable. De esas dos almas que en el cohabitaban sin fundirse jamás, nosotros reteniéramos solamente aquella de viejo cominternista, luchador por la causa de España, protagonista de tantas luchas que probaban nuestros recuerdos.

Cuando se fue nada dejó que no doliera, como reza el poema. Sentimos su ausencia como la de un padre, un maestro, pero a la vez un par, un compañero. Y hoy al cabo de los años, corroidas las certezas desde las que solíamos rechazar sus objeciones, no siempre justas, a nuestra manera de entender el acontecer político argentino, descubrimos gratamente que su recuerdo nos acompaña con una fidelidad inextinguible. Tanto, que a veces olvidamos que ya no está y que no podemos visitarlo en su departamento de Alsina para comentar los hechos del mundo, o pedirle los recortes que preparaba para nuestra revista, o los libros que quería que

leyéramos para discutirlo en común, en esas largas tardes regadas de amargos. Dejó de compartir con nosotros empresas que muy posiblemente hubieran despertado su interés, y queremos recordarlo como uno más de los que hoy protagonizamos este intento de renovar la cultura de izquierda. Porque los hechos del mundo desmintieron buena parte de nuestras previsiones, y también las suyas, por supuesto. Ni la revolución, tal como nosotros la concebíamos, ni el frente nacional, que él propugnaba, son hoy propuestas estratégicas a la altura de las nuevas demandas de una sociedad obligada a transformarse en el marco de una democracia política que queremos cada vez más profunda y avanzada. El cambio del mundo, la mutación que atraviesan los países socialistas, le hubieran sorprendido al tal como hoy nos sorprende a nosotros, desprovistos como todavía estamos de una elaboración teórica y política adecuada. Pero conscientes como éramos de la pobreza conceptual de una tradición que compartíamos, y que sabíamos que debía cambiar, no creemos equivocarnos al pensar que, de no haber mediado su muerte, estaríamos juntos en la tarea de asumir el enorme desafío que el mundo actual plantea al socialismo.

[Pars parva fui]

Juan José Real

Estas páginas son, en cierta medida, autobiográficas. *Pars parva fui*, yo también fui parte activa en los sucesos que aquí se estudian. No soy inclinado a aceptar lo que se ha dado en llamar "generaciones". Admito, por ahora, que pertenezco a la generación del 30, aunque comencé a actuar en el movimiento social algunos años antes.

El padre fue peón de estancia; mi madre servía con una familia de estancieros tradicionales. A comienzos de este siglo vinieron a la ciudad, donde mi padre se transformó en obrero ferroviario. El aspiraba a que todos sus hijos estudiaran, pero no fue posible. Todos comenzaron a trabajar desde niños. A los nueve años fui lavacopos en un almacén.

Trabajé en el ferrocarril desde los diez años. A los trece, ya ayudaba a atender la biblioteca de la seccional de la Unión Ferroviaria; allí, más que leer, devoré libros, ansioso de llenar el vacío que dejara mi escasa asistencia a la escuela primaria. La literatura social, donde se mezclaban autores anarquistas, socialistas y comunistas, me condujo al movimiento obrero revolucionario. Después de un breve paso por el Partido Socialista, ingresé a la Federación Juvenil Comunista.

Entregué mi vida a la causa del comunismo con la decisión y el entusiasmo de los veinte años. El comunismo fue mi escuela, una gran escuela. De paso por el Partido Comunista no hallé nada de que arrepentirme, como no sea de mis errores.

Separado de las filas del partido por las razones que adelante se dirán, me sustraje a toda actividad política y me abismé en el estudio de nuestra realidad nacional. No estubo en los partidos y grupos actuales ninguno que diera solución a los problemas del país. Advertí la crisis del peronismo, pero no tenía ni la posibilidad, ni la claridad necesarias como para influir en el curso de los acontecimientos. [...]

[...] El movimiento nacional se canalizaría en la conjunción del 23 de febrero de

1958. Voté por esa conjunción, pero no lo hice atribuyendo a Frondizi el "programa de Avellaneda", como lo hizo toda la izquierda. Si se partía del punto en que el peronismo había dejado la evolución económico-social del país, el programa de Avellaneda era una fantasía, o era pura demagogia. Ya estaba superado. En las páginas que siguen intento demostrarlo.

La caída de Frondizi no invalida la política del frente nacional, confirma su vigencia. Tengo la seguridad de que, cualesquiera sean los accidentes circunstanciales que le embarrancan, esta política prevalecerá. Ella está dictada por una necesidad nacional en esta etapa de nuestra historia.

A esta política de frente nacional la veo desde el punto de vista de los intereses de la clase obrera. La historia del movimiento obrero argentino la señalan como la única que puede colmar las aspiraciones inmediatas de los trabajadores y abrir el cauce hacia conquistas más avanzadas. Por eso espero que los dirigentes obreros hallen retratada

Como recordación del amigo muerto, de ese "viejo" Máximo que fue siempre un leal compañero, publicamos dos testimonios de los tantos que escribió con su apego casi enfervorizado por la palabra escrita. El primero es un fragmento autobiográfico del prólogo a *30 años de historia argentina*, libro publicado por Ediciones Actualidad en 1962. El segundo es un ensayo que por varios motivos recordamos siempre. Dedicado a la muerte de Federico Pinedo, el último de los grandes liberales argentinos como lo definió, fue firmado con el pseudónimo de Pablo Ibarra que utilizaba para sus notas periodísticas en *La Opinión*. Acaso este ensayo, teñido de reminiscencias personales, el texto que mejor expresa el espíritu con el que Juan José Real emprendió la difícil tarea de dar un juicio crítico, pero a la vez equilibrado, de figuras intelectuales y políticas que tanta gravitación tuvieron en la vida nacional. Un hombre capaz de escribir estas líneas no podría haber participado nunca de un bloque de fuerzas como el que hoy gobierna el país y que tiene al más pobre e impudico de los epígonos de Pinedo como el vocero autorizado del liberalismo argentino.

El patriado conservó cierta ingenuidad hacia los movimientos populares y tumultuosos que entonces se expresaban por la vía del yrigoyenismo. Y esta ojeriza antinaturalista le impidió de continuo a regresar a su clase. (Con cuánto cariño recuerda en la recopilación de sus trabajos a don Marcelino Ugarte, el estibador gobernador conservador de la provincia de Buenos Aires, amenazado de ser intervenido por el flamante gobierno de Hipólito Yrigoyen! Y con cuánta sinceridad describe el "frente único" de conservadores y socialistas que hace naufragar en la cámara el proyecto de intervención.

Como Palacios, fue electo diputado antes de cumplir la edad legal y su diploma hubió de ser impugnado y anulado. Al año siguiente fue nuevamente electo y se incorporó a la Cámara donde pronunció discursos que "fueron una manifestación del pensamiento socialista argentino que era entonces vigoroso, estructurado sobre la base proporcionada por los maestros mundiales, pero bien nutrido con savia local, siempre dispuesto a perfeccionarse, evolutivo y enemigo de todo dogmatismo" (*En tiempos de la República*, I, 52).

Aquí libra sus primeras batallas en un terreno difícil e intrincado: el de la moneda y el oro (que no son la misma cosa, como él sabía ya por asiduas lecturas de Marx). En su interrelación pregunta al ministro de Hacienda por qué está cerrada la Caja de Conversión y por qué sigue prohibida la exportación de oro. (Era ministro de Hacienda nada menos que Salaberry, chivo expiatorio de todos los pecados radicales y a quien miraban con particular inquina los socialistas de entonces! Cerrar la Caja de Conversión y prohibir la exportación de oro eran prueba de gran desconianza hacia la estabilidad de la moneda: en aquel tiempo cualquier ciudadana podía llevar sus pesos a la Caja y cambiarlos por su valor en oro. Y aquí también aparece la primera lección de marxismo: el interés del dinero no se determina por la cantidad de dinero circulante sino por la tasa media de beneficio. Concepto que no debió entender ni el mismísimo doctor Repetto, que no había pasado de las primeras cinco páginas de *El Capital*.

(De *30 años de historia argentina. Acción política y experiencia histórica*, Buenos Aires, Ediciones Actualidad, 1962, pp. 11-12).



Murió ayer Federico Pinedo, el último de los grandes liberales argentinos

Pablo Ibarra [Juan José Real]



Venia del patriado, definición con que él designaba a nuestra oligarquía, y muy joven—en un gesto que indicaba una gran ruptura— vino a abreviar a las aguas vitalizadoras del marxismo. Un marxismo enmarcado entonces en los límites del Partido Socialista, redefinido por el doctor Juan B. Justo y, por tanto, un poco destechado. Pero el joven aristócrata que irrumpió en las filas del proletariado no se conformó con aquella versión justista del marxismo y estudió alemán para conocerlo en sus fuentes y viajó a Europa donde conoció a los grandes jefes de la Segunda Internacional. Pinedo se forjó a lo largo de los años de militancia su propia visión del marxismo, pero es preciso admitir que lo conocía. Y este conocimiento le confirió fuerza y brillo. Por eso se destacó entre el tropel grisáceo de sus comitantes.

En el debate sobre la guerra, estuvo en favor de la tendencia ruperista, defendida por Juan B. Justo y contraria, por tanto, a la posición neutral que había adoptado el gobierno de Yrigoyen. En el gran debate que condujo a la constitución del Partido Socialista Internacional—más tarde comunista—se pronunció en favor de la tesis defendida por los más encumbrados jefes del "viejo y glorioso". En las discusiones que precedieron y sucedieron al congreso de Bahía Blanca compartió la actitud de los adversarios a la adhesión a la Tercera Internacional, defendida por Del Valle Iberlucea. Escribió entonces dos trabajos—una carta y un artículo—que luego tituló *La democracia y el sarampión comunista* (1920-1921). Constituían una verdadera diatriba, tanto contra la revolución rusa como contra la flamante Tercera Internacional. El joven Federico Pinedo comenzaba a transitar el camino de vuelta a las fuentes originarias.

1927 fue el año del segundo gran desgarro del "viejo y glorioso". Esta vez, Pinedo secundó eficazmente al combativo Antonio de Tomasso. El resultado de la lucha interna fue el Partido Socialista Independiente, que vino al mundo rodeado de las más ostensibles simpatías del conservadurismo. Junto con De Tomasso y Pinedo se iban Augusto Basso, Héctor González Irigoin, Fernando de Andreis y otros tantos de la pléyade más brillante, a quienes los de "viejo y glorioso" llamaron desde entonces "libertinos". El remoque tenía dos razones: una, que el diario del nuevo partido se llama *Libertad* y otra que el ya maduro líder

eran días de lucha colosales aquellos de la primera diputación de Pinedo. Ante todo, la revolución de Octubre en Rusia, que conmovía las filas del proletariado y de los partidos obreros. Luego, la revolución alemana de 1918; la revolución austriaca, la ocupación de las fábricas en Italia. Aquí, la gran huelga portuaria, luego la huelga ferroviaria—durante la cual Yrigoyen se inclina decididamente en favor de los obreros—, después, la Semana Trágica de enero de 1919. Todo esto se debatía en el Partido Socialista y todo esto obligaba al joven Pinedo a tomar posición.

En el debate sobre la guerra, estuvo en favor de la tendencia ruperista, defendida por Juan B. Justo y contraria, por tanto, a la posición neutral que había adoptado el gobierno de Yrigoyen. En el gran debate que condujo a la constitución del Partido Socialista Internacional—más tarde comunista—se pronunció en favor de la tesis defendida por los más encumbrados jefes del "viejo y glorioso". En las discusiones que precedieron y sucedieron al congreso de Bahía Blanca compartió la actitud de los adversarios a la adhesión a la Tercera Internacional, defendida por Del Valle Iberlucea. Escribió entonces dos trabajos—una carta y un artículo—que luego tituló *La democracia y el sarampión comunista* (1920-1921). Constituían una verdadera diatriba, tanto contra la revolución rusa como contra la flamante Tercera Internacional. El joven Federico Pinedo comenzaba a transitar el camino de vuelta a las fuentes originarias.

1927 fue el año del segundo gran desgarro del "viejo y glorioso". Esta vez, Pinedo secundó eficazmente al combativo Antonio de Tomasso. El resultado de la lucha interna fue el Partido Socialista Independiente, que vino al mundo rodeado de las más ostensibles simpatías del conservadurismo. Junto con De Tomasso y Pinedo se iban Augusto Basso, Héctor González Irigoin, Fernando de Andreis y otros tantos de la pléyade más brillante, a quienes los de "viejo y glorioso" llamaron desde entonces "libertinos". El remoque tenía dos razones: una, que el diario del nuevo partido se llama *Libertad* y otra que el ya maduro líder

Federico Pinedo se había casado en solene ceremonia religiosa, desafiando las más severas tradiciones anticlericales del Partido Socialista.

Pero sólo matices diferenciaban un partido de otro. El nuevo se caracterizaba por un antirigoyenismo más agresivo y por una inclinación más acentuada hacia el comunismo con las fuerzas conservadoras. También el viejo arrastraba casi desde su origen una aversión casi física hacia las ideas y las prácticas yrigoyenistas y, durante el primer gobierno del anciano caudillo más de una vez sus diputados habían establecido acuerdos de hecho con los conservadores para combatirlos. El nuevo partido nació en las vísperas de la segunda elección de Yrigoyen y su destino fue de servir de ariete a la oposición de la oligarquía tradicional. Lo hizo bien y lo hizo a conciencia, como lo demostrarían los hechos posteriores. Pinedo había dado otro gran paso en su camino de regreso a la clase que le había dado el ser.

El ministerio de 1940 no fue trascendente. Dejó sin embargo un plan económico que envidiaría el mismísimo Krugier Vasena, no tanto por su vuelo teórico sino por su férreo empirismo, destinado a enfrentar a una realidad nueva sin los prejuicios propios del liberalismo. Y dejó un documento defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

La vuelta al llano no significó indiferencia a la cosa pública. Pinedo intervino en todos los debates de la Cámara de Diputados, defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

La vuelta al llano no significó indiferencia a la cosa pública. Pinedo intervino en todos los debates de la Cámara de Diputados, defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

en adelante, toda la parte civil de la preparación del golpe corrió a cargo del socialismo independiente, actuó como vanguardia de las fuerzas conservadoras.

Triunfante el golpe de Estado, realizadas las elecciones de las que fue excluido el radicalismo, triunfante la Concordancia, Pinedo volvió a la Cámara a librar nuevas batallas, ahora en defensa del nuevo gobierno, del gobierno Justo, iniciador de la "década infame". Alrededor de Justo "llegó a formarse una burocracia como el país nunca la ha tenido, a la que se procuró con empeño incorporar los elementos jóvenes de más preparación y energía, que han dejado de su obra organizadora la prueba perdurable de su capacidad". Muerto De Tomasso (ya ministro de Agricultura) y renunciado Hueyo (ministro de Hacienda) el primer cargo fue ocupado por Luis Duhal y el segundo por el doctor Federico Pinedo. Fue el ministerio más brillante de la Década Infame, digno de un estudio pormenorizado.

El país el acababa de ser reubicado en el seno de la división internacional de trabajo por el pacto Roca-Runciman. Pero faltaba coronar la obra. Fue la tarea de Pinedo. Tuvo que combatir desde luego, con sus antiguos camaradas, los socialistas, a quienes apabullaba con sus conocimientos de la teoría económica de Carlos Marx. Y con el ardoroso Lisandro de la Torre en el Senado. De aquella obra, las piezas maestras fueron el Banco Central de la República, el Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias y la ley general de bancos. Definir la proyección de estos organismos implica definir toda la estructura económico-financiera de la Década Infame. Al finalizar el año 35 salía del Ministerio de Hacienda y no regresó al gobierno hasta septiembre de 1940, bajo la presidencia de Castillo.

El ministerio de 1940 no fue trascendente. Dejó sin embargo un plan económico que envidiaría el mismísimo Krugier Vasena, no tanto por su vuelo teórico sino por su férreo empirismo, destinado a enfrentar a una realidad nueva sin los prejuicios propios del liberalismo. Y dejó un documento defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

La vuelta al llano no significó indiferencia a la cosa pública. Pinedo intervino en todos los debates de la Cámara de Diputados, defendiendo su plan en el que postuló la compra de los ferrocarriles con las libras esterlinas bloqueadas en Inglaterra, cosa que haría más tarde un cierto coronel Perón.

Un proyecto del que deberíamos aceptar un mensaje

Juan B. Justo y la cuestión agraria

Jeremy Adelman

Juan B. Justo fue el arquitecto intelectual del socialismo argentino en su mejor época, a comienzos del siglo XX. Con la fundación de *La Vanguardia* en 1894 y del Partido Socialista en junio de 1896, el internacionalismo reformista de Justo prácticamente se identificó con la perspectiva del socialismo. Fue también el período de apogeo del modelo agro-exportador de desarrollo argentino. La variante argentina de socialismo estuvo profundamente condicionada por la posición alcanzada por la economía en la división internacional del trabajo. No debería sorprender comprobar que el problema de la agricultura fue central para el socialismo argentino. Y sin embargo aun no conocemos casi nada acerca de la presencia socialista en el sector rural.

II

Nació en una estancia en el interior de la provincia de Buenos Aires, en la que su padre se desempeñaba como administrador. Justo estaba muy familiarizado con las problemáticas rurales y su infancia en la ciudad de Tapalqué le otorgó un perfil personal a su compromiso con la agricultura. Esta vinculación se reafirmó con posteriores experiencias, como cuando siendo estudiante de medicina viajó a Tucumán para participar en la lucha contra el cólera, hacia fines de los ochenta.

Es difícil identificar los comienzos de sus reflexiones intelectuales acerca de la agricultura. Como traductor de *Das Kapital* al español, Justo sin duda estaba influido por el último capítulo de la obra de Marx, que trata sobre las formas modernas de colonización agraria, especialmente en los EE.UU., y de la posibilidad de una vía agraria al socialismo. Por cierto, este pasaje fue vital en un debate posterior mantenido con el socialista italiano Enrico Ferri en 1908. Y de esos textos surge con claridad su familiaridad con la noción ricardiana y marxiana de renta de la tierra. Pero es evidente la importancia que Justo le otorgaba a la agricultura desde el primer editorial de *La Vanguardia*, el 7 de abril de 1894. El párrafo inicial de "Nuestro Programa" comenzaba de la siguiente manera:

"Este país se transforma. A la llanura abierta e indivisa con el aspecto y, en cierta medida, las funciones de una propiedad común han sucedido los campos cercados, que pronto abarcan toda la superficie utilizable. La gran agricultura se desarrolla donde hace veinte años eran cultivos por sus dueños unas pocas chacras..."

La agricultura era la clave del desarrollo capitalista en la Argentina. El proletariado urbano, el único agente capaz de impulsar la transición desde el capitalismo según las interpretaciones más mecanicistas, no estaba descartado del todo, pero no se lo consideraba el único actor encargado de la tarea de promover el socialismo. La particularidad del capitalismo argentino hacia inviables las recetas más convencionales. La Argentina, en parte en virtud del papel importante de la agricultura, debía encontrar su propio camino.

Probablemente en la que fuera la primera interpretación económica de la historia argentina, Justo destacó la importancia central de las exportaciones agrícolas. Las reformas económicas de finales del siglo XVIII permitieron al comercio internacional vincularse con el Río de la Plata. El comercio, o mejor dicho la perspectiva de exportar artículos producidos en la Pampa, atrajo la atención de los inversores locales, especialmente en tierras. Según Justo, "los nativos propietarios del suelo pronto comprendieron toda la capacidad productiva del país", la que generó

Este breve artículo intenta explorar el papel de la agricultura en el pensamiento de Juan B. Justo.

Podríamos adelantar una conclusión amplia: el pensamiento de Justo era original y brillante, pero era en parte contradictorio. En una breve reconstrucción del discurso de Justo, podremos comprobar que es equivocada la visión popularizada en los años '60 por la izquierda argentina, que lo acusaba de liberal, "europeizante" y antinacional. La particularidad del problema argentino no pasó inadvertida para los socialistas y la originalidad del pensamiento de Justo es debida en parte a sus reflexiones sobre la cuestión agraria.

una autoconciencia en lo económico, echando las bases de una "naciente burguesía" y de la independencia política. El interés creciente por la explotación de la tierra, por el ganado salvaje, y los cálculos sobre los beneficios de la empresa agrícola despertaron también inquietud acerca del estado de la fuerza de trabajo rural. "Libro y bárbara" según las palabras de Justo. Tanto es así que mientras el movimiento independentista fue conducido por las 200 familias más importantes de la incipiente república, las clases subalternas estaban preocupadas por preservar su modo tradicional de vida.

Las guerras civiles que se extendieron luego de 1815 enfrentaron "pueblos de la campaña" con "señores" de la ciudad que aspiraban a convertirse en grandes propietarios. Las monteras y las clases sociales precapitalistas que encabezaron las fuerzas antiburguesas lograron una victoria más aparente que real. No fueron capaces de contrarrestar las fuerzas naturales del progreso y los inevitables cambios por las nuevas formas de tecnología y producción, a pesar de la resistencia de los caudillos locales.³ La negligencia de las clases subalternas no sólo impidió su victoria en el largo plazo sino que frustró la posibilidad de reparar las tierras entre otros grupos, además de los 200 más privilegiados.

"Los campesinos insurreccionales y triunfantes no supieron siquiera establecer en el país la pequeña propiedad. Para ellos, esta hubiera sido, sin embargo, el único medio de liberarse efectivamente de la servidumbre y el avasallamiento a los señores; como establecer la pequeña propiedad hubiera sido el modo más eficaz de oponerse a los monómeros, y de cimentar sólidamente la democracia en el país".

La incapacidad de los campesinos para tomar posesión de la tierra de manera sistemática, una administración mala y corrupta y la ineficacia de la mayor parte de la legislación de tierras favoreció la consolidación de una pequeña clase de grandes propietarios. Los intentos de Rivadavia, Sarmiento y Avellaneda de inducir la emergencia de pequeños propietarios fracasó por la relativa ausencia de una clase social dispuesta a aprovechar la oportunidad. *Ipso facto*, los terratenientes se convirtieron, a su manera, en los agentes del desarrollo capitalista.

III

Pero el poder monopolístico de los terratenientes fijó un límite a la expansión mediante la cual hubieran fomentado el progreso. Su posición les permitió obtener altos niveles de renta con relativamente poca inversión. A pesar de que como propietarios capitalistas destruyeron el viejo régi-

men económico, no estaban dispuestos a desempeñar la función schumpeteriana de desarrollar completamente las fuerzas productivas. Justo invocó insistentemente el ejemplo de la estructura de la tierra en Irlanda, en la que una moderna clase de propietarios no significó necesariamente el impulso a la modernización de la agricultura—una estructura que la corriente integrada por Rivadavia o Avellaneda pretendió evitar—. Justo se a sí mismo dentro de una tradición que se extendía desde Rivadavia hasta Avellaneda, como un promotor de las pequeñas posesiones que, por ser más competitivas, estaban mejor preparadas para protagonizar un rol capitalista positivo.

La raíz de la cuestión agraria era el sistema de propiedad de la tierra. Los grandes terratenientes fueron rentistas. Parte del problema era intrínseco: la renta de la tierra, una ganancia adicional con relación a los costos de producción de las zonas marginales, era inevitable en la Argentina por sus suelos extraordinariamente fértiles y sus bajos costos de producción. Pero el monopolio de la tierra significaba que las rentas eran acumuladas sólo por un fracción pequeña de la población, y esas rentas debilitaban el incentivo para generar la innovación mediante la competencia.⁴ Por el contrario, la certeza en la percepción de las rentas alimentó la especulación en tierras y aumentó la importancia relativa de mantener una estructura productiva flexible para responder a los cambios repentinos del mercado. Una consecuencia de maximizar la renta fue la reducción de la duración de los contratos con los arrendatarios. De este modo, en lugar de fomentar una clase estable de pequeños *farmers*, la pampa se caracterizaba por la "ocupación transitoria" de la tierra por quienes la cultivaban. Con el boom cerealero que estalló entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, las grandes estancias contrataron paulatinamente con las pequeñas unidades productivas, explotadas por agricultores "nómadas".

En contraposición con otras regiones de colonización reciente como Australia, Canadá y los EE.UU., la estructura productiva rural se polarizó.⁵ Sólo gracias a la generosidad natural de la tierra se produjo una apariencia de abundancia.

Justo concibió a la cuestión agraria como el núcleo de la política económica argentina; y con notable previsión, sus inquietudes se profundizaron precisamente mientras el país aun estaba en el mejor de su fase expansiva. Con el objeto de adquirir una mayor comprensión científica de las cuestiones que le interesaban, Justo se trasladó como médico al partido de Junín, en 1899. Esta región era el corazón de la creciente economía triguera. Permaneció allí algunos años observando detenidamente a los agricultores,⁶ tomando apuntes y leyendo tratados teóricos sobre agricultura. Un residente de Junín señaló que Justo recorría las chacras de la zona atendiendo a los agricultores y observando sus condiciones.

En 1910, habiendo abandonado Junín, trató de vincularse más directamente con la agricultura. Junto a su amigo y colega Nicolás Repetto compraron 1054 hectáreas en Córdoba, la mitad de las cuales las arrendaron mientras que el resto fueron directamente administradas por sus propietarios.⁷ El recuerdo de Repetto de esta experiencia es un testimonio del grado de conocimiento concreto de Justo sobre la producción agrícola, parte del cual fue adquirido mediante la observación atenta a los que nos referiríamos antes, pero también por la lectura voraz de manuales en español, inglés, francés y alemán. Si bien tenía confianza en la transformación de la agricultura, no creía que ella pudiera realizarse sin una cabal comprensión del problema.

IV

Las observaciones registradas en Junín y los debates teóricos sobre la agricultura europea y norteamericana incluyeron a Justo a iniciar una gran campaña con el recientemente constituido Partido Socialista.⁸ En 1901, en el IV Congreso del Partido en La Plata, Justo convenció a la asamblea para que incluyera en el "Programa Mínimo" un conjunto de propuestas de política agraria y para que publicara una versión detallada de los discursos pronunciados con el objeto de ser distribuidos entre los habitantes de las zonas rurales. El programa socialista del campo sintetiza el pensamiento del líder socialista y conformó un conjunto de reclamos que sólo décadas más tarde aparecerían en la legislación.

Antes de discutir el "Programa...", debemos rastrear al origen de los elementos intelectuales que dominaban en su concepción. La práctica política, tanto para los políticos conservadores como para los socialistas, influidos por la fiebre positivista de finales de siglo, estaba saturada de una fuerte dosis de reduccionismo. En la concepción de Justo, la práctica política estaba restringida a aquello que permitirían las fuerzas económicas fundamentales. Las pro-

puestas políticas no podían, a menos que emplearan la coerción, trascender aquello que era inmediatamente realizable (posible).⁹ No podían obstaculizar la evolución de los medios de producción. En consecuencia, la transición al socialismo debía contar con el consenso de los miembros de la sociedad y, para que ese consenso estuviera garantizado, los medios de producción debían haber alcanzado un grado de desarrollo tal que posibilitara dicho grado de conciencia.¹⁰

Dejando de lado la circularidad del argumento, este postulado afectó profundamente las propuestas agrarias de Justo. Como señaláramos antes, en su opinión la agricultura argentina no había evolucionado suficientemente. Y antes de que pudiera iniciarse la socialización de los medios de producción en el campo, las fuerzas productivas agrícolas debían desarrollarse al máximo. Estas se encontraban trabadas por las relaciones de producción capitalistas reinantes, dominadas por los grandes terratenientes que impedían la aceleración de la innovación. Sin embargo, finalmente Justo descartó la opción de socializar las grandes estancias a través de granjas colectivas, la cual era característica de la socialdemocracia rusa y alemana.¹¹

¿Existía una alternativa viable y progresiva, que paralelamente acentuara el desarrollo tecnológico? Justo tomó algunas ideas de Europa, especialmente de Dinamarca, Francia y Alemania. Sin embargo, no confiaba en que el estado de la agricultura europea proporcionase una analogía conveniente. Más aun, Justo argumentaba que uno de los obstáculos del movimiento socialista en los EE.UU. era su intención de calcar al europeo, cuando las circunstancias diferían radicalmente.¹² Y es por ello que reaccionó con sorpresa y con un poco de ira cuando el conocido socialista italiano Enrico Ferri declaró públicamente que el Partido Socialista en la Argentina era sólo un "remedio del movimiento europeo".

Sería tentado expresarse en el debate sobre el grado de suficiente señal que la cuestión agraria era el problema central. Ferri sostenía que la Argentina aun transita por un estado de desarrollo agrario y que no podía pretender alcanzar

to de mira principal han de ser países semejantes a éste, por su extensión, por la clase de su población, por sus partidos, por sus prácticas políticas y sociales en general".¹³

Australia y Nueva Zelanda fueron observadas debido a la solidez de su movimiento obrero, en conjunción con el sector agrario progresista. Posteriormente, la agricultura canadiense mereció la atención de Justo, en especial por el poder de las cooperativas rurales. Sin embargo, el elemento fundamental que cautivó la atención de los socialistas fue el proceso de "homesteading", mediante el que se adjudicaban pequeñas parcelas de tierra a los farmers, creando de tal modo una clase homogénea de productores modestos y competentes.

Justo no fue el único en la Argentina que había visto favorablemente el modelo "homestead". Sin embargo, como socialista, veía a las pequeñas unidades productivas sólo como una solución parcial a la cuestión agraria, en la medida en que el modelo de la estancia se manifestaba crecientemente decadente. Si bien puede parecer incongruente para un socialista promover una solución pequeño-burguesa a la crisis del capitalismo agrario, debe ser subrayado el relativismo de Justo, puesto que sólo una agricultura capitalista fuerte y dinámica podría crear las condiciones para una posterior transición al socialismo.

Concretamente, Justo, y el Partido Socialista a partir de 1901, propusieron tres grandes medidas para el sector agrícola. En primer lugar, debían establecerse cooperativas rurales como las existentes en Dinamarca para la producción de los agricultores a precios justos y ventajosos en el mercado internacional cuando las condiciones fueran más favorables, con lo cual se maximizarían los ingresos de los productores y se debilitaría el papel de los intermediarios, que estaban en condiciones de apropiarse, en virtud de su poder monopolístico en las zonas rurales, de las ganancias de los chacareros. Las cooperativas eran concebidas como un instrumento estratagema económico. Justo solía invocar el mensaje de Horacio Plunkett a los *farmers* americanos: "cultivar mejor, negociar mejor, vivir mejor"; las cooperativas apuntaban a fortalecer la segunda máxima, mejorando así las otras dos. Justo enfatizaba la importancia de crear un espacio económico autónomo tanto para los productores rurales como urbanos, a los efectos de fomentar la innovación. Mediante la fuerza dinámica innata de los pequeños productores, los agricultores reconocerían por sí mismos los méritos del socialismo. El modelo cooperativo para el sector rural era el movimiento de productores de granos del oeste canadiense (*Western Grain Growers' movement*).

Pero el obstáculo para un movimiento cooperativo vigoroso era en la Argentina el sistema de tenencia, al que apuntaba el segundo punto del proyecto agrario socialista. La mayoría de los productores arrendaban la tierra que cultivaban mediante contratos de corta duración, repletos de cláusulas que obligaban a los chacareros a vender sus productos a determinados agentes o incluso a los mismos propietarios y a obtener de ellos servicios tales como el trillado. Además, las mejoras que los arrendatarios debían realizar en las chacras quedaban en poder de los propietarios una vez finalizado el contrato. Como puntualizáramos antes, los contratos tendían a restar incentivos al aumento de la productividad. Los arrendatarios trataban a la tierra del mismo modo que sus dueños los trataban a ellos, induciendo, según Justo, a "una agricultura de rapia".

El segundo elemento principal del "Programa" estaba orientado a enfrentar los aspectos más graves del sistema de tenencia, para que mejorara así la productividad. El conjunto de medidas incluía: la extensión por la ley de los contratos a un mínimo de cinco años, la prohibición de las cláusulas que obligaban a los arrendatarios a negociar exclusivamente la tercera parte de la venta de su producción o de la adquisición de los insumos y, finalmente, que los arrendatarios fueron recompensados en forma inmediata por los propietarios por cualquier mejora que hubieran introducido en el campo durante la ocupación de la parcela. Justo estaba interesado en especial en el incentivo a la inversión: "Es evidente que la ley e indemnización a los arrendatarios por las mejoras que dejan en los campos tendientes a desarrollarlos, junto con su consideración en el camino óptimo para transformar la producción agrícola en una actividad intensiva y altamente productiva. No obstante, la modificación de los contratos aumentaría el bienestar de los arrendatarios y eliminaría algunos de los obstáculos inmediatos para mejorar la productividad."

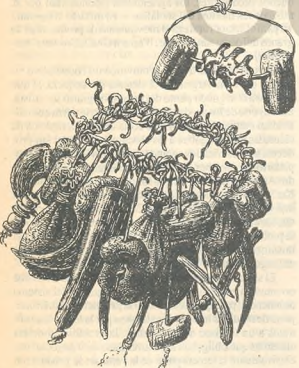
Las medidas para mejorar la suerte de los agricultores mediante la modificación de los contratos sin duda eran para Justo una segunda opción en orden de prioridades, puesto que no pretendían entregar la tierra directamente a los productores, lo que según su consideración era el camino óptimo para transformar la producción agrícola en una actividad intensiva y altamente productiva. No obstante, la modificación de los contratos aumentaría el bienestar de los arrendatarios y eliminaría algunos de los obstáculos inmediatos para mejorar la productividad.

El último componente más importante del plan de Justo era la apropiación de la renta de la tierra por el estado,





en lugar de los terratenientes, grandes o pequeños. La fértil llanura pampeana impulsaba y generaba el crecimiento de grandes ganancias. Justo aludía a la renta de la tierra desde sus primeros escritos, incluido el folleto denominado *El programa socialista del campo* de 1901. Sus ideas fueron cristalizadas en el apéndice de otro folleto escrito en 1917, *La cuestión agraria*, en el que proporciona una explicación notablemente lúcida de la economía política de la renta rural y urbana. Consideraba que era tanto posible como racional distribuir socialmente la renta a través de impuestos.



La propuesta del impuesto a la renta de la tierra estaba desde un principio incluida en el "Programa mínimo" del partido cuando se formó en 1896. Para Justo la renta había influido poco en el aumento de la producción y por lo tanto podía ser gravada sin ocasionar una contracción de la misma. En la renta "no entra... el beneficio resultante de la especial capacidad técnica-económica de los agricultores más inteligentes y activos". La renta de la tierra, un producto social, era el patrimonio de todos los argentinos. Pero concentrado en las manos de unos pocos terratenientes, distorsionaba la economía, atrayendo exclusivamente la atención hacia las actividades especulativas y debilitando los esfuerzos para promover una clase de modestos productores rurales. De modo que el impuesto a la renta redistribuía la riqueza y, al reducir el interés por la propiedad de la tierra, permitía a los pequeños productores acceder al mercado sin ser asediados por especuladores o estancieros. El impuesto a la renta podía entonces hacer el trabajo en el que habían fracasado Rivadavia, Avellaneda, Sarmiento y otros: entregar la tierra a los productores independientes, pero en este caso mediante instrumentos fiscales indirectos.

Con los especuladores y los estancieros fuera del mercado de tierras, los arrendatarios y los peones podrían acceder más fácilmente a su propia parcela.

Sin embargo, la emergencia de los *farmers* no significaba que esa nueva clase se apropiara de las rentas. Al igual que los grandes terratenientes, captarían las rentas mientras la llanura fértil manteniera los costos de producción por debajo de los mundiales. La diferencia es que por ser más competitivos, los pequeños propietarios no se inclinarían hacia la renta, para preferir por el contrario estrategias de búsqueda de beneficio mediante la inversión. Pero la renta debía permanecer colectivamente.

"Necesario es que los nuevos propietarios comprendan que su derecho a la propiedad es condicional, relativo, prescriptible, que el estado conserva en principio la propiedad más o menos remota de la tierra que entrega a la explotación particular, que se conserve en todo caso una parte creciente del aumento del precio del suelo (debido a la renta-JA). Esto debe ser desde ya el gran fondo de la propiedad colectiva. Y lo será así que el pueblo adquiera la capacidad política necesaria para tomar posesión de él y administrarlo".¹⁹

Probablemente la cuestión del impuesto a la renta de la tierra se debía más a sus lecturas de Justo del populista Henry George que a las de Karl Marx.

El "Programa" tenía otros aspectos menos importantes, como la mejora del salario de los trabajadores rurales y el impulso al autogobierno municipal. Sin embargo, podemos señalar al menos tres elementos sobre las propuestas de Justo. Estaban orientadas a reducir la extorsión por medio de cooperativas y condiciones de tenencia más justas. Estaban proyectadas para promover un uso más eficiente de los recursos. Y en el largo plazo, estaban diseñadas para transformar la agricultura en una actividad intensiva basada en una nueva clase de productores como la que existía en Norteamérica, un sector que servía a la totalidad de la sociedad entendiendo al Estado el componente social de la riqueza generada por la tierra, la renta.



DE BENEDICTIS
GALERÍA DE ARTE

ARENALES 1202
42 8958

10611 BUENOS AIRES

La coherencia de la estrategia de Justo estaba sustentada también en una serie de alianzas que respaldaron la transformación económica y social. Al convertir a la socialización de la renta en el eje central de su proyecto, Justo trató de apelar a los trabajadores urbanos quienes podrían disuadir de servicios estatales más generosos. El programa apelaba a los habitantes rurales facilitando su acceso a la propiedad de la tierra. Finalmente, también interesaría a los comerciantes honestos, quienes podrían vender sus mercancías a los trabajadores rurales y urbanos, es decir, capitalistas decentes. Justo nunca creyó en el conflicto entre el campo y la ciudad. El capitalismo argentino necesitaba integrarlos en un proyecto coherente.



La perspectiva de una alianza entre chacareros-pequeños capitalistas galvanizó el discurso socialista en el período previo a la Primera Guerra Mundial. Conforme a su gradualismo y a su visión de que el capitalismo argentino no sólo estaba incompletamente desarrollado sino más bien crecientemente estancado, el proyecto de Justo era un reclamo por reformas que aumentarían el bienestar de los trabajadores al mismo tiempo que estimularían la profundización del crecimiento capitalista. El enemigo era el rentista: "Que lejos del taller y del campo están, entre tanto, el rentista y el parasito oficial, devorando en calma el producto del trabajo ajeno!"²⁰

Las propuestas de Justo eran compartidas por muchos de sus contemporáneos. Enrique Dickmann, Nicolás Repetto, Antonio de Tomasso y muchos otros escribieron ocasionalmente sobre agricultura, a menudo sólo parafraseando aquello que Justo ya había dicho. Compartían si-

milares objetivos reformistas y modernizadores. La alianza propuesta por Justo, cuyo eje era la reforma agraria, coincidía con la apreciación de que el camino del socialismo argentino no podía ser una continuación del europeo. Sin duda, el plan tenía contradicciones internas. Un punto del programa reclamaba un incremento de los salarios rurales y un mejoramiento de las condiciones de trabajo para los peones. Pero ¿podían los chacareros simpatizar con esas concesiones si ellos mismos eran los principales empleadores de los peones? Las incoherencias del programa permanecieron a pesar de los años de frustrados intentos por movilizar al sector rural.

La apreciación de Justo del problema del capitalismo en la Argentina y de las medidas progresistas alternativas no carecía de originalidad. Pocas veces tomó a Europa como un modelo para el desarrollo socioeconómico, excepto en el amplio sentido de la pertenencia de la Argentina a la esfera de la civilización "occidental" y "europea". La Argentina debía arribar a su propia solución. Pero esa solución debía ser democrática y realizable.

El fracaso de los socialistas en las zonas rurales, al que me refiero en otro trabajo²¹, no se debió a su incapacidad para reconocer la "naturalidad" específica de la sociedad argentina. Todos los proyectos gradualistas y reformistas encontraron obstáculos en esta sociedad. El proyecto de Justo era uno de los más indicados para el país y no deberíamos interpretar las dificultades que él tuvo para poner en práctica sus ideas como una razón para rechazar su mensaje²².

* Agradezco a José Aricó y a Juan Carlos Portantiero por sus comentarios a la versión preliminar de este trabajo.

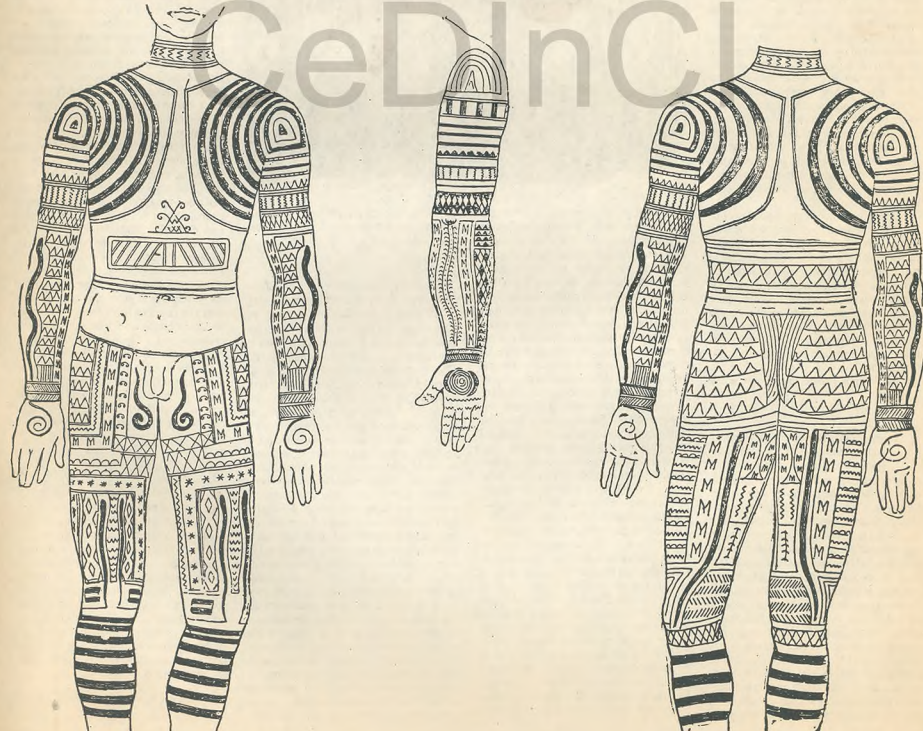
NOTAS

1. *La Vanguardia*, 7.A.1894.
2. Juan B. Justo, *La teoría científica de la historia y la política argentina* (Buenos Aires 1898). Justo realiza una apretada síntesis de la historia argentina del siglo XIX en *El socialismo argentino* (Buenos Aires 1910).

3. Justo sostenía una interpretación mecanicista de la causalidad histórica en todos sus escritos y confería una gran importancia a la fuerza autónoma de la tecnología. Para una aproximación general a sus visiones sobre el cambio histórico, véase su obra *La teoría y la práctica de la historia* (Buenos Aires 1915).
4. Justo, *La teoría científica*, p. 35.
5. Juan B. Justo, *La cuestión agraria* (Buenos Aires 1917), p. 27 y "La ciudad y el campo", *Revista Socialista* II: 20, enero de 1922, p. 11.
6. Justo, *El programa socialista del campo* (Buenos Aires 1901), p. 23.
7. "La política rural tiene que ser en la República Argentina más importante que la política urbana", Juan B. Justo, *El programa socialista del campo* (Buenos Aires, 1901), p. 6.
8. Romeo Ferrara, "El doctor Juan B. Justo en Junín", *Revista Socialista* IV: 45, febrero de 1934. En Junín, Justo contribuyó a fundar el Centro Socialista Democrático y la Biblioteca Popular en 1900, una sociedad de socorros mutuos, La Compañía de Trabajadores, en 1901, La Cooperativa obrera de Consumos en 1902 y notablemente, la primera Casa del Pueblo de Sudamérica en 1905. Durante toda su residencia en Junín fue el director del hospital local, el que había fundado.
9. Para una hermosa descripción de esa experiencia, véase Nicolás Repetto, *Mi paso por la agricultura* (Buenos Aires, 1959).
10. Extentador comparo a Justo con Karl Kautsky, quien se ocupó seriamente de la cuestión agraria. Al igual que Justo, Kautsky participó en el debate dentro de la social democracia alemana sobre el papel de los pequeños productores en la transición al socialismo. En lugar del conflicto entre latifundistas y chacareros, los alemanes se enfrentaban a la dicotomía entre *Grossbetriebe* (grandes unidades productivas) y *Kleinbetriebe* (pequeñas unidades productivas). Justo había leído *La cuestión agraria*, pero en las citas se refiere sólo a las observaciones empíricas de Kautsky sobre la agricultura europea. Sólo en parte era deudor de las visiones teóricas de Kautsky debido a las diferentes circunstancias y al hecho de que este último rechazaba la posibilidad de la participación de los pequeños propietarios en la transición al socialismo.
11. La ley 11.170 aprobada en 1921 fue un endeble imitador del programa socialista que tendía a regular los contrastes terratenientes y arrendatarios.
12. Este punto era tanto el fundamento de su aversión a las políticas del Partido Radical, como de sus posteriores críticas a la revolución bolchevique de 1917. En ninguno de los dos casos, los protagonistas principa-

- les forjaron alianzas que pudiera haber condicionado los aspectos visionarios de sus objetivos, aunque hubiera disminuido el derramamiento de sangre. Véase "El momento actual del socialismo I", *Revista Socialista* VI: 61, junio de 1935, que fue escrito originalmente en 1920.
13. "El pueblo trabajador llega a la madurez política cuando es capaz de alterar las relaciones de propiedad (es decir, de expropiar a los capitalistas) elevando al mismo tiempo el nivel técnico económico nacional o al menos sin deprimirlo". Juan B. Justo, "El momento actual del socialismo I", *Revista Socialista*, V: 60, mayo de 1935.
14. Hay un intercambio de opiniones fascinante en *La Vanguardia* del 22 de diciembre de 1908, en el que Eliseo Taquini, un agricultor socialista de Longuiney, en el territorio de La Pampa, describe cómo 53 miembros de una comunidad arrendaron 2600 hectáreas destinadas principalmente al trigo, y la gran influencia que atribuye a esa empresa agrícola en tanto presagio de una manera de organización rural más racional, socialista. En su réplica, Justo alabó los conceptos de Taquini, pero argumentó que los mismos correspondían a una forma de organización de la producción todavía esencialmente *antivariante*, no *intensiva*, y en consecuencia las potencialidades tecnológicas del sector agrícola permanecerían inmóviles. Retiró su confianza en que sólo pequeñas unidades de, por ejemplo, 100 hectáreas, aprovecharían completamente la tecnología disponible.
15. Juan B. Justo, "El aspecto internacional del socialismo", *Revista Socialista* V: 56, enero de 1935; *En los Estados Unidos. Apuntes escritos en 1945 para un periódico obrero* (Buenos Aires 1955) p. 78.
16. El debate fue reproducido en *Revista Socialista Internacional* I: 1 1908.
17. Justo, "El momento del socialismo I", p. 327.
18. Justo, *La cuestión agraria*, p. 20.
19. *Ibid* pp. 24-25.
20. Justo, *El programa...* p. 18.
21. Jeremy Adelman, "A Harvest yet to Reap: the Socialist in the Argentine Countryside before the First World War", mimeo, Instituto de Estudios Histórico-Sociales.

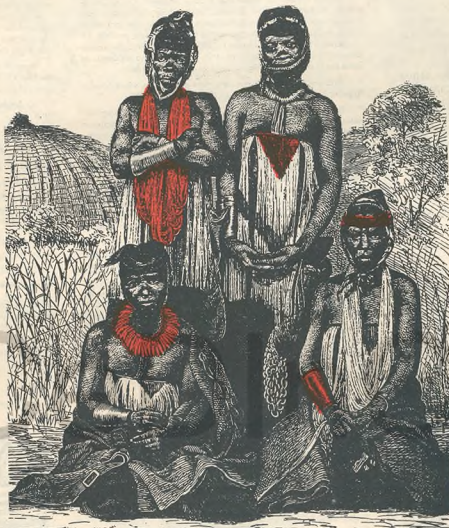
Jeremy Adelman, St. Antony College, Oxford. Fue traducido del inglés por Sergio Berenzstein.



Componentes salvajes del individualismo

El signo Menem

Antonio Marimón



lítica alternativas, originadas —entre otras causas— a partir del vínculo específico entre quien actúa como líder y el conjunto de sus seguidores. El deporte fue un espacio ideal para desarrollar esa comunicación muy particularizada, de signo fuerte: recordarse, así, tanto la política de extensión masiva de los deportes como el apoyo a profesionales de alta competencia que llevó a cabo el primer peronismo, siempre con una cuidadosa explotación propagandística. En el caso de los profesionales la cuestión estaba en un mutuo intercambio de dones: el deportista recibía apoyo económico del Estado para realizar sus proezas, y a cambio, mediante célebres "dedicatorias", fortalecía simbólicamente con su poder de triunfador el poder político del líder y su esposa. Dentro de esa economía hubo, empero, distintas colocaciones e historias: a Gatica bien le cabe la colocación en la parodia, cuando adelantó el gesto de "dedicar" la pelea al general y fue derrotado en un asalto por Ike Williams; a Fangio le toca la traición, pues luego del '55 olvidó ingratamente que sus primeras campañas en Europa las hizo con don peronista; Pascual Pérez, en vez, fue el hombre fiel que continuó adhiriendo a Perón en el exilio. Como sea, lo que debe quedar en claro es que aquel espectáculo del líder, los deportes y las masas ocurría en medio de una fiesta distributiva —la mayor fiesta vivida por las clases populares en la Argentina moderna—, y que el gobierno financiaba los torneos infantiles Evita, mimaba en metálico a los héroes de los estadios, y monopolizaba el mensaje social de opti-

mismo histórico en una simbiosis con la victoria que desembocaba en la figura sonriente de Perón.

A hora se intenta reiterar tal estructura: vale decir, la articulación del dirigente, el espectáculo deportivo y las masas dentro del mismo mensaje. Pero a falta de dinero para distribuir —como no lo hay el objetivo visible de estos montajes reside en recaudar fondos para la política asistencial del gobierno— Carlos Menem expone su cuerpo en un pacto no escrito con los deportistas reales: él despliega sus destrezas de hombre de 59 años, ya convertidos en motivo —en retórica— del espectáculo, y aquellos, como los adversarios cómplices de Fidel Castro, no juegan de verdad. Y desde el público, nadie asiste tampoco a ver una competencia en serio sino a observar el esencial despliegue de destrezas del cuerpo del Presidente, el que surge como ápice de esta curiosa representación, la que puede clasificarse como una forma —fuera de las formas— de hacer también política. Un detalle que ha de fortalecer el circuito es la reparación simbólica: Menem, quien en cierta medida hereda la virtud justicialista de mimetizar a los pobres, y que sabe hablar a los pobres, es compañero de equipo de los astros Maradona y Sabatini (a los famosos no les da rubor el contacto rotativo con el poder); restituye así en su persona no menos de dos sueños colectivos en la Argentina: el de los de abajo tocando a sus ídolos y el de la infancia que es cerrar los ojos y jugar con

ellos, ser por ciertas horas mágicas uno como ellos. Claro que si ya no hay, como en la edad de oro del primer peronismo, una fiesta distributiva, todo esto, con la máquina representadora inmensa que es la TV, constituye un show asistencial que busca reproducir el aura mítica de ese tiempo sin retorno. La cultura del populismo no sería tal sin deslizar sobre dicha memoria.

La trama original alrededor del cuerpo-signo del jefe de Estado, al menos en este período, parece carecer de límites morales, estéticos o políticos: Menem tanto realiza cualquier prueba que tome parte de este show como expande el escenario a los lugares clásicos de un jefe de gobierno: las Naciones Unidas, Washington, la plaza pública, hasta el remoto Medio Oriente. Asimismo divorcia las palabras de los actos libremente, pues no se le piden cuentas. Se despliega entonces una especie de deliberada táctica de presencia que es digna del asombro: ya asiste a los programas televisivos parafiscalistas de Neustadt y Grondona, ya concurre a una embajada, ya ejerce el habla —siempre ante cámaras y grabadoras— en el sitio más insólito, ya abre o participa del acto social o deportivo del día. Nada le es impropio, como a Dios. Y vale admitir que en los primeros cien días aún no hay saturación ni redundancia, ese estilo posee capacidad de sorpresa: ¿hasta cuándo? es una buena pregunta. Pero los interrogantes de interés recién empiezan, porque el verdadero problema reside en saber hasta qué grado soportan la institución presidencial y las formas democráticas ese comercio simbólico con la cultura populista, y si el signo Menem, creado desde el exceso y el apartamiento de las formas —sobre la idea de que todo es posible— no halla su correlato en otras situaciones. Por ejemplo, en el diseño de adecuación al mercado mundial sin que tiemble el pulso para dejar a 10 millones de personas fuera del consumo, a los sectores obreros en 80 dólares de salario promedio, a las capas medias empobrecidas, como lo propone el plan de Bunge y Born; por ejemplo, en el indulto a los genocidas de los '70 y a los belicistas de Malvinas —que equivale a borrar con el codo la reparación de la memoria—, o en la intención de extender la hegemonía peronista al Poder Judicial.

V ienen así a cuento dudas legítimas y, en el fondo, una más poderosa que el resto: sobre si las posibilidades dinamizadoras contenidas en todo proyecto de vinculación del país con el mundo no corren el riesgo de ser neutralizadas por tales componentes salvajes, aventureros, los cuales renacen de distintos modos, pero con igual constancia, en cada ciclo histórico argentino. Finalmente, es de suponer que algo o mucho de salvajemente individualista, de escaso apego por las formas colectivas ha de vivir en el imaginario profundo de la sociedad que cobija el fenómeno.

* Jorge Semprín, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Planeta.

L eemos en *Autobiografía de Federico Sánchez*: "la defensa del equipo adverso no hacía nada para impedirle a Fidel Castro encostar una y otra vez (...) era divertido e interesante ver manifestarse el culto a la personalidad en un partido de baloncesto". Este aguafuerte irónico de Jorge Semprín que retrata al caudillo cubano en una noche de básquetbol, frente a una sorprendente delegación de intelectuales europeos, allá por los '60, tendría que ser ampliado en varias páginas si se abordara la vocación por exhibir destrezas corporales del actual presidente argentino. Carlos Saúl Menem, a los 59 años, es centromedio de la selección de fútbol campeona del mundo y juega al lado de Diego Maradona; es *playmaker* del equipo nacional de básquetbol, encostando triples y dando pases de lujo; es compañero en el doble mixto de la estrella de tenis Gabriela Sabatini. Y hay más: pilota aviones de combate, conduce automóviles de carrera —compitió en el pasado en varios rallies—, baila garbosamente el tango y también danzas folklóricas. Todo esto, convertido en imágenes por la prensa, multiplicado por la televisión, integra e incrusta un estilo donde es fundamental la comunicatividad: Menem rompe continuamente el protocolo para saludar hasta al más humilde partidario; Menem habla casi a diario para los medios, e incluso es él, a veces, quien busca a los reporteros en la Casa Rosada; Menem, aun cuando lo incomoda una pregunta, sonríe con una mezcla de humildad, paciencia y simpatía antes de responder.

Desde luego que el mundo de la política ha conocido muchos "grandes comunicadores", eso no constituye novedad; tampoco sería algo nuevo que el jefe de Estado ocupe la escena, hable y seduzca al público por todo lo opaco que aparecen frente a los medios quienes colaboran con él; pero aquello que sí vale la pena observar como inédito es la exposición del cuerpo a la manera de un signo que se añade al mensaje político, y que empleado como sistema apunta a ser una clave en el vínculo del líder con ese interlocutor general que él denomina "pueblo".

V arios temas se abren de ahí en adelante, y uno de ellos, en pocas ocasiones discutido, creo que consiste en la susceptible relación que se extiende entre las formas de la democracia —y las formas de la política— con su ejercicio concreto en la cotidianidad de la vida cívica de un país. La susceptible surge de cómo se encuentra un punto de equilibrio, que no se refugia ni en la distancia sospechosa del formalismo, ni en un juego de violaciones que desgasta las pautas formales hasta quitarles sentido, cosa —esta última— que implica riesgos en una sociedad con débiles tradiciones democráticas. Tales formas que hacen a la convivencia, al debate entre diversos y a la lucha codificada de proyectos, cuentan con muchos adversarios. En la Argentina, un adversario es y ha sido la cultura del populismo, con sus particulares sistemas de mensajes y vías de legitimación po-